



DANA YONELL

CIUDAD VERTICAL



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1952
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION

F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3).
6. Contra Scotland Yard (3.ª edición.) (1).
7. Su Alreza el Ladrón (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva (2.ª edición.) (4).
10. La redada (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6).
15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7).
16. Tánger (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
24. Persecución (5).
25. Una ciudad abierta (4).
26. Horas trágicas (7).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
29. El coloso de hierro (6).
30. Trampas mortales (5).
31. Contrabando funesto (3).
32. Nueva York-San Francisco (7).
33. Entre rejas (1).
34. Muerte en el Caribe (6).
35. Secuestro (5).
36. El dueño del mundo (4).
37. Hermano contra hermano (7).
38. Filibusteros modernos (2).
39. Palestina en llamas (3).
40. La ley del terror (8).
41. A la desesperada (5).
42. La promoción de la muerte (6).
43. Tinieblas (1).
44. Espías en la noche (2).
45. Fidelidad (6).
46. Sin cuartel (7).
47. Armour, expulsado (5).
48. La huida de Varka (3).
49. La Maffia (1).
50. Alaska, final de ruta (8).
51. Tras el telón de acero (6).
52. Gangsters de guante blanco (9).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena (5).
55. El genio del mal (6).

56. Hombres armados (10).
57. Pavorosa elección (5).
58. La bestia escariata (3).
59. Huellas de ultratumba (5).
60. S. O. S. (8).
61. Billetes malditos (3).
62. Camino de perdición (12).
63. Camaradas enemigos (3).
64. A la deriva (6).
65. ¡Odio! (1).
66. Cita de madrugada (3).
67. «Killer» a sueldo (5).
68. Muerte en el atardecer (4).
69. Loup-Garou (3).
70. Punto final (5).
71. ¡Mirad a las sombras! (3).
72. Entre esas brumas... (5).
73. Tortura (13).
74. El confidente (3).
75. ¡Terror! (5).
76. El final de Rocco (5).
77. El vengador negro (1).
78. ¡Codicia! (8).
79. Sentenciado (6).
80. Secreto de Estado (4).
81. Alias «Lugger» (5).
82. Hora «D» (3).
83. Carne de horea (4).
84. Tráfico mortal (8).
85. Jack es invencible (1).
86. Rastros perdidos (6).
87. Contrato siniestro (3).
88. Traición sangrienta (14).
89. Al borde del abismo (5).
90. Crimen y justicia (1).
91. Hombres sin alma (3).
92. ¡Sabotaje! (8).
93. La marca trágica (5).
94. Misión suicida (4).
95. Lucha a muerte (5).
96. Rebelión (3).
97. Hampa de frac (1).
98. Caza mayor (4).
99. La muerte falsifica dolores (15).
100. Yo, director del F. B. I. (1) (2.ª edición.)
101. De Harward a Quantico (16).
102. El asfalto es rojo (5).
103. Tragedia en Chinatown (14).
104. Soborno (3).
105. Vida en deuda (17).
106. Aguas turbulentas (4).
107. La araña verde (8).
108. Contraespías (18).
109. Noches de Nueva York (5).
110. ¡Aniquilados! (19).
111. La risa sardónica (3).
112. Chantaje (4).
113. Canon de protección (20).
114. El misterio de los locos del aire (21).
115. El hombre de Whitechapel (5).
116. Al llegar la noche (8).

EN PREPARACION:

Hombres y bestias

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|-------------------|
| (1) Alf Manz. | (10) Jack Brooklyn. | (18) Jack Grey. |
| (2) Fred Baxter. | (11) Thomas Settee. | (19) Edgar Ford. |
| (3) Frank McFair. | (12) John Nebot. | (20) Andre O'Sui |
| (4) Eddie Thorny. | (13) Thomas Wan- | (21) Fel Marty. |
| (5) O. C. Tavin | ton. | (22) Dana Yonell |
| (6) Alar Benet. | (14) F. N. Graw. | (23) Al Gallard. |
| (7) A. G. Murphy. | (15) Robert Deaf. | (24) Chester Kin, |
| (8) Lewis Haroc. | (16) Alan Carson. | |
| (9) J. L. Martin. | (17) Alu Cortroa. | |

I

EL EXTRAÑO PASAJERO DEL «SEA SYLPH»



la máquina?

—Ochenta —fué la respuesta del primer oficial de guardia.

—Sesenta —rectificó el capitán.

Y observó la silueta incolora del timonel, que, en su garita de cristal, se agarraba a la rueda.

El oficial, envuelto en su capote, transmitía órdenes por el megáfono:

—Sala de máquinas. ¡Atención! Sesenta revoluciones. Un punto Noroeste.

—La sirena cada treinta segundos —le recordó el capitán del «Sea Sylph».

Y el grito de la nave se aventuró en la niebla, abrió brecha en la noche, para volver temblorosa, sollozante.

—Mantenga el rumbo —ordenó el capitán, refugiándose en las mamparas para encender su pipa, pero, después de varias tentativas infructuosas, tuvo que resignarse a conservar la pipa entre los dientes, sin fumar, ya que en el tabaco humedecido no prendía la lumbre.

Y se agarró a la barandilla del puente, contemplando las contorsiones de la niebla, que adoptaban formas espectrales.

Comenzó a bajar la empinada escalera de metal, y su figura grotesca desapareció al penetrar en la niebla. La capucha de su impermeable, cubriéndole la gorra, destruía su silueta humana, transformándola en visión fantasmagórica.

En la cubierta, el segundo oficial emergió de la bruma.

—Tengo noticias de un buque carbonero —notificó rápidamente—. Nos cruzaremos con él dentro de diez minutos.

—Vaya al puente de mando —ordenó el capitán Stanhope. Y su voz sonó opaca, sin matices, acostumbrada a formular órdenes breves, tajantes—: Releve a Spencer. Y atención a la luz roja.

—¡A sus órdenes, mi capitán! —exclamó el joven, y juntó sus talones, logrando un sonoro taconazo.

El capitán, con la pipa vacía entre los dientes, trató inútilmente de perforar la cerrazón de la niebla. La visibilidad era nula. Solamente se percibía el rumoreo de las olas. Y era la noche de una oscuridad cerrada, tenebrosa y mojada, como si hubiera penetrado en los abismos submarinos, cenagosos, para emerger gélida, neblinosa y sorda.

Sonó la sirena. El aullido corrió veloz, explayándose en círculos inmensos. Y el horizonte la devolvió, medrosa, como si hubiera retrocedido asustada de un mundo pavoroso.

La niebla, retorciéndose, patinaba por la superficie ondulante del mar. Sus contorsiones eran semejantes a las de una serpiente fabulosa.

Sintiéronse unos pasos antes de que la silueta de un hombre se destacase en la penumbra.

—¡Spaner!

—A sus órdenes, mi capitán —la voz sonó medrosa.

—¿Qué busca usted en la cubierta? —Stanhope escupió las palabras.

—A un hombre: Tollemache —respondió el aludido, triunfante, victorioso, esperando que Stanhope rebajaría su dureza de tono para interesarse vivamente por la noticia y prorrumpir: «¡Que se me oxide el ancla! Siga buscando». Pero se equivocó de medio a medio.

—No se preocupe más por Tollemache. No abandone su puesto. Regrese ahora mismo a la sala de máquinas. ¡Aprisa!

—A la orden.

Acababa de esfumarse en la neblina, cuando otra sombra se materializó en su presencia.

—¡Spencer!

El primer oficial iba envuelto en su capote, con la gorra galoneada calada hasta las orejas. La visera le oscurecía la mirada, ocultándole los ojos en una sombra dura.

—Tollemache no está en su puesto —le anticipó Stanhope—. Ha desaparecido.

—Será imposible localizarlo ahora —razonó Spencer.

—Mande un hombre a las calderas. ¡Inmediatamente! No podemos seguir con tres hombres abajo.

—Efectivamente —reconoció Spencer, acostumbrado a aceptar todas las opiniones del capitán Stanhope—, no podemos continuar así.

—Infórmese de lo sucedido. Y no pierda el tiempo.

Junto a la borda esperó el informe. Y se esforzaba en penetrar el secreto de la niebla, cuando el primer oficial se presentó con un discurso largo.

—Efectivamente —dijo—. George Tollemache ha desaparecido. Embarcó en Marsella, con los papeles en regla. Nacionalidad inglesa. Vino a ocupar el puesto de Van Diñe, el hombre que se arrojó al mar para suicidarse, víctima de un ataque de «*delirium tremens*». Opino que Tollemache intentará alcanzar los muelles a nado.

—Es posible —admitió Stanhope—. Si logramos acercarnos al muelle, no baje la pasarela.

—Conforme. Y otra cosa, capitán. Hay un buque anclado a la entrada del puerto. Ha chocado con un guardacostas y lo ha

deshecho.

—Nos cruzaremos también con un carbonero inglés —informó Stanhope—. Mucho cuidado.

Y el capitán del «Sea Sylph» dio dos pasos al frente, pero se quedó inmovilizado por un grito.

—¡Luz roja!

—¡Que se me oxide el ancla! —bramó Stanhope, subiendo precipitadamente la escalera que conducía al puente.

El segundo oficial estaba emocionado, pero se esforzaba en conservar la serenidad. Había visto, antes que nadie, la luz encarnada aparecer súbitamente en la tiniebla, a menos de veinte nudos de distancia. El corazón le había saltado casi por la boca, y, con la voz trémula, había transmitido la orden: «¡Un cuarto a estribor!». Y había permanecido expectante, con los nervios crispados y las pupilas dilatadas para ver a través de la niebla. Luego dejó en libertad el aire que retenía violentamente en sus pulmones y que sonó como un sollozo.

—¡Cuarenta revoluciones! —le gritó Stanhope.

—¡Cuarenta revoluciones! —Transmitió el segundo oficial a la sala de máquinas.

Y fugaz, como un meteoro, pasó un faro rojo, difuminado, deshecho. En la niebla se destacó una mole gigantesca, negra, como un monstruo marino. Avanzaba produciendo un ominoso batir de hélices, que sonó como una respiración cansada.

—Es el carbonero inglés —observó Stanhope—. Demasiada velocidad.

El buque se perdió en la niebla. Y el puente de mando, brillantemente iluminado, dejó en la oscuridad un fuego fatuo.

—El condenado se ha precipitado —dijo Spencer.

El segundo oficial, con las mandíbulas apretadas, duras como una prominencia pétrea, sostenía todavía el megáfono en la mano. Stanhope se lo arrancó violentamente, se lo llevó a los labios, ordenando:

—Las máquinas, a su velocidad normal —y luego dirigióse al oficial de guardia con la mirada—: ¿Qué le ordené yo?

—La sirena cada treinta segundos...

—Bien. Ahora tenga mucho cuidado. Hay un buque averiado a la entrada del puerto. Además, ha desaparecido un hombre:

Tollemache.

—¿No estará en su litera?

—¡Qué estupideces se le ocurren a usted, Schwab! Más vale que abra bien los ojos y cierre la boca.

—¡Entendido! —exclamó el oficial, maldiciéndose mentalmente por su estúpida teoría.

—La sirena, Schwab.

El oficial hizo estallar un mugido estruendoso.

El «Sea Sylph» avanzó cauteloso en medio de una completa oscuridad. La niebla era tan húmeda y densa que producía la sensación de navegar sumergidos en la profundidad del Océano.

El capitán Stanhope, observando el compás, comentó:

—Menos mal que el mar es un estanque.

Y se refugió en la mampara, permaneciendo inmóvil. Aunque sentía deseos de fumar, no intentó encender de nuevo su pipa por no sacar las manos de los profundos bolsillos de su impermeable. La humedad se condensaba en su rostro en forma de minúsculas gotas de agua. El impermeable estaba saturado de humedad, como si hubiera sufrido un chaparrón o le hubiera bautizado una ola.

Mentalmente, se esforzaba por recordar la imagen del hombre que había desaparecido. Lo había visto contadas veces, en los momentos en que Tollemache gozaba de libertad. Dos horas al día había tenido de asueto; dos horas que empleó en una ocupación singular. Stanhope lo recordaba apoyado en la borda, escudriñando la sima submarina o mirando un punto perdido en el horizonte.

Decididamente, Tollemache era un hombre excéntrico. No hablaba con nadie, le molestaba que le dirigieran la palabra, y si por cualquier circunstancia se veía obligado a responder, lo hacía con monosílabos o gestos. Prefería el gesto, porque así se ahorraba la palabra. Y trabajaba maquinalmente, sin reparar en lo que hacía. En realidad, le importaba muy poco todo lo que pasaba a su alrededor. Parecía un hombre torturado por un pensamiento, una idea que le acarreaba un verdadero tormento.

¿En qué pensamientos sumergiría su imaginación? ¿Qué cavilaciones, qué tesis analizaría y a qué conclusiones llegaría?

También adivinó Stanhope que Tollemache no sabía una palabra de navegación; se echaba de ver que no era profesional en el mar. Había embarcado en Marsella recomendado por la Casa de los

Marineros, que recogía a los marinos sin trabajo, proporcionándoles un empleo en el mar a cambio de un salario. Tollemache mentiría su profesión. Si embarcó en el «Sea Sylph» sería únicamente como medio de llegar al continente americano. Y ahora se esforzaba en conseguir su sueño... Se escondería en alguna parte, acechando el momento oportuno para saltar y ganar a nado los muelles.

La voz de Schwab le cortó los pensamientos.

—¡Luz! ¡Alto las máquinas!

—Está a cuarenta nudos —comentó Stanhope, dando la posición de la nebulosa con la precisión que da la práctica—. Es el buque anclado. ¡Tres toques de sirena! Y continuamos a cuarenta revoluciones.

El buque-tanque emitió tres pavorosos aullidos, y fué contestado por una voz desfallecida, calenturienta, opaca. Semejó un grito de laringe enferma, lanzado por un coloso enfebrecido, inmovilizado en el mar con ansiedades de reposo, estremeciéndose cada vez que las olas se estrellaban contra su estructura.

—¡Mírelo, Schwab! —gritó el capitán.

Apareció en la niebla la estructura de un buque de gran tonelaje. Como monstruo herido, permanecía inmóvil, silencioso, envuelto en las tinieblas, con sus luces de situación macilentas, turbias. Un enorme mástil se erguía, poderoso. Y en derredor de él se enroscaba la niebla como tentáculos de pulpo fabuloso.

Volvió a sonar su sirena. Y el lamento, arrastrándose por la frialdad del agua, buscó la profundidad para estremecer todo el océano.

—Adelante, Schwab.

El buque anclado se aproximaba; sus contornos se hacían duros, rotundos, hasta llegar a apreciarse las dimensiones del coloso.

El «Sea Sylph» cruzó lentamente junto a él y se alejó, Las luces se borraron hasta desaparecer.

—Hemos pasado —exclamó el capitán Stanhope—. Ahora, Schwab, aproxítese lentamente.

Y el capitán Stanhope bajó a cubierta. La maniobra era difícil, pero había viajado tanto en el «Sea Sylph» que se le antojaba un órgano de su cuerpo que podía manejar a su placer. De repente, su imaginación se ocupó de George Tollemache, el hombre desaparecido. Lo vio delgado, sin músculo y sin nervios...

Y cuando tropezó con el primer oficial, Spencer, le preguntó rápidamente:

—¿Cuántas horas hace que Tollemache ha desaparecido?

—Cinco. Después de las dos horas de asueto no regresó a su puesto.

—Bien. Estamos llegando al muelle. Que nadie toque tierra hasta el amanecer.

El buque-tanque se aproximó lentamente a los muelles. La niebla, como una manta que amortiguara el sonido, tamizó la pulsación de los motores, transformándolos en un jadeo de coloso exhausto. Luego, cesó todo ruido. Y el «Sea Sylph» avanzó con el impulso de su inercia. La maquinaria había enmudecido, y su deslizamiento era silencioso, cauto, felino... Una sombra alargada y grave, como un fantasma tétrico.

Hubo un intervalo de silencio, una pausa en el continuo alborotó de las sirenas y los pitos. En este instante de equilibrio oyóse el chapoteo de un cuerpo que cae al agua, breve pausa, rumor de una natación cautelosa.

—¡Hombre al agua! ¡Luz!

El chapoteo se hizo más intenso, como si el nadador abandonase toda precaución y comenzara un braceo vigoroso.

Un poderoso reflector rompió impetuoso la tiniebla. Se difundió en la niebla en nevada de luz, llegó al mar como un pálido claror de fósforo.

El capitán Stanhope soltó una colección escogida de maldiciones y blasfemias.

—¡Ese maldito se perderá, seguramente! —acabó diciendo.

El reflector era un círculo de luz de límites deshechos. Se movió lentamente, escudriñando el mar. El agua, cubierta de grasa, reflejó la luz en relámpagos opacos. Toda la claridad se deshizo en la bruma, se diluyó en un rocío de átomos lumínicos.

Un intervalo de silencio.

Estruendosa, formidable, sonó la sirena de una embarcación. Y un instante después cruzó por delante del buque-tanque poseída por una locura demoniaca.

—¡Loco! —rugió Stanhope—. ¡Es un suicidio!

La embarcación se perdió como un bólido, dejando un mar revuelto, rumoroso, espejeante. El estruendo de su sirena encontró

eco en la bóveda del cielo y se precipitó en el fondo perdido de la oscuridad.

A bordo del «Sea Sylph», el reflector siguió moviéndose. Durante cinco minutos largos exploró la luz el mar tenebroso. No se oía ya nada. Todo estaba tranquilo. El mar revuelto, ondulante, volvió a su curva blanda, silenciosa. Se apagó la luz en el buque-tanque, cristalizando la oscuridad en bloque sólido.

Distante, remoto, un navío lanzó un grito fúnebre.

George Tollemache llegó sin fuerzas hasta un muelle solitario. Abrió la boca para recoger aire, pero tragó algas podridas y agua amarga. Sintió perder las fuerzas, experimentando la sensación de que una mano invisible, poderosa, lo arrastraba al fondo submarino. Confusamente, cruzó por su mente la idea de la muerte. Hizo un esfuerzo sobrehumano y, en unas brazadas que le parecieron eternas, salvó la distancia que le separaba de la seguridad.

Agarrándose a un pilón de madera podrida, sacó la cabeza para remediar la presión que sentía en los pulmones. Y pudo observar que el mar era una costra verde de algas podridas que suavizaba la ondulación de las olas. Aquel trozo de puerto, al margen de toda actividad, era una lámina inmóvil de vegetaciones putrefactas. Cuando se formaba una ola, avanzaba por debajo de las algas, curvando blandamente el mar de hierba. Se oía luego el regurgitar del agua en las concavidades del muelle, como el grito del náufrago vencido que siente en la boca la inmensidad del océano. Y el aire sustentaba una sensación dolorosa de planicie yerma.

Intentó Tollemache trepar por la columna de madera para llegar a la seguridad del suelo firme. Sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito, y se tiró al suelo, permaneciendo largo rato medio inconsciente sobre las tablas del muelle. Cuando comenzó a recobrar la facultad de pensar y la de dirigir sus movimientos, supo que estaba tiritando y que le dolían todos los músculos del cuerpo. Hizo un esfuerzo para ponerse de pie, y su mirada tropezó con una visión fantasmagórica. Era un coloso muerto. Un buque desmantelado, apoyado sobre el muelle como un cadáver mutilado. En derredor de su estructura existía una congoja triste, opaca. Y Tollemache adivinó en su atmósfera una llamada pavorosa, irresistible, como el grito de las simas y de los abismos.

«Es absolutamente necesario que llegue hasta Saigón —pensó—.

No me queda otra solución».

Y comenzó a caminar por el muelle, sintiendo mucho frío. Pero se dejó caer de nuevo sobre las tablas húmedas, permaneciendo un buen rato en aquella posición, sin decidirse a levantarse.

«Sería curioso que todo mi plan, elaborado durante quince años de angustia, se viera derrumbado por una debilidad momentánea de mi espíritu».

Y este pensamiento le ayudó a levantarse, echando a correr para secarse más pronto la ropa. Pero no había recorrido veinte metros cuando cayó sobre una red. Incorporándose de un salto, siguió avanzando. Estaba poseído de una creciente ansiedad que espoleaba su carrera. Y no cesaba de repetirse mentalmente:

«No debo demorar los acontecimientos. Ha llegado el momento de obrar».

Al llegar junto a unos almacenes se enredó en una tela de alambre. Y soltó un quejido de dolor al herirse la carne, contestándole el ladrido de un perro enfebrecido, rabioso. Y cuando se liberó de la alambrada, se introdujo en un laberinto de calles solitarias, formadas por construcciones de una planta. El silencio imperaba en todas ellas; un silencio que dejaba penetrar y difundirse los rumores del mar.

«No debe estar muy lejos —razonó—. Saigón está por estas calles, si los informes del noruego son verídicos. Recuerdo muy bien lo que me dijo. Habló de una calle misteriosa, una calle tan singular que no tiene pérdida. Pero ¿acaso una calle puede diferenciarse mucho de las demás?».

Y al doblar un esquina se quedó paralizado, como si la Sangre hubiera suspendido su circulación, quedando congelada en las venas. El espectáculo de la calle que tenía delante le había turbado. Y penetró, de pronto, en el templo de un misterio sobrecogedor. De una calle a otra había una distancia tan tremenda como de Nueva York a

Hong-Kong.

Experimentó la sensación de hallarse, en virtud de magia negra, en una ciudad extraña, perteneciente quizá a otro planeta. Era una calle singular. Poseía una personalidad torturadora. Tenía una atmósfera cuya esencia era la melancolía. Y un silencio traslúcido se cernía sobre ella. La vida, los carruajes, el sonido, la luz, todo había

abandonado aquel pedazo de calle. El mundo ignoraba su existencia. Y la atmósfera poseía fronteras inquebrantables, no podía romper el sonido su perfecto equilibrio.

Tollemache quiso avanzar, pero sintió una fuerza repelente, como si unas manos poderosas le impidieran seguir avanzando.

Un farol, que sostenía un brazo de hierro naciendo del muro, arrojaba una geometría de luces blancas sobre el suelo. Y una recta formada por el límite entre la luz y la penumbra cruzaba el adoquinado, determinando la frontera del misterio.

Lentamente, como si tuviera que ir venciendo una atmósfera densa, líquida, avanzó Tollemache despacio, sin precipitación. El reposo de toda la calle le había comunicado su serenidad.

Fijóse en las construcciones, recogiendo la emoción que manaban los portales penumbrosos. Y tuvo la impresión de que sus moradores abandonaron las viviendas por un profundo temor a lo desconocido. Eran casas encantadas. Quien penetrase en su interior descubriría un mundo nuevo, quimérico, siniestro y fantasmal.

Al llegar a mitad de la calle, se detuvo ante un comercio que no merecía este nombre. En la portada, un letrero decía: «Saigón». Y otro reclamo vertical rezaba: «La Casa de las Lámparas». En las vitrinas de los escaparates aparecían varios objetos rodeados de una atmósfera sin oxígeno, inmóvil, letárgica, doliente: unos jarrones chinos.

De su interior emanaba un hálito frío, adivinándose en seguida la ausencia de seres humanos.

Tollemache estuvo contemplando la puerta, y su pensamiento atravesó el obstáculo, imaginando un interior desolado, de paredes deslucidas, con cuadros patinosos, viejos. Y un mobiliario muy antiguo, sumergido en un reposo inquebrantable...

«Dentro de breves instantes tendrá una clave en mi bolsillo».

Se decidió a entrar y, en el momento de empujar la puerta, una sinfonía melodiosa, con cualidades musicales de arpa trémula, le hirió el tímpano. La puerta estaba conectada con un mecanismo sonoro. Y cuando se hubo repuesto de esta pequeña sorpresa se encontró con otra mayor. Había penetrado en un recinto singular, una cueva maravillosa cuajada de estalactitas y estalagmitas. El techo estaba lleno de cristales espejeantes, formando un artesonado iridiscente, con temblor musical de carillón exótico. Alucinado,

levantó la mirada para ver la colección más completa de lámparas de vidrio. Y se fijó también en otras cosas. Había vitrinas cuajadas de relojes de todos los tamaños y de todas las épocas... De repente, su mirada tropezó con un estuche de piel y terciopelo que guardaba dos puñales chinos. ¡Dos dagas afiladas, maravillosas y sorprendentes! Estaban al alcance de su mano y se apoderó de una de ellas. Contemplaba fascinado los brillos de la hoja cuando sonó una voz blanda, sin potencias:

—«Selemat datang».

EDITORIAL ROLLAN

orinda a sus lectores asiduos el GRANDÍOSO
EXTRAORDINARIO número 100 de la Co-
lección F. B. I.

YO, DIRECTOR DEL F. B. I.

DR. ALF MANZ

II

¡RICHARD YORK!



N el recinto había aparecido un oriental, materializándose como una súbita explosión.

—Bien venido —repitió en inglés—. ¿En qué puedo servirle?

Tollemache examinó al asiático. Era melifluo, pequeñito y mantecoso, de carne blanca, sin nervios. Sus ojos, aparentemente sin párpados, tenían una mirada sin potencia.

—Necesito ver a un hombre —explicó Tollemache. Y su palabra sonó como una orden—. Se llama Richard York.

—Usted se equivoca, quizá,...

—Está aquí y necesito hablar con él —y la mandíbula del

visitante avanzó desafiadora, dura.

—Yo no sé...

George Tollemache clavó una mirada fulminante en el asiático una mirada de hombre acorralado, rabioso. El oriental, perplejo, soltó un disco que sabía a la perfección:

—Yo vendo seda, buena seda, seda de la mejor calidad. Puedo vender hasta mil dólares de seda cruda... Y relojes, lámparas...

—¡No quiero seda!

El asiático quedó en actitud dubitativa. Retrocediendo hasta la pared del fondo, encontró una puerta velada por una cortina de cristales. Y haciendo sonar los vidrios, desapareció tras ella. Tollemache veía su sombra tras la cortina transparente, observando que dialogaba con otra persona. Transcurrieron tres minutos largos antes de que la cortina se abriera con sonido inarmónico, pero no desprovisto del todo de melodía, para dar paso al oriental. Hizo una señal a Tollemache y éste, obedeciendo la indicación, cruzó la puerta.

—No perdamos el tiempo —exclamó con impaciencia manifiesta.

Se encontró en una habitación rectangular, pequeña, de paredes encaladas, pero ya sucias, cubiertas por una capa de polvo de humo. El techo, como de boharda, descendía inclinado en un artesonado de vigas negras. En la pared de la derecha veíase una puerta con pesado cerrojo de hierro, y encima de ella había una placa en la que aparecían pintados en rojo algunos caracteres chinos. Y en el centro de la habitación, colgado del techo con una cuerda de seda, había un farol chino, muy sencillo. Toda la trastienda pregustaba una decoración, completamente diferente con el recinto inmediato. Era pobre, como una vivienda humilde de Singapur o Shanghai.

Ante la cortina de cristal aparecía un personaje inmóvil, sentado con rigidez egipcia ante una mesa hexagonal, encima de la cual veíanse una caja de opio, una bandeja con copas diminutas de licor y otra caja de cigarrillos marca «Three Castle». Parecía sumido en un profundo sopor, anestesiado por una droga que le proporcionaba una sensibilidad deshecha en múltiples facetas; un sueño hipnótico, maravilloso, del que no deseaba despertar. Fumaba en larga pipa, de cazoleta diminuta, de la que partía una hebra finísima de humo.

La atmósfera era niebla, una neblina compuesta de un complejo

de humos raros entre los que se adivinaba la presencia del opio.

El oriental habló en una lengua extraña.

El personaje siguió inmóvil, guardando silencio.

—La atmósfera de esta habitación es asfixiante. ¿No hay manera de respirar aire puro? —preguntó Tollemache.

—Existe una ventana, señor...

—¡Ábrala!

—La noche es mala, entraría la humedad y la niebla.

—No importa —insistió—, hágalo, por favor.

Obedeció el chino. Y al abrir la ventana, penetra una caricia de aire helado, húmedo. La atmósfera se alivió de una embriaguez doliente, haciéndose fluida, respirable... Y comenzó a sonar el varillaje de cristal al ser turbado por ráfagas de viento. La cortina se deshizo en sinfonías elementales, poseedoras de una melodía hipnótica, profundamente original. Eran vibraciones rápidas, electrizantes, que dejaban en el aire un surco de arpa herida.

Nadie hablaba. El hombre enigma siguió callado e inmóvil. Y por último, el oriental, para romper el hielo, recurrió a su disco:

—Yo vendo también té «Suchong», barato, muy bueno.

—No compro —dijo Tollemache, agrio.

—Seda natural, delicada, fina, muy buena seda...

—¡No compro!

—¿Fuma? —Y le ofreció un cigarrillo—. Es buen tabaco. Marca «Three Castle».

—No me apetece —despreció Tollemache, que ya empezaba a perder la paciencia.

Por fin, el misterioso personaje entró lentamente en el mundo de las realidades. Enfocando su pupila, observó a Tollemache, que sostuvo su mirada de serpiente. Luego, moviendo su cabeza pulimentada, de piel tersa, pronunció palabras extrañas. Al escuchar su jerga, el oriental precipitose a la ventana, cerrándola. Y se quebró en el aire la sinfonía, como un vidrio roto.

Desapareció el asiático por la puerta de la derecha.

Descendió un violento silencio de respiraciones contenidas, un silencio duro, plástico, angustioso... Hasta que apareció un hombre en el marco de la puerta. Al verlo, Tollemache sintió que el corazón le daba un vuelco.

«¡Es “él”! ¡No puede ser otro! —se dijo—. ¡Richard York!».

El sujeto lo examinó detenidamente, con la mirada blanda del hombre que sale de la disipación. Vestía con desaliño, arrugada la camisa, la corbata de cualquier manera, revuelto el cabello, la chaqueta colgante. Parecía como si hubiera tenido que vestirse rápidamente cuando comenzaba a penetrar en la región del sueño.

Tollemache habló lentamente.

—Sing-Sing. Celda cuarenta y siete. Número trescientos diecinueve. Hansen Hohansen.

El rostro de Richard York no cambió de expresión al escuchar el santo y seña. Su faz era angulosa, nariz respingona, cejas débiles, ojos pequeños y ribeteados de rojo... La pronunciada encía adelantaba un labio seco, gesticulante. El mentón terminaba en fina curvatura, de filo de guadaña, pero luego, se abría como las alas de una mariposa. No iba afeitado. Y el pelo de su barba, asiforme, le crecía en estrías caprichosas.

—¿Qué quiere? —interrogó.

—Un arma —fué la respuesta.

York lo contempló de nuevo, fijándose en sus ropas, ya secas, pero arrugadas, deslucidas, y su cabello enmarañado, con restos de algas y sales del mar.

—Dinero —exigió.

—Tengo cincuenta dólares. Creo que será suficiente.

—Pues no lo es.

George Tollemache cambió de color.

—Le pagaré más, pero deme tiempo. Necesito un arma. ¡No me la niegue!

—Venga ese dinero.

Tollemache sacó una cartera de cuero desteñida, extrayendo de ella unos billetes húmedos.

Y se los entregó a Richard York, acercándose hasta él.

—Cuenta.

Pero York se los guardó en el bolsillo del pantalón sin averiguar si la suma era correcta. Y sin dejar de mirar a Tollemache, habló al oriental que permanecía a sus espaldas:

—Ling, trae una pistola con silenciador. Marca alemana.

Esperó, permaneciendo en la misma actitud, apoyado en el marco de la puerta y guiñando los ojos, como atacado por un tic nervioso. Cuando tuvo el arma en su poder, se la ofreció a George

Tollemache, diciéndole:

—Tome; esta pistola no tiene dueño.

—Comprendo.

—Y ahora, puede marcharse.

Tollemache, al pretender abandonar la estancia rápidamente, precipitóse sobre la cortina de cristal, ocasionando una tempestad de vidrios rotos. Sin volver la mirada atrás, dirigióse a la puerta y salió a la calle. Una vez en ella, corrió hasta llegar a un esquinal. Consultó la hora, ayudado por la luz de una farola. Las nueve de la noche. Y sus labios iniciaron una mueca de disgusto.

Continuó andando rápidamente. Y al volver la mirada atrás, observó que era perseguido por un hombre que conservaba su velocidad. Y pensó: «Ese condenado me está siguiendo. ¿Qué querrá ahora? Seguramente, más dinero. ¡No me dejará tranquilo!».

Al entrar en una boca de calle, vio que la tiniebla se quebraba tres manzanas adelante. Un comercio arrojaba sobre el suelo un trapecio de luz fría. Cuando llegó hasta él, observó que se trataba de una casa de compra-venta. Se le ocurrió penetrar y cambiar su reloj por unos billetes de dorso verde. Y tras unos momentos de vacilación, se decidió a comprar un abrigo azul, ya viejo, pero en buen estado de conservación. «Necesito cubrirme para no despertar sospechas». Y al salir, miróse en los vidrios de los escaparates, sintiendo una mayor confianza en sí mismo. Una alegría desbordante se apoderó de él, alegría que se tradujo en un caminar acelerado, vehemente.

Cuando se le ocurrió volver el rostro, distinguió una figura que le seguía los pasos. El andar inconfundible, inclinado sobre un hombro, le descubrió su identidad. «¡Es él! ¡Él otra vez!».

Se metió en un portal penumbroso y esperó la llegada de York. Estaba inmóvil, pálido. La claridad zarca de un farol de calle le acentuaba el gesto en un dibujo crudo de sombras y luz.

—¡Alto! —le espetó—. Si continúa siguiéndome le saltaré la tapa de los sesos —y asomó la pistola a la luz.

—Un momento —exclamó York, hablando lentamente, subrayando cada palabra—. Usted y yo somos amigos, ¿comprende? Donde esté el uno irá el otro. Está ligado a mí.

—No sabía las condiciones del contrato —dijo Tollemache, suavemente, aunque le minaba la cólera por dentro.

—Lo sabe ahora; ¿qué más da?

—Le advierto una cosa: le abriré la cabeza de un golpe si continúa persiguiéndome, ¿entendido?

—No diga tonterías —repuso Richard York—. Soy un amigo que quiere favorecerle. Esta usted «nuevo» y necesita que le dirijan.

—¡Váyase al cuerno! —pronunció Tollemache, fuera de sí—. Usted y yo hemos acabado. Márchese. Sé lo que debo hacer.

—No le gusta mi compañía; ¡qué lástima! Sólo quería invitarle a beber —y agregó más serio—: Venga conmigo y guárdese el juguete por si le ve la Policía.

No supo Tollemache explicarse por qué siguió a aquel hombre, pero lo cierto fué que caminó a su lado, tal vez hipnotizado por su personalidad desconcertante, o quizá también porque no sabía dónde dirigir los pasos.

Penetraron en una cervecería de la calle Cuarenta y Dos.

—¿Qué quiere tomar? —le preguntó York.

George Tollemache no respondió. Se acercó a la barra, sentándose en un taburete. Y mientras tanto, Richard York hizo resbalar hasta su mano un vaso con «*whisky*».

Beer era un bar sin pretensiones de elegancias de «*hall*» fastuoso, pero su decoración adaptábase al gusto del día, esto es, la luz indirecta, las columnas recubiertas de espejos, las mesillas de materia plástica, el mostrador de mármol negro. Y poseía esa atmósfera cálida, abierta, que poseen los hoteles frecuentados por cosmopolitas. Además, obedeciendo a una opinión general, había recurrido a un eficaz procedimiento para atraer consumidores, poniendo una belleza femenina tras el mostrador circular: Ida Helser.

Un «barman» de color enjuagaba vasos, empleando un procedimiento mecánico. Luego, los iba colocando, boca abajo, sobre el mármol.

Beer era un local muy visitado. Los lugares parecen poseer, como las personas, un carácter, una personalidad que los singulariza. El ambiente de Beer era acogedor.

Pero en aquellos momentos no había público. En un ángulo, una pareja joven ocupaba una mesa. En una silla reclinada en la pared, permanecía un personaje adormilado, con el sombrero sobre los ojos, probable agente de comercio a juzgar por la cartera que tenía

a su lado. Y en la barra, un sujeto vestido con elegancia exagerada sorbía un café caliente. Parecía conocer a la muchacha, pues contestaba con voz cálida a una pregunta de la joven:

—Puedes creerlo. Ya conoces mis sentimientos.

—No son sentimientos los que te acercan a mí —repuso ella.

—Bueno, no cojas ese tema. Lo que deseas es imposible, está fuera de lugar. Preferiría no tratar más de ese asunto... Ida, hay cosas que no se pueden deshacer. ¿No lo comprendes?

—¿Qué debo comprender?

—Pides demasiado, Ida —explicó él.

—Puede que tengas razón —contestó la muchacha, con palabras heladas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, con ansiedad.

—¡Hala, lárgate!

—Está bien. Me iré. Pero no creas que voy a venir más por aquí. Has concluido para mí. ¡Adiós!

—Hasta la vista —articuló ella con supina indiferencia.

Tollemache despreció la bebida y se acercó a la joven, que le envió una mirada acogedora.

—Présteme un níquel.

—El segundo botón. Es un buen disco —le indicó la muchacha, adivinando su intención.

Tollemache recogió la moneda y acercóse a la orquestina mecánica. La puso en marcha y regresó a la barra.

De repente surgió una melodía lenta, de orquestina veleidosa en terraza de pista de cristal. En la atmósfera de Beer nació súbitamente un mundo abigarrado, lleno de imágenes, colores, joyas...

Y Tollemache sintió que se deshacía la amarga contemplación de la verdad. Ambicionó una vida fácil, frívola, feliz... Y sintió resurrección de ansiedades epicúreas.

«No puedo fracasar —pensó, acariciando las ventajas del éxito —; es imposible que esto suceda».

—¿No bebe? —le interrogó York.

—No suelo hacerlo —fué la respuesta.

—¿Cuántas horas hace que ha desembarcado? —inquirió York a boca de jarro.

—Ya no me acuerdo —contestó Tollemache, esforzándose por

conseguir la mayor sinceridad en sus palabras.

—¿Forastero?

—Es probable.

—Sin un centavo en el bolsillo, ¿eh? —opinó York.

—Eso no me quita el sueño —repuso Tollemache.

—¡Qué lástima! En cierta ocasión gané dinero enseñando a los turistas los lugares no lícitos. Si tenía suerte, me hacía con una bonita suma. ¿Conoce Nueva York?

—No tan bien como usted.

—Me temo que sea cierto —aseguró Richard York.

George Tollemache observaba con insistencia descarada a Ida Helser, que agradeció el mudo elogio que hacía de su cuerpo. Estaba acostumbrada a la mirada escrutadora de los hombres. Y al observar que acaparaba el interés de aquel hombre se acercó a él.

—¿Quieres que apague la luz? —le dijo, para desenmascarar sus pensamientos.

—Aquí, no —repuso el aludido, imperturbable.

—¿Turista?

Tollemache adivinó que la muchacha le había descubierto el acento inglés.

—Pero sin talonario de cheques —y se alegró de dar una respuesta que juzgó ingeniosa.

—Lo creo. Profesión, ninguna.

—Cosmopolita, lo único soportable de la vida.

—Siguiendo las líneas férreas...

—Sirve un café, preciosidad —rogó Tollemache, cortando la conversación.

Mientras tanto, Richard York dirigióse al «barman», pidiéndole más «*whisky*». Todos sus gestos eran teatrales. Hubiera ganado una fortuna en las pantallas si su mímica la hubiera descubierto un director de escena.

Ida Helser regresó con un exprés humeante.

—Hay una orquesta colosal en Río Janeiro —dijo a Tollemache, esperando una proposición que no llegó.

«Mañana, a estas horas, todo estará concluido —pensaba Tollemache—. Lo mejor será que busque las salas de fiesta. Creo que es lo más indicado».

—¿Cuánto pagaría por un par de sándwiches? —preguntó a la

joven.

—Medio dólar.

—Entonces, póngame un aperitivo con una aceituna negra.

—Sírvalos —intercedió York.

Tollemache pareció no escuchar la palabra de Richard York. Volvió el rostro y observó la calle, llena de luces. De una cervecería próxima llegaba el guiño de un reclamo eléctrico pintando una palabra luminosa, parpadeante, sobre el suelo: «Coffee-House... Coffee-House»...

En aquel momento abrióse la puerta y penetró un sujeto bien vestido, planchados los cabellos con cosmético. Se acercó a la barra y buscó a Ida.

—Hola, encanto —habló rápidamente—. ¿Cuándo dejas este cementerio?

—Dentro de un par de horas —contestó la muchacha, aparentando indiferencia.

—Bien; tengo el coche ahí fuera.

—¿Y qué?

—He reservado una mesa en California —dijo el joven—. Supuse que te gustaría ese lugar.

—Lo conozco. Es un lugar muy aburrido.

—Pues yo creía que sería nuevo para ti —exclamó, sorprendido—. Ida, creo que sales con demasiada gente —añadió con pesadumbre.

—Quiero divertirme. ¿Qué ves de malo en ello?

Tollemache, mientras tanto, demostraba su apetito. Y cuando hubo acabado de comer preguntó a York:

—¿Usted no fuma nunca? Estaba esperando que me ofreciese un cigarrillo. Ya que quiere favorecerme, deme uno.

—Tome, un «Philip Morris» —ofreció York, sacando un paquete casi entero.

Tollemache encendió uno, esperando el ataque de Richard York, que no se hizo esperar:

—¿Cómo debo llamarle? —Fué la primera pregunta.

—Me es indiferente —dijo Tollemache, acompañando su respuesta con un ligero encogimiento de hombros.

Segunda pregunta:

—¿Qué piensa hacer ahora?

—¿Tengo la obligación de responderle, acaso? Sólo deseo que me deje en paz —replicó Tollemache—. Me voy a marchar, pero si continúa siguiéndome le dispararé a boca de jarro. No estoy ligado a usted, ¿entiende? Siga por su camino, que yo tomaré el mío. Y ahora, buenas noches.

Pero Richard York le detuvo con la voz:

—¡Eh!... No ha pagado su café.

—¿Pues no quería favorecerme? ¡Qué miserable!

Y tiró una moneda sobre el mostrador de mármol negro, saliendo después a la calle.

Caminaba a trancos de ave zancuda, tratando desaparecer de las proximidades de la cervecería. Y al llegar a un «cine» ocultóse detrás de una columna, permaneciendo un buen rato con la mirada clavada en las puertas de cristal. En ellas veíanse reflejadas palabras luminosas, nebulosas de coches y un plagio espectral de la gente que circulaba por aquel trozo de calle. La cervecería era perfectamente visible, con su reclamo luminoso en rojo. Estuvo espionando a todas las personas que salían de Beer, pero no descubrió la silueta inconfundible de Richard York. Y con un caminar más apacible alejóse de la calle Cuarenta y Dos, buscando otras arterias luminosas, espléndidas.



MARAVILLOSO NUM. 100 EXTRAORDINARIO

de la Colección F. B. I.

YO, DIRECTOR DEL F. B. I.

por A L F M A N Z

Una novela inigualable, con 224 páginas, láminas interiores, doble dibujo en cubierta, al precio de

OCHO PESETAS

III

SEGUNDOS DE ANGUSTIA



GEORGE Tollemache abrió los ojos y trató de recordar las circunstancias que le habían llevado hasta aquella dismantelada habitación de paredes grises del barrio Harlem. Sentóse al borde de la cama, invadiéndole, sin motivo justificado, una tristeza que le dejó sin nervios. Y permaneció un buen rato en la misma actitud, sin hilvanar pensamientos, sintiéndose tan insignificante como una hoja de papel en blanco.

«Nada signifíco —pensó—. Estoy al margen de todo. Y creo que mi plan es absurdo. Soy un alucinado y quizá esté loco. No me

sorprendería mucho que fuera verdad».

Y posó su mirada sobre el arma, que destacaba rotunda entre las sábanas, dibujando sus labios una sonrisa triste.

De la calle llegaban ruidos que recogió, trasladando su imaginación a la calzada. Y permaneció inmóvil, anticipando el pensamiento a la acción que debía llevar a cabo.

Descansó los brazos sobre los muslos, y con la cabeza abatida permaneció sin elaborar pensamientos, con las manos colgantes, presintiendo que se le disipaba una esperanza.

«Esta debilidad momentánea de mi espíritu pasará, afortunadamente. Ya conozco estos desmayos de la voluntad. No deben sorprenderme».

Y al oír que se abría la puerta de su alcoba preguntó, sin volver la cabeza:

—¿Quién es? ¿Greta?...

—Sí. Vengo con el café. ¿Dónde lo pongo?

—Donde puedas —respondió con aspereza.

Y como siguió un silencio que se hizo largo, Tollemache volvió lentamente el rostro.

Una muchacha de unos veinte a veintidós años de edad permanecía en pie, sosteniendo una bandeja de metal con una taza. Estaba inmóvil, dubitativa.

—¿Qué te pasa? —preguntó, agrio—. Déjalo en el suelo y lárgate. ¡Rápido!

Le causó una extraña impresión su mirada húmeda, comprobando que podía penetrar más allá de su pupila para descubrir los sentimientos de su alma.

De repente dióse cuenta Tollemache de que la pistola era perfectamente visible. Y la cubrió con un pliegue de la sábana, gritando, colérico:

—Y ¿quién te dijo que deseaba beber agua de cloaca? ¡No la quiero! ¡Márchate ya!

Retrocedió la joven, medrosa, y cerró la puerta. Arrepintiéndose Tollemache de su hablar duro, pero se dijo que aquélla era la posición que debía adoptar. Escupió en el suelo, poniéndose la chaqueta y el abrigo. Y mientras tanto examinó el mísero habitáculo como si lo contemplase por primera vez.

La habitación se componía de cuatro paredes frías, heridas por

estrias y letreros obscenos grabados con navaja. El piso era de losas encarnadas, sin brillo. Y el mobiliario consistía en una cama de madera y una mesilla que despedía un insoportable olor a yodoformo. Encima de una palangana de metal para lavarse, pegado al muro con miga de pan, veíase un cromo religioso con imágenes piadosas.

Recogió el revólver, guardándoselo en el bolsillo, y salió a la escalera que le tenía que conducir a la calle. Pero, una vez en ella, reconoció que no era aquél el momento de «liquidar el negocio». En el ambiente no encontró nada que le animase a seguir adelante. Además, le faltaba moral... Y recordó el lugar donde podía adquirirla.

Cuando entró en Beer reconoció su perfume peculiar, mezcla de frutos aromosos y fermentos de cerveza. Había bastante gente. En la barra veíase un público ruidoso, siempre distinto, que llenaba el aire de humo de cigarros. Pero las mesas circulares estaban vacías.

—¿Tienes un níquel? —suplicó a Ida.

—Nunca tienes un dólar en el bolsillo —comentó ella.

—Un dólar, sí. Toma este billete y dame cambio.

Ida accionó la máquina automática y buscó moneda fraccionaria.

—Voy a hacer sonar la música —explicó Tollemache, recogiendo el cambio.

Y se acercó a la orquestina mecánica, introduciendo un níquel en la ranura correspondiente. Pulsó el segundo botón, y surgió la melodía que ya conocía. Le gustó asociar la música con la primera imagen de Ida Helser que retenía en la memoria. Comprendió que la muchacha había influido en él.

—Sé que te gusta esa pieza —comentó, acercándose a la barra.

—Es bonita —aseguró la joven—. ¿Te disgusta?

—A mí me encantan todas las cosas que tú adores.

—¿En serio? —dijo Ida, sin mostrarse sorprendida.

—Puedes creerlo. Si no conoces mis sentimientos hacia ti, debes saberlo ahora.

—¿Qué debo saber? —Pretendió averiguar ella.

—Que me gustas. ¿Te sorprende?

—Nada. Estoy acostumbrada a soportar esas palabras. Los hombres sois un disco rayado.

—Las palabras son siempre las mismas, desde luego —admitió Tollemache—. Todo depende... de cómo se digan.

Ida se alejó para atender un cambio, y Tollemache encendió un cigarro al tiempo que observaba a un individuo bajito, de nariz plana, pero muy vivo de ademanes, que se acercó hasta el mostrador hablando rápidamente.

—Me marchó, Ida. Tengo varias cosas que resolver ahora. Es probable que a las nueve esté libre. ¿Quieres esperarme?

—¿Qué plan tienes? —preguntó ella.

—No sé. Ve pensándolo tú. ¡Adiós!

George Tollemache lanzó una mirada penetrante a la muchacha.

—¿Quién es ése? —preguntó, curioso.

—¿Te preocupa?

—Lo creo posible... ¿Vas a esperarle?

—No te interesa —respondió, fría.

—No finjas, preciosa —dijo Tollemache, áspero.

—¿Cómo?

—Menos teatro. Sé sincera conmigo. Y confiesa que te gusto un poco. ¡Anda, dilo ya!

—Espacio, forastero...

—No puedes ocultarlo. Sé lo que sientes —repuso Tollemache—. ¡Qué mala actriz eres! Estás deseando que...

—¿Qué?

—... salir conmigo esta noche —deslizó Tollemache, mirándole los labios.

—No me interesas —dijo ella con estudiada indiferencia.

—Y ¿por qué?

—Eres un fracasado a los treinta años.

—Y tú, en cambio, eres un ángel, ¿no? —replicó Tollemache, sin inmutarse—. No sé la fecha de mi nacimiento. Y estás en un error. Soy un hombre con suerte... Te encontré a ti, y no te podrás separar de mí.

—¡Qué listo! —exclamó Ida, arrastrando las sílabas.

—Lo siento, pero me gustas demasiado para que abandone esta partida, y al final ya verás cómo la gano.

—Déjate de tonterías —dijo ella—. Y bien, ¿qué vas a tomar?

—No te vayas por la tangente.

Ida Helser se encogió ligeramente de hombros.

—Ninguna chica se ha aburrido a mi lado —siguió diciendo Tollemache—. Vamos, sé buena muchacha. No conozco Nueva York, y necesito tu compañía.

—Esa proposición es más aceptable —consideró la joven.

—Bien. ¿A qué hora?

—A las diez. ¿Te parece?

En aquel momento se apagó el bailable. Y disipóse una fugaz ilusión de vida óptima. Tollemache padeció un inexplicable desencanto al penetrar en el silencio. Se habían borrado las imágenes creadas por la virtud sonora de un fox lento. Y la atmósfera de Beer perdió una emoción de sala de fiestas en ciudad cosmopolita, universal.

—¿Te he pedido algo?... ¿No? Dame un café bien caliente. No quiero nada más.

Y mientras esperaba el aromático expés examinó Tollemache a Joe Van, el «barman» de color, cuyo espectáculo se salía de lo corriente. Había despreciado las características de la raza negra, conservando solamente el color de la piel, tal vez más tostado de lo general. Por lo demás, parecía un europeo.

—Toma, el café —le dijo Ida, acercándole un vaso.

—Está bien. Te pagaré luego.

—Ni hablar...

—¡Qué desconfiada eres! —comentó Tollemache, abonando el importe de la consumición.

Lo tomó rápidamente y abandonó el local. Una vez en la calle, dirigióse resueltamente a Wall Street. Encontró el rascacielos que buscaba y penetró en el «*hall*», inmenso, sintiéndose empequeñecido, insignificante; pero sacó el pecho y se dirigió a los ascensores.

—Al piso cuarenta y cinco.

Cuando el ascensor llenóse de gente, el encargado lo hizo ascender, observando la luz roja que cambiaba de posición en el tablero. A George Tollemache le pareció una eternidad el tiempo que transcurrió hasta que la luz encarnada iluminó el disco cuarenta y cinco y se abrieron las puertas. Salió a un pasillo alfombrado, muy lujoso, con una infinidad de puertas con placas comerciales. Buscó la que le interesaba, deteniéndose ante una puerta de cristal esmerilado con una placa negra en la que se leían

unas letras en relieve: «Bittman, joyero».

Al empujar la puerta notó, con disgusto, que hacía funcionar un mecanismo sonoro. Y en el acto salió a recibirle un hombre vestido con corrección suma.

—¿Deseaba el señor?...

—Quería hacer un regalo, pero no deseo gastarme mucho dinero. Una cosa prudencial —explicó Tollemache, ambicionando que sus palabras fuesen naturales y sinceras.

—Puede que encuentre algo que pueda interesarle. Venga conmigo.

Simulando la curiosidad del comprador interesado, paseó la mirada por todas las vitrinas, haciendo varias preguntas. Y consiguió los informes que le interesaban. Supo que a las ocho corríanse unas puertas metálicas para impedir la entrada al público, pero no pudo averiguar si las vitrinas estaban aseguradas con sistemas de alarma. Le pareció una pregunta demasiado impertinente para formularla.

Cuando se detuvo, maravillado, ante una magnífica colección de perlas, el encargado le explicó:

—Constituyó el primer capricho de míster Bittman, mucho antes de pensar en establecerse como joyero. Le gustaba coleccionar perlas, y viajó mucho por la India, logrando ejemplares que valen un motón de dólares.

Y Tollemache recordó estas palabras cuando se vio de nuevo en las calles.

«Ha llegado el momento de entrar en acción —consideró—. Sólo tengo que esperar algunas horas. ¿En qué emplearé este intervalo de tiempo? Lo mejor será que vaya otra vez a aquella cochina habitación que tengo alquilada. Comeré lo que me sirvan y trataré de dormir hasta las siete. Conviene que mis nervios me obedezcan cuando llegue el momento decisivo».

Y sonrió, regocijándose con la idea del golpe que preparaba. Experimentaba un extraño placer al considerarse capacitado para realizar semejante empresa. Y comprobó que no le asustaba la idea de llegar a ser asesino.

«Aquella muchacha vio la pistola —recordó—. No cabe la menor duda de que la vio. Estaba encima de la cama y era perfectamente visible. Es peligroso este detalle».

Cuando llegó a su alcoba cerró la puerta y se sentó en el borde de la cama. Era el único lugar donde podía hacerlo. Con lentitud deliberada comenzó a liar un cigarrillo, pero todos sus movimientos eran forzados; la lentitud de sus acciones acumulaba una potencia de muelle tenso.

«¡Qué nervioso me estoy poniendo! —reconoció, invadiéndole el temor—. Parece que me tenga que sentar ya en la silla eléctrica... Pero es inútil que trate de serenarme. Sólo puedo esperar mirando la esfera del reloj».

Transcurrió el tiempo con una lentitud exasperante. Al cabo, unos nudillos golpearon la puerta.

—¿Qué? Adelante... ¡Ah!... ¿Qué es esa mixtura negra?

—Lentejas —dijo Greta, dejando la bandeja sobre la mesilla.

—Acércate. Eres bonita.

La joven no se movió. Fué Tollemache el que se aproximó hasta ella, lastimándole, de repente, la mejilla con un latigazo de los dedos.

—¡Me veré obligado a estrangularte si hablas demasiado de lo que viste esta mañana! —Sus palabras eran hirientes, flageladoras—. ¿Me has comprendido? Tú no sabes nada. ¡No sabes nada!

Y la arrojó con violencia sobre la cama. Greta sollozaba silenciosamente.

—Si guardas silencio, es posible que lleguemos a ser buenos amigos...

Greta se incorporó y buscó la puerta, pero Tollemache le cerró el paso. Ella le dirigió una mirada interrogante. Y en sus pupilas húmedas latía un deseo indescifrable, apasionado. George Tollemache sintióse atraído por aquella criatura cuyo aspecto angelical parecía guardar un extraño secreto...

—No olvidarás lo que has oído, ¿verdad?... ¿Te hice daño?... Esto tal vez te guste más...

Y la besó a la fuerza, con palpitación acelerada de arterias. Y ambicionó más su boca, porque ella oponía resistencia y se retorció entre sus brazos.

—Me gustas. Y no quisiera enfadarme contigo. ¡Quieta! ¡Déjate besar!

Cuando la abandonó, Greta se calzó un zapato que había perdido y se marchó sin decir nada.

«Esta criatura es bastante extraña. ¿Por qué la habré besado? ¿He mentido al decir que me gustaba?».

Tollemache comió sin apetito, esperando a que el viejo reloj de campana diera las cinco de la tarde. Entonces púsose el abrigo y salió a la calle, dirigiendo sus pasos a cualquier sitio. Le sobraba el tiempo.

Se fijó en un reloj que anunciaba una relojería. Ocupaba toda una fachada. Lo había visto por la noche, iluminado, con un péndulo rojo y una esfera verde. Consultó la hora. Las saetas gigantes señalaban las ocho menos diez minutos.

«¡Ha llegado el momento!».

Entró en el rascacielos, dirigiéndose sin vacilar a la línea de los ascensores. Disgustóse de ver a tanta gente. Parecía imposible que los cables de los ascensores pudieran sostener un peso tan considerable, pero la jaula partió con la misma soltura que si fuese vacío.

—Piso cuarto —rogó una voz.

En la pared, una luz avanzó, recorriendo unos discos numerados, verticales, indicadores de los pisos por los que el ascensor iba pasando. Los guarismos aparecían, desaparecían, aparecían... Dos... Tres... Cuatro.

Abriéronse las puertas. Salieron dos personas y entraron cuatro. La luz apareció, desapareció... Siete... Ocho... Nueve... Diez... Once... Doce...

—Piso veintiuno —pidió una voz.

—Pare en el catorce —protestó otra.

El empleado del ascensor no decía palabra; parecía una pieza más de toda la maquinaria.

«Después de todo —consideró Tollemache—, no tengo por qué disgustarme con el público. Favorece mis planes... ¿Cuánto tardará esta jaula en hacer un viaje? Depende, claro está, de las paradas que efectúe en el trayecto. ¡Parece que no vamos a llegar nunca!».

Y miró la trayectoria de la luz, que iluminaba ahora el disco trece... Catorce.

Se abrieron las puertas corredizas, se apeó un hombre. Y el ascensor siguió subiendo, escalando las alturas. Y la luz comenzó otra vez a recorrer la vertical.

Quince... Dieciséis... Diecinueve... Veinte...

—En el veintiuno, por favor.

Otra vez descorrierónse las puertas.

«¡Qué lentitud! ¡Voy a desesperar! Si esto es ahora, ¿qué será “luego”? ¡Es para volverse loco! ¡Esto es insoportable!... Cuando lleguemos al piso cuarenta y cinco serán las diez de la noche».

Angustiado, miró la luz parpadeante... Veintidós... Veintitrés... Veinticinco... Veintisiete... Y la luz avanzaba sin interrupción, victoriosa, anhelante...

«¡Aprisa! —le animaba Tollemache con la imaginación—. ¡Sin detenerse en ningún piso! ¡Adelante!».

... Veintiocho... Veintinueve...

—Pare en el treinta —exclamó una voz impertinente, odiosa, ¡abominable!

«¡Otra interrupción! Seguramente, cuando llegue esta condenada jaula al piso cuarenta y cinco, ya será tarde, ya habrán cerrado la puerta metálica, y tendré que aguardar otro día. ¡Otro día! ¡Otro día, que será tan largo como los quince años que he pasado meditando todo esto!».

El empleado del ascensor, apoyado en el tabique, parecía una persona sin nervios, sin espíritu, sin alma. Obedecía todas las indicaciones con un automatismo odioso. Y Tollemache lo creyó lento, de movimientos retardados. Tentado estuvo de gritarle: «¡Sube aprisa, desgraciado!». Pero comprendió que no conseguiría nada, ya que no tenía el poder de modificar a su antojo la velocidad de la jaula.

«¿Qué hora será? Con toda seguridad, será ya muy tarde; por lo menos, habrán transcurrido diez minutos». Y haciendo un esfuerzo, luchando con la gente apretujada, levantó una mano para descubrirse la muñeca, «¡Qué estúpido! Ya no recordaba que cambié mi reloj por unos dólares».

No le quedaba otra alternativa que esperar pacientemente, mirando la luz. Dióse cuenta que ésta no había alcanzado todavía el punto medio de la vertical. Estaba en el piso treinta y dos... Treinta y tres... Treinta y cuatro... Treinta y cinco... Treinta y seis...

Y Tollemache se repetía mentalmente, al compás de la luz, una frase que le torturaba: «¡Otro día!... ¡Otro día!... ¡Otro día!... ¡Otro día!...».

—En el treinta y nueve, tenga la bondad —suplicó una voz.

Se abrieron y se cerraron las puertas.

... Cuarenta y uno... Cuarenta y dos...

«¡Cuarenta y dos! —A Tollemache le saltó el corazón casi por la boca... Y se sintió muy débil, muy cansado. Parecía ahora que la jaula había adquirido una velocidad diabólica—. ¡Cuarenta y cuatro! Debo hablar ahora».

—En el cuarenta y cinco... —Y le salió una voz quebrada, rota.

El ascensor se detuvo.

«Por fin, ha llegado la hora. ¿Estará abierta la puerta? ¡Ojalá esté ya cerrada! ¡Ojalá esté ya...!».

—Cuarenta y cinco, señor —le recordaron varias voces.

—¿Eh?... ¿Cómo dicen ustedes?... ¡Ah!... Gracias...

Salíó, y esperó a que el ascensor continuara el ascenso. Luego corrió por el pasillo alfombrado hasta la puerta de «Bittman, joyero».

¡Estaba abierta!

Empujó la puerta de vidrio esmerilado y sonó el timbre que ya esperaba oír. No encontró a nadie. Todo estaba sumido en un silencio que hubiera sido perfecto de no llegar la palpitación sorda de los ascensores. No había luz eléctrica; todas las bombillas estaban apagadas. Por las ventanas penetraba una claridad de tarde muerta que tamizaban los visillos, haciéndola opaca. Y de pronto oyó pasos... Surgió el hombre atildado, muy elegante, pero ridículo en todas sus maneras.

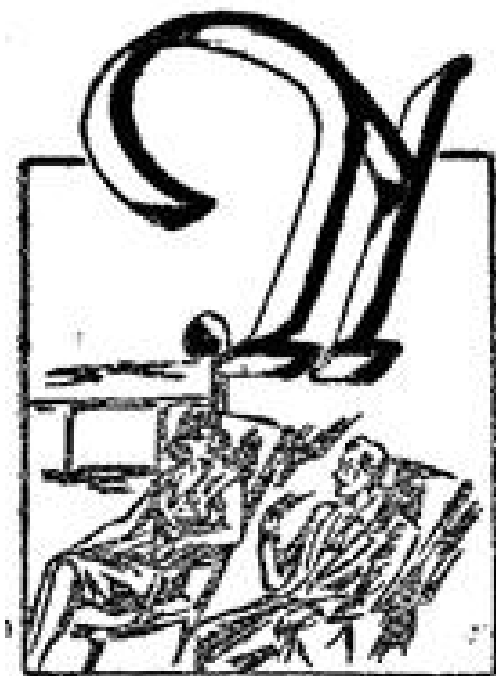
—¡Por el amor de Dios! ¡Es muy tarde! No puedo atenderle ahora; se acaban de marchar todos los empleados... Es una hora tan...

—... oportuna —Tollemache acabó la frase.

Y el encargado se puso lívido. En la claridad sucia, macilenta, su rostro destacóse como una hoja de papel blanco.

IV

¡EL TIMBRE!



O dispare!

George Tollemache sostenía una pistola. Y los ojos del amenazado se clavaron en el arma, penetrando su mirada por el cañón hasta llegar a adivinar la bala que le perforaría el cuerpo.

—No lo haré si obedece a todo lo que le ordene. Si intenta una jugada, morirá como un conejo.

—Si dispara, se oirá la detonación, y tendría muy pocas posibilidades de escapar —razonó el gerente, recuperando su color.

—Esta pistola no hace ruido —murmuró Tollemache.

El amenazado no hizo comentario alguno, pero se fijó más en el arma, y aunque la luz iba disminuyendo, distinguió que, en efecto, se le había adaptado un silenciador.

—¿Qué desea? —murmuró.

—Saber si hay algún aparato de alarma, y cómo funciona.

—No lo hay —fué la contestación.

—¡Miente! —exclamó Tollemache, rabioso.

—Se pone cuando se cierra la puerta metálica. Eso es todo.

—Sin dejar de mirarme, acérquese a la vitrina de las perlas...

—¡Las perlas, no!

—¿Quiere morir? —interrogó Tollemache, impaciente, todo nervios.

El gerente no respondió. Respiraba con dificultad, y los latidos de su corazón eran tan violentos, que se sentían sus pulsos.

—No pierda el tiempo —insistió Tollemache.

La luz había disminuido. Se había sostenido el día en una claridad mortecina, gris, para morir de repente. Los rectángulos pálidos de las ventanas perdieron luz, y en un momento la joyería fué invadida por la oscuridad.

El encargado no decía palabra.

Reinó un instante de silencio. Los ruidos del exterior llegaron claros, precisos, estallando en la atmósfera dormida con un detalle sorprendente.

George Tollemache quebró todo el silencio con la voz:

—Rompa la vitrina y entrégueme las perlas. No encienda ninguna luz. Obedezca, y quizá me ahorre el trabajo de matarle.

El amenazado comenzó a moverse con las manos ligeramente alzadas.

—Le veo perfectamente —le advirtió Tollemache—. Si intenta algo, dispararé contra usted.

De repente, toda la estancia quedó bañada de luz encarnada y brillante.

—Así está mejor. Ése reclamo eléctrico nos favorece.

La luz cambió de color: tornóse verde; luego, roja; luego, verde...

—Comience a trabajar. ¡De prisa!

—No puedo romper ese cristal —dijo el gerente—. Si lo hiciera,

se encenderían unas luces en la estación de Policía del distrito.

—¡Qué listo! Si fuera cierto, lo habría roto ya. Retírese hasta el muro y no se mueva. Voy a hacerlo yo.

Y levantó la pistola para disparar, pero no hubo detonación, a pesar de que apretó el gatillo repetidas veces. Observó un momento el arma, levantando luego la mirada para ver la sonrisa de triunfo en los labios del gerente. Estaba encogido, con las manos apoyadas en la pared, como una pantera dispuesta a dar el salto.

Con el arma en la mano, a modo de hacha, Tollemache se precipitó sobre él. Pero el amenazado saltó con los pies juntos, colocándolos en el estómago de su agresor, que cayó al suelo retorciéndose de dolor.

Tollemache trató de incorporarse, pero recibió un puntapié en la frente que paralizó sus movimientos... Y sintió correr su propia sangre, resbalando por su rostro hasta la comisura de sus labios. Como si fuera un animal carnívoro, excitable al probar el sabor de la sangre, le invadieron bélicas ansiedades... Súbitamente agarróse a la pierna enemiga, retorciéndola con la fuerza que le prestaba la desesperación. Y logró derribar al gerente, aprovechando esta victoria para ponerse en pie rápidamente.

El encargado de la joyería hacía esfuerzos para levantarse, pero recibió un poderoso puñetazo en la mandíbula que lo tiró sobre una vitrina de cristal, ocasionando un estruendo de vidrios rotos. Incrustó la cabeza en la urna, y... su faz perdió el color, adquiriendo repentinamente un tinte azulado, violáceo, al tiempo que sus facciones cobraban dureza.

Había muerto. Y de un corte en el cuello manó la sangre.

Aterrado contempló Tollemache la cabeza de aquel hombre. Tenía la mandíbula dislocada en un gesto grotesco. El labio superior, partido, mostraba los dientes, y el cuello aparecía casi segado por un vidrio... En sus ojos había una mirada perdida en el vacío. No se acercó al cadáver ya que su muerte era evidente, pero sintió la caricia de unos, dedos fríos, como si un hálito espectral enfriara su espíritu. Sintió mucho frío y las manos comenzaron a temblarle.

«Ya soy un asesino —pensó—. Ahora, el primer paso ya está dado. ¡Adelante!».

Hizo cuévano de sus manos y lo llenó de joyas. La emoción le

privaba del aliento y el temblor de sus manos se crispó como si cristalizase en un cuarzo. Pero de pronto, asaltado por una idea súbita, cogió puñados de perlas, guardándoselas en los bolsillos. En su excitación, le cayeron dos ejemplares maravillosos, y cuando se arrodilló en el suelo para recogerlas se quedó inmóvil, helado...

¡El timbre!

Sintió que las fuerzas le abandonaban y que daba convertido en un hombre sin nervio, transparente como un rayo de luz...

¡Sonaba el timbre de la puerta!

Tenía la conciencia de que debía tomar alguna resolución; pero tantas eran las ideas que cruzaban por su mente, y a tanta velocidad, que las despreció todas... Sólo se repetía una y otra vez, aceleradamente, que sonaría de nuevo el timbre.

«Debo hacer algo... ¡Pronto!... ¡Pronto!... ¿Sonará otra vez el timbre?... ¡Claro que sí!... ¡Ya va a sonar!...».

¡El timbre!

Y palpitó toda la atmósfera a impulsos del sonido. A Tollemache le pareció que aquella vibración era en extremo escandalosa, irritante...

«No hay tiempo que perder. Debo serenarme y obrar... Ese hombre intentará... Intentará, ¿qué? ¿Qué es lo que intentará?... ¡Va a sonar el timbre!... Ese hombre... Pero es preciso que domine mis nervios... ¡Voy a perderme!... Ese timbre... Y ese hombre... Hay un hombre ahí fuera... Hay un...».

¡El timbre!

La oscuridad sufrió una conmoción electrizante, como si poseyera un sistema nervioso.

Repentinamente, Tollemache recobró la facultad de moverse. Sacó un pañuelo del bolsillo, y recogiendo un cristal del suelo, en forma de hoja de laurel, se improvisó una daga terrible, cubriendo con la tela un extremo del vidrio para formar un mango.

La puerta se abrió lentamente. Y una silueta humana recortóse en el cristal esmerilado después que hubo cerrado la puerta a sus espaldas. Aquel hombre permaneció inmóvil. Seguramente había quedado sin nervios a consecuencia del espanto que sentía al contemplar un cadáver junto a una mancha bermeja... y a un asesino armado con un arma espeluznante.

Tollemache había perdido la facultad de respirar y estaba

petrificado, sin aliento, aunque conservaba despejado el cerebro. La emoción le prestaba un desarrollo extraordinario de la lucidez mental. Concebía ideas en fracciones de segundo... Y durante un cuarto de minuto largo cruzaron por su mente infinidad de pensamientos relampagueantes...

Por fin, la sombra del recién llegado avanzó dos pasos y habló pausadamente, con el acento más natural del mundo, con la voz en la que no se retrataba emoción alguna:

—Hola, Jorge. Me he retrasado un poco, pero ya sabes...

«¿Habrá perdido la razón?».

—No me ayudes; es lo mismo. Conozco todo esto de memoria... ¿Tienes cigarros?

Y avanzó con un brazo extendido. Cuando penetró en el área luminosa, verde, roja, Tollemache le vio los ojos, fijos en un punto del éter... Mirada inmóvil, deshecha en tinieblas eternas.

—¿No dices nada?... ¿Qué te pasa?... Vamos, dame un cigarrillo.

Y mientras hablaba siguió avanzando, palpando las vitrinas, hasta encontrar un sillón de cuero, donde tomó asiento.

—Se han ido los muchachos, ¿verdad?... ¿Qué hora tienes?

No respondió Tollemache, pero recuperó el movimiento y caminó cauteloso... Esquivando la alfombra de sangre, dirigióse a la puerta esmerilada.

—¿Por qué te vas sin decir nada? Ya veo que estás hoy también enfadado conmigo. No temas, no vengo a pedirte dinero... Gané un centenar de dólares en las carreras. ¿Qué te parece?

La mirada de Tollemache tropezó con la del ciego. Y se sintió acusado, traspasado por ella. Hasta le creyó dotado de una intuición maravillosa para saberlo todo desde la oscuridad. Tollemache estuvo a punto de saltar sobre él para hundirle su improvisada daga en mitad del corazón; pero se dominó y llegó hasta la puerta. Tenía el cuerpo bañado en sudor frío, y aumentó su angustia el saber que sonaría de nuevo el timbre de la puerta. Pero se decidió a soportar este pequeño tormento y empujó la puerta esmerilada...

El timbre sonó un momento, que le pareció una eternidad. Lo aborreció. Se le antojó una voz que pregonaba un horroroso secreto. Guardándose el cristal en el bolsillo, corrió por el pasillo hasta llegar junto a la puerta de uno de los ascensores. Y miró la luz

indicadora, móvil.

... Sesenta y cuatro... Sesenta y tres... Sesenta y dos... Sesenta y uno...

Padeció más Tollemache que si hubiera sido objeto de la refinada tortura china. Observaba la luz, víctima de las emociones más complejas. En el intervalo de tiempo que existía al apagarse un número para encenderse otro cruzaban por su imaginación un alud de ideas absurdas.

Descendía la luz con una lentitud desesperante, parándose con frecuencia, reanudando el movimiento, deteniéndose de nuevo, vacilando siempre.

... Cincuenta y cinco... Cincuenta y cuatro... Cincuenta y tres...

«Ese ciego... ¿Estará realmente ciego?».

... Cincuenta y dos... Cincuenta y uno... Cincuenta...

«Debiera regresar y matarle».

... Cuarenta y nueve... Cuarenta y ocho... Cuarenta y siete...

«Pero ya es tarde para hacerlo...».

... Cuarenta y seis... Cuarenta y cinco... Cuarenta y cuatro...

«Si no está ciego, se trata de un actor excepcional... y de unos nervios bien templados».

... Cuarenta y tres... Cuarenta y dos...

De repente, Tollemache prestó toda su atención a la luz y quedóse sin aliento. ¡El ascensor, en el piso cuarenta y uno! Blasfemó por lo bajo y se maldijo mentalmente por su estupidez. ¿Tendría que esperar a que la Jaula volviera a ascender?... Pero ¿acaso no había más ascensores en el pasillo?

Corrió en busca de otras puertas con circuito numerado, recorrido por una lucecita móvil.

En una de ellas leyó:

... Siete... Ocho... Nueve...

Desalentado, recorrió los pasillos a paso de carga, hasta dar con otra puerta con circuito.

... Cuarenta y ocho... Cuarenta y siete...

Sintiendo una alegría indescriptible, pulsó un botón para indicar que el ascensor debía pararse en el piso cuarenta y cinco. Y esperó a que se abrieran las puertas de un momento a otro. Sucedió, al fin, y Tollemache penetró en el ascensor.

«¡Ya estoy camino de la libertad!... Y con una fortuna en los

bolsillos. Después de todo, he jugado bien. Pero aún faltan cuarenta y cuatro pisos».

La luz que recorría el circuito numerado movíase con regularidad no interrumpida. En el piso treinta y cuatro se detuvo para recoger tres pasajeros, pero reanudó inmediatamente el descenso.

De pronto, una mujer comenzó a gritar:

—¡Ese hombre está herido! ¡Tiene una herida en la cabeza! ¡Qué horror!

Tollemache se palpó la mejilla y retiró la mano teñida de rojo.

—Me he cortado... con un vidrio —murmuró.

Notó que cambiaba de color, y tuvo el presentimiento de que todo se había descubierto o que no tardarían en saberlo. Su corazonada fue una realidad. Comenzó a sonar el timbre de alarma, y el empleado del ascensor se dispuso a detener la jaula.

—¡Siga el descenso! ¡Aprisa! ¡Que no se mueva nadie!

Había sacado su pistola negra, y se retiró hacia un ángulo para dominar desde allí la situación. Por fortuna, el público no era muy numeroso. Una señora comenzó a gritar histéricamente, cayendo desmayada.

—¡No se mueva! —le ordenó Tollemache al caballero que pretendió socorrerla.

Se limpió la sangre que le obstruía un ojo y se le ocurrió pensar: «Si esta gente supiera que llevo una pistola descargada, me arrollaría inmediatamente. No obstante, puede que alguno se arriesgue a perder la vida, ya que sólo podría hacer dos disparos». Le asustó esta idea, y sintió crecer su pánico.

Pero nadie se movía. Estaban todos descompuestos, sin atreverse a decir nada ni hacer ningún movimiento. Todavía no se habían repuesto de la sorpresa. Y el empleado del ascensor no atendía a ninguna señal luminosa, descendiendo la jaula sin ninguna interrupción.

Tollemache dirigió una rápida mirada al tablero y mandos y observó que se encendía el disco veintiuno. Reinaron momentos de angustia. La mano que sostenía el arma se llenó de sudor... Y sintió también que la sangre seguía buscándole la boca. Sentía náuseas, y temió caer desmayado allí mismo. Observó, con gesto suplicante, la luz móvil:

... Catorce... Diez... Cinco... Dos... ¡Uno!

—¡Abra la puerta! —rugió.

Estaba dispuesto a entrar en batalla en cuanto se descorrieran las dos puertas. Por su imaginación cruzó la idea de la silla eléctrica, y transformóse en una fiera acosada, más peligroso que un oso gris herido. Juró alcanzar la calle a cualquier precio para robar un automóvil y alejarse de allí a toda velocidad.

La puerta se abrió, y Tollemache salió como un ciclón. Nadie estorbó su carrera, de momento, pero observó a dos agentes de la Policía detrás de las puertas de cristal. Retrocedió rabioso. Recordó las salidas laterales, y las buscó enfebrecido, desesperado. Al tropezar con un empleado uniformado lo abatió de un puñetazo. Abrió una puerta transparente y se encontró en un pequeño «*hall*» que daba a la calle. Pero obstruyendo la salida había un policía con una corta ametralladora.

Tollemache se quedó helado, y obedeciendo a un instinto reflejo, tiróse al suelo. Las balas silbaron por encima de su cuerpo, rompiendo todos los cristales. Comprendió que si seguía en la misma posición no tardarían en acribillarle a balazos. Y se revolcó en el suelo, intentando llegar hasta el policía que disparaba la ametralladora... Pero de súbito ocurrió una cosa inverosímil.

El policía empujó sobre las puntas de sus pies y dio un cuarto de vuelta. El arma se le escapó de las manos, y Tollemache adivinó en la espalda el agujero de la bala que le había perforado el cuerpo. Estupefacto, dirigió la mirada a la calle, divisando un coche negro. Ante el volante había un hombre: ¡Richard York!

Sintió una alegría indescriptible. Salvó la distancia que le separaba del poderoso «Packard» y abrió la portezuela del coche, penetrando en su Interior.

—¡Aprisa! ¡Alejémonos de aquí!

El automóvil despegó de la acera, adquiriendo velocidad.

—¿Nos siguen? —preguntó York.

—¡Desde luego! Han emprendido la persecución. Y se acercan demasiado.

Richard York sacó de su bolsillo una pistola negra, grande, parecida a una ametralladora, y se la dio a Tollemache.

—¡Dispare!

—No conseguiremos nada.

—¡Dispare! —insistió York.

Tollemache destrozó el cristal de la ventana trasera del automóvil y asomó el cañón del arma. Apuntó y disparó. Hubo una explosión sorda. Y el proyectil se abrió en el aire como una seta negra, que creció de tamaño hasta parecer la explosión de un volcán en erupción. Desapareció la luz artificial de los comercios y los anuncios eléctricos.

—¡Una cortina de humo!... —exclamó Tollemache.

—¡Exacto! —Fué la respuesta de Richard York, que dobló una esquina precipitando el coche por una calle de escasa circulación.

Llegaron hasta el Hudson y penetraron en el túnel subterráneo, moderando la velocidad para no despertar recelos a la Policía de tráfico. Por último, introdujo el «Packard» en una calle formada por casas bajas, construcciones de una sola planta destinadas a almacenes, que terminaba junto a los muelles abandonados y solitarios del puerto. York llevó el vehículo hasta las proximidades del agua y ordenó a Tollemache:

—¡Salte!

Lo hizo Tollemache, observando que el coche se dirigía en línea recta a un muelle muerto. Y se precipitó en el agua.

—Lo había robado —informó York, apareciendo de improviso en la penumbra.

—Y bien. ¿Debo darle las gracias?

—¿Duda todavía de que pretendo favorecerle?

—¿Por qué ha hecho todo esto? —preguntó Tollemache, asaltado por un vago temor.

—Es muy sencillo... —repuso Richard York, arrastrando las palabras.

George Tollemache sintió que se le envaraba el cuerpo al percibir en el espinazo la presión del cañón de una pistola.

—¿Qué significa esto?

—Avance hasta la orilla de aquel muelle, y lo sabrá muy pronto.

No tenía otra solución que obedecer. Mentalmente, trató de descubrir el juego de aquel hombre, pero no llegó a admitir ninguna hipótesis. Acercóse al muelle y se detuvo frente a toda la extensión del agua muerta, cenagosa, cubierta por una capa de algas putrefactas.

—¿Qué pretende? —inquirió nuevamente.

—¿No lo imagina?

—Francamente, no.

La voz de Richard York se hizo cortante:

—Las joyas.

Tollemache sintió perder las fuerzas y el calor de su cuerpo. Las palabras de York despertaron en su alma una emoción compleja. Con la excitación sufrida lo había olvidado todo; pero ahora recordó que había matado a un hombre.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, aunque sabía perfectamente su jugada.

—Que esta partida la he ganado yo —fué la respuesta.

—¿Pretende robarme?

—No emplee palabras crudas. Sólo quiero cambiar favores. Le libré de la silla eléctrica, y merezco una recompensa.

—No se las daré. He matado por ellas.

—Reconozco sus méritos —dijo York—, pero no lo sabe todo. No se desanime y siga adelante. En esta profesión hay que jugarse el todo por el todo... Y si se pierde, se comienza de nuevo.

—Es un juego muy divertido —comentó Tollemache.

—Gana el más listo. Y bien, ¿qué decide?

—Puede apretar el gatillo.

—No se ponga romántico. Si me entrega las joyas tendrá la oportunidad de seguir viviendo; pero si se resiste me verá obligado a disparar. El resultado será el mismo. Sólo habrá una pequeña diferencia: un cadáver en el fondo de la bahía.

Tollemache examinó los alrededores, buscando una solución. Frente a él se extendía el mar inmóvil, estancado, cubierto por una corteza de vegetación maloliente. Semejaba una llanura yerma, desolada; un pantano de la Irlanda neblinosa, opaca, que se perdía en la distancia de un misterio de sombras... Y a sus espaldas tenía la boca de un arma de fuego. Permaneció silencioso, como si meditara una respuesta.

LETÁRGICA PENUMBRA



UY lejano, brillaba un racimo de luces, pilotos de chalupas y faros de situación. También llegó, temblorosa, deshecha, divergente, la onda sonora de un grito estentóreo: la sirena de un guardacostas de patrulla.

De pronto, la mirada de George Tollemache adivinó una forma fantasmal. Y se quedó rígido. A menos de diez metros, recostado sobre el muelle, como un esqueleto de monstruo prehistórico, aparecía un buque muerto. Era un trasatlántico imponente, soberano de los mares, cuya sirena, de sonar ahora, hubiera despertado ecos en todos los horizontes y roto el firmamento... ¡Era

el mismo buque desmantelado que vio en su forzoso desembarco! Y volvió a sentir la congoja muda qué desprendíase de su estructura. Creyóse trasladado al misterioso mar de los Sargazos, donde los buques perdidos, desmantelados por galernas y tifones, llegaban a la deriva con cargamento de cadáveres.

—Me resisto a creer que pierdo la jugada —comentó mientras pensaba un plan de fuga—. He esperado mucho tiempo este momento.

—No desespere —le dijo York—; esta ciudad ofrece muchas oportunidades. Creo que vale y reconozco que sabe jugárselo todo a una carta. Y eso es una cualidad.

—¿No habría manera de llegar a un acuerdo?

—Desde luego, hay un acuerdo. Usted me entrega las perlas y yo le dejo con vida. La otra solución es más dramática.

—La sé —repuso Tollemache.

—No perdamos el tiempo —aconsejó York, recobrando su palabra fría.

—Si quiere las perlas, tendrá que buscarlas en el fondo del puerto.

Y se tiró al mar esperando recibir un balazo, que no llegó. Rompió la corteza de algas y penetró en el seno de las aguas frías... Y al sentir que se hundía se consideró impotente para luchar con la succión de las aguas. La frialdad del mar le paralizó los miembros. Pero desesperadamente trató de desprenderse del abrigo. A costa de grandes esfuerzos lo consiguió al final, y trató de nadar hasta alcanzar el trasatlántico abandonado.

Avanzó por debajo del agua, sacando de vez en cuando la cabeza entre las algas para recoger aire. Y llegó junto al costado del buque. Dada la altura de la borda, vio la imposibilidad de llegar hasta cubierta, pero no tardó en descubrir una cadena gigantesca a diez metros de distancia. Sin duda alguna, era la del ancla, que se hundía en el agua buscando los secretos del abismo.

Agotado, llegó hasta ella y comenzó a subir. Llegó a la primera cubierta, que era una desolación. Las planchas de madera se habían abarquillado con la humedad y por el suelo había toda clase de objetos; cuerdas, brújulas rotas, parte del mobiliario, puertas segmentadas, lonas, podridas... La atmósfera estaba cargada de melancolía; un sentimiento patético envolvía todo el trasatlántico. Y

le dio en el rostro una humedad helada, como una caricia de manos espectrales. Sintió un silencio violento, presionado por un presentimiento de aliento en suspensión. Y Tollemache creyó sospechar la existencia de cadáveres rígidos...

Permaneció inmóvil, medroso, sin decidir sus movimientos. Pero vióse en la precisión de actuar rápidamente. Con un silbido agudo, una bala se clavó en un poste. El disparo no había sido precedido de la correspondiente detonación, lo que indicaba que Richard York usaba una pistola con silenciador.

Tollemache escondióse detrás de un ventilador gigante, parándose a escuchar. No se oía nada. Imperaba un inmóvil silencio. Sólo la brisa traía de lejos rumores fraccionados, turbios, que estallaban en el interior del trasatlántico con sonoridades huecas.

Se precipitó de pronto por una puerta, bajando unas escaleras que conducían al interior del barco. Desembocó en un pasillo largo, con numerosas puertas laterales. Y oyó pasos detrás de él...

Se introdujo por la primera puerta que encontró, que resultó ser la de un camarote sin salida, una verdadera ratonera. Aguardó un minuto largo... No se volvió a oír nada, y se aventuró a salir. Tuvo la sospecha de que había escuchado el eco de sus propios pasos.

Avanzó por el pasillo, hundiéndose en la madera blanda. La humedad había podrido el suelo, transformándolo en una esponja mojada. Se imaginó en las galerías de unas catacumbas olvidadas o en los laberintos de una pirámide egipcia. Tenía la atmósfera el vértigo del vacío. La visión cruda, violenta, del buque en su desintegración definitiva hacia la muerte provocaba un abrumador sentimiento de lo eterno.

Penetró en un comedor de segunda, sintiendo el mismo letargo abismal. Todo estaba sumido en letárgica penumbra. Las mesas aparecían agrupadas o volcadas por el suelo. Del techo colgaba, inclinada, una lámpara rota...

Tollemache se paró a escuchar. La desolación de la estancia era cámara de resonancia, pero ningún ruido vino a turbar el reposo; el silencio era completo.

Cruzó la sala, penetrando en un salón de fumar; había allí varios sillones desfondados, y sobre una mesa, una revista que parecía nueva, pero que se deshizo en sus manos. Continuó su exploración,

hundiendo los pies en el entarimado de madera, como si pisara hongos parásitos. Salió a un corredor penumbroso y se introdujo en un camarote de tercera. Lo encontró todo en la misma lamentable situación, pero se sorprendió al descubrir en la pared, bien conservada, una fotografía en color.

De repente quedóse rígido. Oyó pasos. Sonaban las pisadas por encima de su cabeza, indicando que en el piso superior se movía una persona. Los golpes eran sordos, apagados... Y se fueron distanciando hasta dejar de sentirse. El barco muerto quedó sumido en un silencio de panteón...

George Tollemache salió al pasillo. Y el corazón le dio un vuelco, porque al final del corredor había un hombre inmóvil con una pistola en la mano. Y se escondió en el camarote en el momento en que sonaba una detonación ahogada, como un suspiro estentóreo. Aguardó, sin atreverse a realizar ningún ruido. Los segundos parecían durar eternidades. Y Richard York, por espacio de tres minutos angustiosos, no dio señal de vida.

Tollemache observó que no tenía escapatoria, y se preparó para la lucha. Cogió una silla, aguardando con todos los nervios alterados. Pero no tardó en precipitarse fuera, víctima de un ataque de nervios, blandiendo la silla.

Encontróse cara a cara con Richard York. Y Tollemache le descargó un silletazo en la mano armada, aplicándole luego, en la mandíbula inferior, un soberbio puñetazo. Richard York cayó, blasfemando, sobre las tablas.

Y Tollemache arrojóse sobre él, pero los pies de su enemigo se le clavaron en la boca del estómago, obligándole a seguir un segmento de parábola. Cayó Tollemache al suelo, no perdiendo York el tiempo en ponerse en pie.

George Tollemache intentó incorporarse, pero recibió en la sien un puntapié que le obligó a soltar un berrido, retorciéndose en el suelo. Y York esperó a que se pusiera de rodillas para propinarle un rodillazo en el mentón, privándole casi del conocimiento.

Pero en seguida saltó Tollemache como impulsado por una catapulta. Fué un salto de gimnasta que en condiciones normales difícilmente hubiera logrado; pero la desesperación le prestó todas sus reservas. Y con los pies juntos golpeó el estómago de Richard York, que se dobló sin caer al suelo.

Se levantó Tollemache y enderezó el cuerpo de su contrincante con un gancho entre ceja y ceja. Repitiendo el golpe, lo tiró sobre el tabique. Richard York no ofrecía casi resistencia; estaba medio inconsciente, y se dejaba pegar, exhalando un gemido cada vez que recibía un puñetazo. Pero súbitamente colocó un perfecto puntapié en la tibia de George Tollemache, liberándose de su castigo.

Tollemache experimentó una sensación análoga a la que hubiera padecido de amputarle la pierna a la altura de la rodilla sin anestesia. Y esperó otro golpe; pero York, como si recordase que tenía otros asuntos que ventilar, alejóse corriendo, chorreando sangre por las fosas nasales.

«¿Por qué diablos abandonará la lucha?».

Y Tollemache, asaltado por una idea luminosa, precipitóse por una escalera de metal, bajando a las entrañas del buque. Desembocó en un pasillo lleno de agua, con los tabiques inclinados. Había en el aire un insoportable olor de aguas corrompidas. Le invadió un temeroso sentimiento de hombre enterrado vivo en una alcantarilla sin salida. El agua le llegaba a la altura de la cintura y sentía hundir los pies en un suelo blando, como si anduviera por encima de un pantano. El trasatlántico era un coloso que se sentía cadáver y se envolvía en un tétrico silencio. El oleaje blando, que movía la corteza de algas que le rodeaba, producía un angustioso sollozo, y este jadeo hacía que se sintiera más el silencio que emanaba la soledad del barco.

Bajó Tollemache a una sala llena de aparatos extraños. Era una cámara penumbrosa, de paredes metálicas, fría y llena de nieblas. Parecía que la noche habíase refugiado allí, buscando los silencios. La niebla del día anterior se filtró hasta aquella cámara lóbrega, quedando presa entre mamparas de acero.

Había una infinidad de maquinaria con resortes y esferas enigmáticas, pero las agujas que aparecían en los limbos estaban dobladas, y los cristales, rotos.

Al dar unos pasos, oyó ampliada su pisada temblorosa, vibrante... Y descubrió una caldera enorme, con un rumor confuso de resonancias extraviadas. Parecía un amplificador de sonidos. De haber habido un insecto, hubiera transformado su vuelo en un rugido de motor de aviación.

En la caldera descubrió un pequeño depósito, cuya utilidad era

un misterio para Tollemache. Quizá sirvió para guardar algún indicador, pero ahora escondería un lote de perlas, por valor de quinientos mil dólares. Satisfecho del escondite, fué a salir de la sala de máquinas cuando percibió unos golpes en la escalera de metal. ¡Alguien se acercaba!

Y ese alguien no podía ser otro que Richard York. Se quedó paralizado al ver aparecer en el marco de la puerta una silueta humana. Pese a la oscuridad, adivinó que York sostenía una pistola. Y entonces comprendió su juego. Se había alejado de la lucha para seguirle los pasos y tener la oportunidad de matarle por la espalda... Instantáneamente, una luz poderosa partió de su mano.

¡Una linterna! Y el abanico de luz descubrió el rostro de George Tollemache, que se introdujo en la caldera, cerrando la puerta tras sí. Acababa de hacerlo cuando sus tímpanos sufrieron una turbación capaz de hacerlos estallar. Las balas se estrellaron contra la caldera con un ruido infernal. Semejó un esporádico cañoneo. Y cuando cesó la algarabía, todavía repercutieron los disparos largo rato por todo el barco.

Tollemache intentó alcanzar una compuerta que vio en el techo. Aquella salida constituía su salvación. De un momento a otro esperaba ver aparecer el cañón de la ametralladora por la puerta que acababa de cerrar. Por fortuna, no le fué muy difícil abrir la compuerta superior.

Asomóse con toda clase de precauciones, pero no vio la sombra de Richard York por ningún lado... Un roce apagado le indicó que estaba junto a la pared de la caldera, tal vez preparado para abrir la puerta por sorpresa. Dejó que la abriera, dejándose caer sobre él desde una altura de tres metros. Lo derribó al suelo, y la pistola se le escurrió de entre las manos para caer al agua.

Tollemache no permitió que York se levantara, obligándole a permanecer en el fondo del agua sucia. Encontró su garganta y apretó con fuerza... En la superficie del agua estancada, inmóvil, afloraron pequeñas burbujas de aire, y Tollemache siguió apretando con ansiedades de victoria, pero recibió un violento rodillazo que lo sepultó de cabeza en el seno de las aguas.

Se levantó rápidamente, encontrándose con Richard York dispuesto para la lucha. Dejó que se acercara, para recibirlo con un desesperado golpe en mitad de la faz... York volvió a sumergirse en

la balsa del agua muerta, y Tollemache decidióse por la huida. Sabía que era inútil continuar aquella batalla. En cualquier momento podía volver y recuperar las perlas. Además, tenía la completa seguridad de que York le obligaría a confesar, empleando la tortura, en el caso de que cayera en sus manos.

Ascendió por la escalerilla de metal, llegando a un corredor de longitud extraordinaria. Y lo encontró todo tenebroso, invadiéndole el temor a perderse en aquel verdadero laberinto. Blasfemó. Y siguió avanzando, buscando una salida.

Por fin, le dio en el rostro una bocanada de aire frío. Cruzó una puerta y se halló en la primera cubierta. ¿Qué hora sería? El mar estaba callado; la corteza de algas aparecía más inmóvil que nunca; ninguna luz adivinábase lejana o próxima. Todo había resbalado hacia un reposo absoluto, como si la Naturaleza hubiera quedado en suspenso.

Aproximóse a la borda y apreció la distancia que le separaba del muelle. Parecióle un abismo infranqueable... Pero, al fijarse más en el muelle, descubrió un montón de cuerdas y redes. Como no tenía otra alternativa, dejóse caer sobre el material, aterrizando con fortuna.

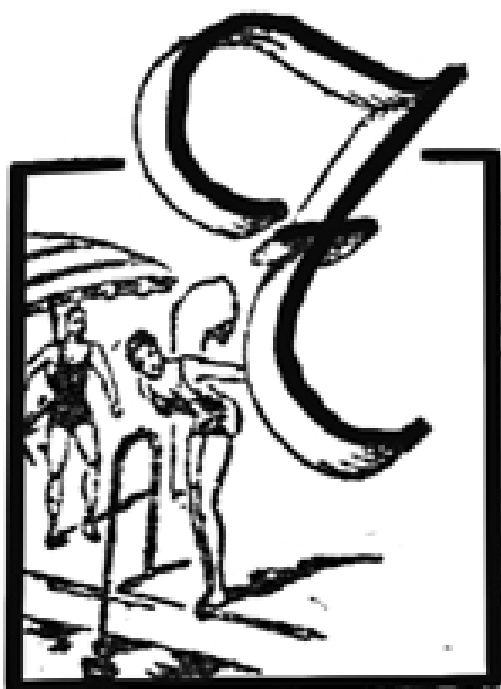
Y se alejó de las inmediaciones del buque, metiéndose por un laberinto de postes de madera, como un bosque geométrico.

De repente quedó en actitud de cazador de la selva, inmóvil, recogiendo los ruidos que llevaba la brisa.

El éter retenía una fluida sonoridad de oleaje desmayado, flácido; un rumor semejante a la resonancia que guarda en su interior una caracola de mar. Aparte de eso, no sorprendió pisadas reveladoras de que alguien le estuviera siguiendo.

VI

MUJERES



OLLEMACHE penetró en Beer, sorprendiendo en el ambiente un intenso aroma de café exquisito. No sabía explicarse el vago elemento de atracción que la atmósfera de la cervecería ejercía sobre él. Sospechaba que las cosas inanimadas sufren el contagio del encanto del espíritu humano, y que la palpitación de vida frívola, óptima, que disfrutaba Beer era consecuencia de la proximidad de un alma femenina: Ida Helser.

Aproximóse al mostrador semicircular, de mármol negro,

tomando asiento en un taburete, frente al «barman» de color.

—Un café —pidió.

Ida Helser hablaba con un joven rubio, pecoso, que irradiaba un temperamento en extremo vulgar. En su rostro se leían, como en un libro abierto, todas las emociones elementales de su alma.

Iluminaba su semblante una perenne sonrisa bondadosa, afable. Parecía un buen muchacho, aunque la simplicidad de su carácter hacía que sus cualidades no se aceptasen como tales.

—Ayer no me diste ninguna esperanza —decía, con voz blanda—. Me contenté con imaginarte tal como eres.

—¿Cómo soy? —Pretendió Ida conocer.

—Eres un encanto —repuso el muchacho, con calor.

—Gracias.

—He reservado una mesa en Kristal..., por si acaso deseabas salir conmigo. Hay una orquesta muy buena... Y Kristal es un buen sitio.

Y ella rechazó la invitación.

—De verdad, me gustaría acompañarte, Bob.

—¿No lo vas a hacer? —inquirió el joven, sufriendo un visible desencanto—. ¿Y si te lo rogara? Ya sabes que es el último día que tengo libre... Creo que me va a ser muy difícil olvidarte.

—Estás resultando un sentimental terrible. Y no quiero aburrirme, ¿sabes? Las despedidas no me gustan.

Intervino George Tollemache, diciendo:

—Acepta esa invitación. Anda, dile que sí, que estás dispuesta a salir con él.

—No te metas donde no se te llama —dijo la joven, fijando en él una mirada helada.

—Me interesa hacerlo así.

Al joven le intimidó la presencia de George Tollemache. Su falta de carácter y su natural inclinación por no resultar gravoso a nadie, le inculcó la idea de que estaba de más allí, que sobraba, que su presencia era molesta, tal vez odiosa, llegando a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era marcharse.

—Bueno, Ida —dijo para concluir—: ¿tu negativa no tiene vuelta de hoja?

—No lo sé, Bob. Llama luego, si quieres.

—Sé que eso vale tanto como una negativa. ¡Adiós!... Ya sabes

que ocupas mis pensamientos.

—Tienes muchos amigos, Ida —comentó Tollemache, en cuanto el joven abandonó la «barra». Y ese chico parece buena persona.

—Es un poco romántico —observó ella—. Me aburre su compañía, porque es muy tímido.

—Dale otra oportunidad. Iba ganando terreno. Estoy por decir que te hubiera llegado a convencer... si mi presencia no hubiera sido tan oportuna.

—¿Oportuna? —comentó ella, con desprecio.

—Mañana partirá un hombre en un ferrocarril para cualquier lugar del mundo.

—¿Y qué?

—Una mujer seguirá pensando en él, porque le ama.

—¿Lo crees?

—¿Hasta cuándo vas a continuar fingiendo? —exclamó Tollemache, crudo.

—¿Y si no finjo?

—¡Mientes!... Adoptas una «posse» falsa, sólo para hacerte desear más.

—¡Qué inteligente!

—Tú sabes bien que eres bonita, y es lógico que quieras cazar a un hombre que te dé lo que desees. Pues bien: yo soy ese hombre. Tengo dinero, Ida, mucho dinero, más del que puedas gastar.

—¿Qué quieres decir? —inquirió ella.

—Está claro. Quiero que vengas conmigo.

—¿Adónde?

—¿Qué sé yo? Aprenderás a vivir solo la parte agradable de la vida. Todo, ligereza y frivolidad...

—Que no he nacido ayer.

—Pero ¿qué te pasa?

—Que no me arriesgo. Eso es todo —explicó Ida—. La última vez que acepté una proposición análoga quedé plantada en una miserable pensión de Chicago.

—Y crees que haría yo lo mismo, ¿verdad?

—No sé lo que harías tú.

—Estás equivocada —dijo Tollemache, con dureza—. Dame la oportunidad de demostrarte lo contrario. Quiero darte la vida que mereces. Este lugar no te corresponde, no es tu ambiente. Vamos,

confiésalo: confiesa que estás cansada de la vida que llevas.

—Pero no puedo confiar en ti —dijo la joven, expresándose con la indiferencia que le era peculiar—. Aún no sé cómo ganas el dinero.

—¿Y qué importa cómo lo gane?

—No quiero complicaciones con la Policía.

—¿La Policía? —repitió Tollemache—. Yo juego limpio, ¿entiendes?

—¿Profesión?

—Ya lo sabes: viajero profesional. A mi lado conocerás el mundo. No debes quedarte este tienes ambiciones.

—Y sabes también que estás enamorada de mí —concluyó Tollemache—. Es inútil que lo ocultes. Vamos, piensa que mañana saldré de Nueva York, que tal vez no vuelva más, que no podrás olvidar...

—Estás perdiendo el tiempo.

—Si pudiera esperar lo haría con gusto —repuso Tollemache—. Pero tengo precisión de salir de Nueva York. Y necesito una respuesta... definitiva.

—Me gustas; pero hay otro hombre —dijo Ida, sacando una cigarrera de plata cincelada, de donde extrajo un cigarrillo que se llevó a los labios—. ¿Tienes lumbre?

—No te estropees los labios —le aconsejó Tollemache.

—Son míos, y puedo hacer lo que quiera con ellos.

—Espero que me pertenezcan pronto.

Y encendió un fósforo. Ella inclinóse hacia la llama, y la mirada de George Tollemache resbaló hasta el nacimiento de su garganta.

—Falta menos de una hora para que dejes el mostrador.

—Lo siento; pero esta noche la tengo comprometida.

—Pero dijiste que... —protestó Tollemache.

—Ayer, sí.

—Tuve que ventilar cierto negocio. Lo lamento de veras.

—Yo también —contestó la joven, distanciándose de él para atender un cambio.

Tollemache la esperó, pero, la vista de que la muchacha no le prestaba la menor atención, se dirigió a su encuentro, cogiéndola rudamente por un brazo.

—Vendrás, quieras o no.

—¡Estate quieto, idiota! —protestó ella.

—No saldrás con nadie que no sea yo, ¿comprendes?

—¿Desde cuándo? —exclamó Ida, desafiadora.

—Desde ahora —concluyó Tollemache.

—¡Estás chiflado!

—Quizá me hayas quitado la razón. Ahora sólo sé que te quiero.

Si hay otro hombre, peor para él.

—¿Qué harías tú?

—Cualquier cosa... No lo sé —repuso Tollemache—. Estás sin domar, pero me gustas más así. Ya no podrás alejarte de mi lado. Estás ligada a mí por siempre.

—Poco a poco... —murmuró Ida, sosteniendo su mirada.

—Te voy a esperar aquí —decidió George Tollemache.

—No deseo tu compañía, ¿entiendes?

—Te gustará al final —aseguró Tollemache.

—¡Déjame en paz! —exclamó ella, fingiendo irritación.

—Lo haría sí pudiera; pero me has quitado el sueño. Y tienes que venir conmigo.

—¡Pero si no tienes un dólar, en el bolsillo!

—Tengo mucho dinero —saltó Tollemache, talante.

—¿Cuánto? —interrogó ella, irónica.

—¿Cuánto quieres?

—De modo que...

—¡Déjate de tonterías! Todo será tuyo.

—¿A quién se lo has robado?

—¡Imbécil! ¡Vas a agotar mi paciencia! No tienes que hacer preguntas. Mis negocios no deben interesarte; sólo mi persona, ¿entiendes?

—Que tengo que atender a los clientes —dijo Ida, con indiferencia supina.

—No tengo prisa. Te esperaré hasta que cierren.

Y George Tollemache retiróse a una mesa, junto a una columna de espejos. Allí quedó, como curioso espectador de las vidas ajenas. Se interesó por Joe Van, el «barman» de color, que constituía una excepción de la raza negra. La Naturaleza hizo de Van un hombre extraordinariamente original.

Su espectáculo se salía bastante de lo vulgar. En primer lugar, su cabello era lacio, color ceniza, que él se lo peinaba, raya al medio,

con cosmético. Su piel, tostada, de un negro brillante, como los granos de café, y la dentadura áurea, que mostraba con una sonrisa eterna, terminaban de singularizarle. Pero el sentimiento y la inteligencia que asomaban en la expresión de su rostro conseguían prestarle una rara belleza.

Además, tenía la virtud de no resultar antipático a nadie. Su gesto era risueño; una de sus debilidades consistía en no poder controlar el gesto de su semblante. Aun en los momentos graves, las dos arrugas de su boca sugerían una sonrisa acogedora.

La vida que llevaba no tenía ninguna complicación; era bien sencilla. Sin inquietudes, sin preocupaciones, pasaba toda la jornada tras el mostrador. Se había adaptado al ambiente, y no parecía disgustado con la vida. Tampoco debía guardar su alma secretas ambiciones; no era un hombre que apeteciese una forma de vida de una significación más intensa, y hasta es posible que fuese feliz. Su patria era Beer, le gustaba hablar con los clientes y con los agentes de la publicidad del cartel, y no podía decirse que el trabajo que desempeñaba era un recreo para él.

En fin, vivía un día que se repetía una y otra vez, que sería siempre el mismo..., hasta que el tiempo se llevase a Joe Van a sus oscuros abismos. Pero podría decir que había pasado una vida sosegada, serena, reducida a discretos límites, pero feliz, al fin y al cabo.

En cuanto a Ida... ¿Cuál sería la historia da esta muchacha?

«Tal vez sea preferible ignorar el pasado de las personas y comprenderlas tal como son en la actualidad, porque el conocimiento de las cosas destruye el encanto en que se envuelven».

Ida Helser era una chica que había aprendido a vivir. Su temperamento no tenía un fondo sensiblero, el peor enemigo del ser humano; estaba desligada de la invisible prisión que son las susceptibilidades del sentimentalismo. Apetecía una vida hecha de realidades, intensa, abigarrada y vigorosa. Su cualidad más esencial era que sabía ser femenina, lo que constituye el arma principal de las mujeres. Y aceptaba la opinión que forman la mayoría de los hombres en cuanto a la utilidad de la mujer se refiere.

La vida era para ella una oportunidad de manifestar sus valores femeninos. Sentía la vanidad de sus encantos, y agradecía la mirada masculina. Cifraba sus ambiciones en conseguir que acabaran

rondando en torno suyo el mayor número de hombres, aunque el amor no era para ella la única explicación de la vida.

Consideraba como una enfermedad la vehemencia, a veces melodramática, de los hombres. Tollemache puso en duda sus aptitudes para amar. La comprendía como una criatura encantadora, sí, pero vacía, porque no guardaba sentimientos que pudieran ser alterados. Para ella, el amor era una excusa, una ocasión maravillosa de olvidar los tediosos menesteres cotidianos, una oportunidad de divertirse y de vivir.

Tal vez guardase algún cansancio de la vida que llevaba. Parecía ser que en cierta ocasión —quizá más de una vez— pretendió buscar nuevas facetas a la vida, escuchando las palabras de hombres a la deriva. Después de todo, era natural que sintiera ciertas inquietudes: conocía el poder de fascinación que ejercía sobre los hombres, y era lógico que pensase beneficiarse de ello. Pero la suerte no la había acompañado nunca... Ellos acababan reconociendo que era una chica... para un rato.

«Su vida está ligada con la frivolidad, las frases hechas, siempre las mismas; este ambiente y el repertorio de música ligera de una máquina tragaperras».

La gente que frecuentaba Beer era heterogénea, aunque siempre perteneciente a esa esfera social que se la denomina clase media. Una mecanógrafa en compañía de un joven; un hombre de negocios discretos, con una cartera bajo el brazo; un corredor de joyas; un agente de seguros; parejas que salen de los espectáculos; figuras del deporte, sin mucho nombre, o un personaje activo, de hablar ruidoso, como el que entró en aquellos momentos, con un paquete de carteles bajo el brazo.

—¡Hola, Van! ¿Quieres ganarte veinte dólares? —exclamó, desde muy lejos, como si la proposición fuese de urgente respuesta.

—Desde luego —apresuróse el negro a contestar.

—Toma dos localidades y pon este cartel en cualquier sitio.

—Está bien. ¿Quieres tomar algo?

—Tengo mucho que hacer. La propaganda es esencial. ¡Adiós!

Tollemache contempló el reloj, de una extremada simplicidad, que aparecía en la pared. Tuvo que adivinar la hora. Faltaban quince minutos para que Joe Van pusiera en la puerta de cristal una placa con la palabra «Closet» y procediera, como todos los días, a

colocar las sillas sobre las mesas para derramar luego sobre el suelo una ligera capa de serrín.

Beer había perdido animación. La cervecería, casi desierta, tenía la frialdad que recogía de las mesas vacías y del mostrador de mármol negro. Y ahora, más que nunca, se descubrían en el suelo, turbio de pisadas, las basuras que habían arrojado los clientes: servilletas de papel, goma de mascar, huesos de aceituna, restos de mariscos, los cristales de una copa rota, papeles, un prospecto con la fotografía de una animadora... El recuerdo de un público inquieto, turbulento, que se había dejado en la ciudad un día de su vida.

Tras los cristales veíase un trozo de la calle Cuarenta y Dos, con algunos reclamos ya apagados y otros temblorosos, verdes, rojos, como agotados, exhaustos.

Quedaba un consumidor ante la barra. Parecía que le sobrara el tiempo. Con lentitud exasperante, comía unos mariscos, limpiándose los dedos en el papel de seda, con tal frecuencia, que Joe Van dirigió una mirada consternada a la muchacha, como diciendo: «Nos vamos a quedar sin servilletas». Y después de pedir una cerveza, entregó un billete y esperó el cambio con la mano extendida, en actitud odiosa, irritante.

El sonido del timbre de la caja del dinero, al dilatarse en la atmósfera, aumentó la sensación del vacío.

George Tollemache abandonó la mesa y pagó la consumición a Joe Van. Ida había desaparecido tras una puerta de espejos.

—¿Qué espectáculo es éste? —inquirió Tollemache, observando la propaganda del cartel.

—Un restaurante económico, con atracciones —explicó el negro.

—¿Quiere comer?

—¿Eh?

—Si estuviera hambriento, no haría falta que le repitiese la pregunta. Vamos, deme esos pases y le daré las gracias.

—¿Los quiere? Tome; después de todo... —Y Joe Van los entregó, obedeciendo a la costumbre de atender a los clientes.

Apareció Ida, más turbadora que nunca, con un vestido claro, de calle, que le ceñía muy bien el talle. Y difundió en el aire un perfume sutil de barra de labios.

—¿Adónde vas? —preguntó Tollemache, acercándose a ella.

—¿Y qué te importa dónde vaya?

—He decidido que me interese.

—Bueno, ¿qué?...

—No saldrás de aquí sin mi compañía, te guste o no te guste.

—¡Que tengo prisa! —exclamó Ida, con impaciencia manifiesta.

Pero le cortó el avance Tollemache, y se acercó a ella con el propósito de besarla. Ida retorció el cuerpo para librarse de los brazos, pero no pudo impedir que Tollemache la descalzase, pisándole un zapato.

Recogió la prenda del suelo y soltó a la joven, que había sufrido un visible desencanto, porque deseaba su beso. Y se mostró indignada, no por la pérdida de su zapato —esto la divertía—, sino por el desengaño sufrida.

—¡Devuélveme el zapato!

—Te lo daré, cuando estés dispuesta a hacer lo que yo te diga.

Ida tomó asiento en un taburete aunque la falda que llevaba era demasiado estrecha para que pudiera hacerlo con comodidad.

—¿Qué me contestas?

Pero la joven no dijo palabra. Había recobrado la indiferencia que le era habitual. Se entretuvo examinando su rostro en el espejito de su bolso, y sacó la barra de carmín para arreglarse más los labios.

—No hacía falta —opinó Tollemache—. Estás hecha de bellezas naturales.

—¿Lo crees?

—Tú lo sabes.

Con toda seguridad, Joe Van había sido testigo, con alguna frecuencia, de situaciones análogas, porque comenzó su tarea sin prestar demasiada atención a la pareja. Ocupóse de recoger las sillas en torno a las mesas para dejarlo todo en orden. Y con el enjuagador mecánico limpió los vasos que aparecían sobre el mármol. Era aquélla una tarea que llevaba a cabo de un modo automático, a fuerza de practicarla día tras día, durante varios años. Luego apagó varias luces, dejando el local sumido casi en la total oscuridad. De una cafetería próxima llegaba la luz bicolor de un reclamo eléctrico que pintaba en el suelo una palabra luminosa: «Coffee-House», «Coffee-House», «Coffee-House».

—Dama el zapato —volvió a pedir la joven.

—Quizá tengas más suerte descalza.

—¿No quieres dármelo?

—A menos que estés dispuesta a venir conmigo. Conozco un restaurante donde se cena bien. Y hay una orquesta colosal. ¿Te gusta bailar?

—No voy a negar que me divierte.

Un coche negro se detuvo junto al bordillo de la acera, despidiendo luz. Sonó la bocina repetidas veces.

—Ya verás cómo no te aburres a mi lado —aseguró Tollemache.

—Bueno; tú ganas. Pero antes me vas a demostrar que sabes menear los pies. Pon un disco en movimiento. El segundo botón. Es bonito... Pero devuélveme el zapato.

Tollemache se lo entregó y, acercándose a la máquina, buscó en sus bolsillos un níquel. Lo introdujo en la ranura y pulsó el botón indicado. Encendióse una luz roja... Y tras un roce apagado de maquinaria en movimiento, florecieron las notas de un bailable lento.

—¿Qué te...?

Pero la voz se le quebró en la garganta. En el local no había nadie, exceptuando a Joe Van, que era neutral. Y por encima de la música oyóse el arranque del motor de un coche. La luz de los faros cruzó un momento por su rostro, revelando la dureza de su gesto; y permaneció inmóvil, escuchando el rodar del automóvil sobre la calzada... Luego dióse cuenta de que la orquesta mecánica deshacía una emoción de vida veleidosa, como la que él había ambicionado, con evocación de sala de fiestas, las copas de champaña, la pista de cristal, mujeres envueltas en fragancias y la gardenia que luce sobre el frac.

George Tollemache dirigióse al barrio Harlem y subió la escalera de aquella casa de alquiler hasta llegar a su modesto puplaje.

Sentóse en la cama, sin encender la luz. Penetraba por la ventana lunar claridad.

«No voy a poder dormir. Tengo demasiadas cosas en qué pensar. Ante todo, debo salir de Nueva York; no puedo permanecer más tiempo aquí. Cogeré un autobús antes de que sea demasiado tarde. No sé aún adónde iré; al Sur tal vez. Aunque no podré salir de los Estados sin documentación ni pasaporte. Sin embargo, no voy a esperar a que me cacen como a un gazapo. Mañana mismo tomaré

el billete para Carolina del Norte; creo que hay autobuses que hacen ese servicio... Pero ¿estoy realmente en peligro?».

Esta interrogante le animó a encender la luz para leer de nuevo el periódico que había adquirido aquella misma mañana.

«El mocito que escribió este reportaje tenía un exceso de imaginación».

Y aunque se había llegado a aprender de memoria toda la información, letra por letra, enfrascóse de nuevo en la lectura, que comenzaba diciendo:

«Roba perlas por valor de medio millón de dólares».

Y en unas líneas llenas de dramatismo se narraban los minutos de angustia que había vivido Tollemache, llenando con fogosa imaginación las lagunas que ignoraba la prensa.

«La Policía buscara a un hombre con un abrigo azul. Eso es todo cuanto recuerda la gente que viajó conmigo en el ascensor. Y hasta pongo en duda de que algunos llegaran a fijarse en semejante detalle».

Y mentalmente figuróse a una legión de policías de uniforme preguntando a todos los neoyorquinos embutidos en abrigos azules:

«—¿Fué usted el que asesinó a...?».

«—¡Váyase al cuerno, hombre de Dios!».

Y Tollemache rióse de sus propios pensamientos.

«Nada tengo que temer. Efectivamente, estoy a salvo. Sólo hay un individuo que conoce la identidad del hombre del gabán azul: Richard York. Pero esta ciudad es muy grande, y le desafío a dar con mis huellas».

Quería convencerse de este sentimiento de seguridad, porque no abrigaba deseos de abandonar la ciudad. En el pensamiento retenía la imagen de Ida Helser. Comprendió con amargura que la muchacha había influido en él de un modo extraordinario.

«No puedo partir sin ella».

Y con los ojos de la imaginación la recordó tal como era: morena, de una incitante anatomía, ceñida con un vestido de calle que le prestaba singular encanto. Evocó su rostro ovalado, enmarcado por la torrencera de su cabello negro, con la llama de unos labios anchos, sensuales, rojos; una mirada irónica en los ojos, tal vez provocativa al mismo tiempo.

«Hay dos cosas por las que necesariamente tendré que volver, si

es que he de marchar de Nueva York: Ida Helser y las perlas».

Estaba en estas reflexiones cuando Greta Loy llamó a su habitación para servirle la cena.

—No tengo ganas de probar esa porquería —le dijo Tollemache—. Y creo que a ti te pasará algo parecido, ¿no?

—¿Por qué me lo pregunta?

Tollemache inició una sonrisa.

—Ponte el abrigo, y vámonos.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Greta, sorprendida.

—¿No quieres salir conmigo? Ya verás cómo lo pasamos bien. Cenaremos en un restaurante... con atracciones y música.

—¿Por qué desea mi compañía?

—Quizá porque me gustes un poco.

La muchacha se ruborizó.

—¿Y si me negara a acompañarle? —inquirió, apareciendo en su rostro señales evidentes de maliciosa feminidad.

—Tendría que recurrir a la violencia.

—¿De verdad... le gusto un poco?

—Eres bonita. Greta. ¿Nadie te lo había dicho?

La joven, alterada, confusa, dejó caer la bandeja con la cena que sostenía. Y dirigió una mirada consternada a Tollemache.

—No tiene importancia —aseguró éste.

Cocktail-House resultó ser un sitio con la virtud de cautivar rápidamente las simpatías de sus visitantes. Mitad restaurante, mitad sala de fiestas, reunía un indiscutible encanto. Mesas adornadas, buena orquesta, atracciones diversas y, en el centro, las parejas que bailaban siguiendo los compases de la música.

—¿Tienes apetito? —preguntó Tollemache a la muchacha que había suplantado a Ida.

—Un poco, si —contestó ella.

George Tollemache estudió a la joven que tenía frente a él. Le pareció adivinar que no había vivido mucho y su espíritu guardaba todavía muchas emociones elementales, casi infantiles. No estaba trabajada por la vida moderna, a pesar de que vivía en la ciudad cosmopolita por excelencia. Tal vez fuese un poco romántica, despreciando la frivolidad por considerarla vulgar. En ella se adivinaba un espíritu bastante complejo, lo cual no dejaba de prestarle un extraordinario encanto.

Era su rostro un estudio de emociones. Su mirada tenía la inocencia de una niña, aunque había momentos en los que revelaba el deseo de entregarse a las pasiones más violentas, lo que contribuía a que unas veces inspirase un extraño respeto y que otras provocase una reacción completamente opuesta.

Era bonita, de una belleza original, incitante, aunque muchas veces no llamaba la atención, pasando desapercibida. Es posible que reuniese su carácter dos o más facetas irreconciliables, que luchasen entre sí por avasallarse mutuamente. Una de ellas podía ser el deseo de agradar, la ansiedad del amor.

La otra estaría integrada por una visión particular del mundo, pesimista tal vez, ya que llevaba una existencia en la penumbra. Finalmente, parecía ser una muchacha con aptitudes para el drama, es decir, poseedora de una sensibilidad fácilmente excitable.

—Todo esto parece ser nuevo para ti —comentó Tollemache.

—Es posible.

—¿Te gusta?

—Pues... sí —asintió ella, paseando la mirada a su alrededor.

—En la vida hay más cosas que pueden gustarte.

—¿Por ejemplo?

—¿No te has enamorado nunca?

Ella titubeó.

—No he tenido... esa oportunidad —confesó.

Y Tollemache preguntó cómo una chica de tan turbadores y extraños atractivos no había conseguido atraer la atención de los hombres. Por fuerza tenía que resultar incongruente.

—¿Tienes pensada alguna idea de lo que puede ser el amor?

—Es difícil la definición —contestó Greta, evadiendo la respuesta.

—No busques la tangente.

—¿Cómo quiere que lo sepa si todavía no estoy enamorada?

—Me imagino que amarías con vehemencia —opinó Tollemache.

—¿Y por qué?

—No lo sé. Eres una mujer extraña. Quizá sea esto lo que me acerca a ti.

—¿Qué otra cosa podría ser? —repuso Greta, como si ignorase otros motivos de una significación más vehemente.

Tollemache clavó en su cuerpo la mirada, pero la joven no

recogió ningún significado en ella.

—¡Qué elemental eres, Greta! Los hombres que te amen serán poseedores de nobles sentimientos.

—Entonces, usted no...

—No. Pienso en otra mujer —explicó Tollemache, estudiando el cambio que sufría el semblante de la joven.

—Quiere decir que... está enamorado de otra chica, ¿no es verdad?

—Exacto. Tú lo has dicho.

—No comprendo... —murmuró ella.

—¿Qué es lo que no comprendes? Vamos, habla. No comprendes por qué he solicitado tu compañía, ¿verdad? Actualmente no significa nada salir con una chica. Un hombre puede prestar, gustoso, su novia a un amigo para que se diviertan una noche... ¿Qué ves de malo en ello? Greta, tienes que aprender a vivir. Yo quiero ayudarte, ¿comprendes ahora? Soy un amigo tuyo.

—Gracias, comprendo —repuso ella, con un rictus amargo en el semblante.

George Tollemache encendió un cigarrillo y la observó en silencio. Ella no se atrevía a levantar la mirada de los manjares que había sobre la mesa.

—¿Te gusta la música? —preguntó Tollemache inesperadamente.

—Sí —fué la respuesta.

—¿Sabes bailar?

—Creo que sabría —respondió ella, titubeante.

Tollemache levantóse del asiento que ocupaba.

—Bailemos —repuso.

VII

¡ACUSADO!



UANDO Tollemache penetró en Beer sorprendió cierta frialdad en el ambiente, que no le era peculiar. Eran las diez de la mañana, pero le pareció la hora en que las sillas permanecen recogidas en torno de las mesas desnudas, en que el aire está limpio de perfumes y aromas, en que el frío de la madrugada ha transformado en témpanos de hielo las mesas y el mostrador de mármol; la hora en que las calles están todavía solas y en la puerta del bar luce un cartelito con la palabra «Closed».

El local ya no tenía la calidez y la cordialidad de otras veces. Había desaparecido todo el encanto de la cervecería. Y el aire

helado de aquella mañana de octubre se había refugiado allí, enfriando la atmósfera, las copas, el mármol, los radiadores de la calefacción, todo. Y tras el mostrador sólo estaba el «barman» de color. Buscó a Ida, pero no la encontró.

—Un café caliente —pidió a Van, acercándose a la barra.

En el establecimiento sólo estaban dos consumidores. Uno de ellos, de corta estatura, ancho de hombros y barba crecida, pedía en aquel momento:

—A mí, un batido. Lo de siempre.

El otro, sentado en un taburete, encendía un cigarrillo. Era de ademanes medidos, pero la pereza de sus movimientos disfrazaba un cerebro prodigioso, que trabajaba a una velocidad extraordinaria. Sus ojos reflejaban la inflexión de su carácter. Tenía la frente surcada de arrugas, pero unas arrugas de un gran poder expresivo. Sus labios hablaban por sí solos, insinuando las palabras con una facilidad verdaderamente asombrosa. Hasta la manera de ponerse el sombrero, ligeramente retirado hacia la nuca, tenía una elocuencia genial. Y adoptaba un aire de manifiesta superioridad, como si tuviera conocimiento del secreto de la vida, que pasaba inadvertido por el resto de la Humanidad.

—Deme algo de comer —pidió Tollemache a Joe Van—. Un «sándwich», por ejemplo.

—¿Jamón?

—Me da lo mismo.

Y cuando fué servido, comió con apetito, escuchando la conversación que el hombre de aspecto brutal sostenía con el negro. Por lo visto les unían estrechos lazos de amistad.

—Me debes tres batidos, Tip —le recordaba Joe Van.

—Te pagaré al fin de semana —respondió el aludido.

—¿Qué cobras por el anuncio?

—Una miseria. Cuatro dólares diarios. Para ganarme esa suma tengo que pasearlo por todo Nueva York. ¡Estoy cansado! Voy a intentar volver al «ring».

—¿Crees que tendrás esa oportunidad? —preguntó Van, dejando transparentar cierta incredulidad.

—¿Marcha bien ese reloj? —inquirió el púgil fracasado, sin contestar a la pregunta.

—Creo que sí.

—Pues me marchó. Debo comenzar mi labor. Anuncio un espectáculo musical. ¡Ya ves!

Con la ausencia de aquel hombre, la atmósfera del Beer se hizo más glacial. La luz era gris, como un día opaco, de invierno, en los cañones de Manhattan.

Tollemache estudió las elegancias con que se había decorado el establecimiento y todo lo encontró helado y superficial. El aire ya no tenía el perfume de cerveza y zumo de frutas. Podía decirse que el aliento del Beer se había disipado.

—¿Dónde está Ida? —preguntó a Van.

—Se fué... —respondió el negro, sin dejar de enjuagar vasos.

—¿Adónde?

—¿Qué sé yo? —repuso el «barman», iniciando una mueca triste.

—¡Usted lo sabe! —aseguró Tollemache, mostrándose agrio—. ¿Por qué no está aquí?

—Ya no la verá más...

—Pero volverá —opinó Tollemache, más que nada para convencerse a sí mismo—. Otra vez hizo lo mismo y volvió, ¿no es cierto? Se fué con uno que la dejó en Chicago. Y ahora ocurrirá lo mismo.

Pero su voz había ido desfalleciendo, porque experimentaba la sensación de que hablaba para él mismo, tratando de negar un hecho que le costaba dolor admitir.

—Eran muchos los hombres que venían a Beer sólo para mirarla —explicó el negro, con muestras de aflicción—. Ella elegía y salía con los que le gustaban. Todas las noches tenía proposiciones. Pero nadie la amaba en serio... Yo soy el único que sentía verdaderos sentimientos hacia ella, aunque no se lo confesé nunca. No me atrevía. Soy de color y sabía que se reiría de mí. La he amado en silencio. La he visto salir con muchos hombres, tutearse con todos. Usted mismo la besó mientras yo estaba en la sombra, como si no fuera nada. ¡Le odié!

Tollemache permaneció un momento silencioso. Le sorprendía descubrir, inesperadamente, las ocultas pasiones que guarda el alma humana.

De pronto, Joe Van se enfureció.

—¡Si tuviera aquí al canalla que...!

Y se tapó el rostro con el brazo, sollozando.

—No se ponga dramático. Ida volverá. Quizá antes de una hora esté de nuevo aquí —dijo Tollemache—. Espero que no tenga mucha suerte con el hombre al que se haya confiado.

—No, esta vez, no —gimió Van—. Ida ha muerto.

—¿Qué dices, desgraciado?

—¡La han matado!

—¿Muerta?

En el aire cristalizó esta palabra, ocasionando una dolorosa pesadumbre al descubrir el trágico destino de las vidas humanas.

—¡Es mentira! —rugió Tollemache.

Pero el «barman» no trató de discutir. Se había abandonado a un llanto apagado, amargo, hallando en él un sedante para su dolor.

El hombre de movimientos mesurados presenciaba la escena con una irritante indiferencia. Parecía que se burlase de la debilidad de las criaturas humanas. Sacó de su bolsillo un paquete de cigarrillos «Philip Morris» y ofreció a Tollemache:

—¿Fuma?

—¡...!

—Era una forma de comenzar la conversación —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Qué idiota! ¿Cree que deseo hablar con usted? —repuso Tollemache, áspero.

—Tendrá que hacerlo.

—¡Está usted resultando «majareta», hombre de Dios!

—Conocía usted a la joven que ha muerto asesinada, ¿no es verdad? —inquirió el impasible personaje, empleando un tono de voz que daba hecha una respuesta afirmativa.

—¿Le interesa? —rugió Tollemache.

—Puede que llegue a preocuparme.

Joe Van intervino, diciendo:

—Sí; éste es uno de ellos.

—¡Cállese! —gritó George Tollemache, cada vez más irritado.

—¿Cuánto tiempo hace que la conoce? Debe contestar a mis preguntas. Es mi obligación saber estas cosas. Soy agente especial.

Y Tollemache pudo ver la placa que aquel hombre le mostró para acreditar que no mentía. Era, en efecto, agente especial del F. B. I.

Y un pánico confuso se apoderó de él. Sabía que no saldría

victorioso de un interrogatorio difícil.

—¿Y bien?

—Conteste a mi pregunta.

—No hará allá de una semana —contestó Tollemache.

El agente interrogó al «barman» con el gesto.

—Es posible —confirmó éste.

—¿Había salido con ella otras veces? —siguió preguntando.

—No era santo de su devoción —fué la respuesta que dio Tollemache.

—Lo cual quiere decir que ella se resistía, y usted la amenazó.

—¿Qué insinúa?

El agente especial despidió por las fosas nasales humo del cigarro que fumaba.

—Le enloquecía que ella no demostrara ningún interés por usted, y decidió matarla.

—¡Qué gracioso!

—Y la esperó, de noche, a la puerta de su casa. Sería la una, poco más o menos, cuando apareció ella. Usted le confesó otra vez su amor tratando de darle una oportunidad de seguir viviendo, pero el fracaso le quitó la razón... Y la golpeó con una tubería de plomo hasta quitarle la vida.

—¿Así es como la mataron? —preguntó Tollemache, que había comprendido la forma de expresarse del agente, siempre acusando, tal vez para estudiar las reacciones de su interlocutor.

—De esa forma.

—Celebraré que dé con el culpable —dijo Tollemache, haciendo ademán de retirarse.

—Un momento. Todavía no he acabado con usted.

—Pues dese prisa. No puedo perder el tiempo.

—Lo cual no deja de ser curioso. Parece estar acostumbrado a perderlo. ¿Qué clase de trabajo desempeña usted que le deja un margen de libertad verdaderamente extraordinario?

Tollemache comprendió, alarmado, que el agente estaba apretando el lazo que le había tendido.

—¿Por qué supone que paso el día en una cervecería?

Intervino Joe Van, respondiendo a la muda interrogante que descubrió en la mirada del agente especial.

—Ayer estuvo toda la tarde aquí —exclamó.

—Y hoy estaba dispuesto a perder la mañana —dijo el agente, dirigiendo una veloz mirada a su reloj de pulsera.

—Soy agente de Bolsa —respondió Tollemache, victorioso—. Trabajo cuando tengo ganas.

—¿Cuánto han subido las acciones de la compañía maderera Robeson y Leaton?

Tollemache titubeó, pero, evadiendo la respuesta directa, comentó:

—Si ha comprado usted acciones de la Robeson y Tone, no hay duda de que ha hecho una buena adquisición.

—Robeson y Leaton —corrigió el agente.

—Eso es —admitió Tollemache, desalentado.

—Esa compañía ha dejado de existir hace año y medio —comentó el agente del
F. B. I.

con palabras cortantes.

—Es posible —dijo Tollemache esforzándose en mantenerse sereno, aunque la mano que sostenía la taza de café comenzó a temblarle—. Tengo dinero ahorrado y no me preocupo mucho por el negocio. He decidido tomarme unas vacaciones.

—Año y medio son muchas vacaciones.

—Bueno, ¿y qué?

El agente exigió:

—Enséñeme el carnet.

—No lo tengo aquí —fué la respuesta—. Me lo dejé en el bolsillo del abrigo.

—¿Cuántos abrigos tiene usted?

Tollemache se dijo que se estaba comportando como un perfecto imbécil, y no le gustaba nada el giro que tomaba el interrogatorio. Pero, afortunadamente, se le ocurrió una respuesta ingeniosa:

—¿Necesita saber también si llevo calzoncillos?

El agente especial siguió preguntando:

—¿Cuándo se interesó usted por el negocio?

—Hace años.

—¿Cuántos años?

—Catorce o quince.

—¿En Nueva York?

—Sí.

—Y ¿todavía no ha cogido el acento neoyorquino?

Tollemache sintió unos deseos locos de estrangular a aquel hombre de palabras mordaces, que parecía regocijarse escuchando sus respuestas vacilantes, medrosas. Y aborreció su mirada, porque descubría en ella una ironía descarada.

Iba a responder, pero se quedó sin aliento. En los espejos vio reflejada la figura de un hombre que abría la puerta encristalada. Iba despeinado, con el cabello rubio cayéndole lacio por las sienes. Sus ojos poligonales tenían la alegría de la risa. Toda su faz era de una violenta geometría, con un mentón afilado como el borde de un hacha, con los labios sensitivos, torcidos, móviles, mejillas hundidas y pómulos prominentes. ¡Richard York!

El «gángster» acercóse al mostrador, andando según su forma peculiar, adelantando el hombro izquierdo.

—Un «*whisky*» doble, angelito negro —pidió a Joe Van, con su voz también difícil, subrayando cada sílaba.

«Me equivoqué cuando creí que sería incapaz de encontrar mi pista. Es listo y sabe que las personas muestran cierta inclinación por volver a los lugares en donde recibieron las primeras impresiones de las ciudades que visitan».

Una pregunta más del agente especial cortó sus reflexiones:

—¿Dónde está la calle Jackson Height?

—No se me ha perdido nada allí —repuso Tollemache, molesto.

—¿Y la Montague Street?

—¿Por qué me hace estas preguntas?

El agente le espetó de Improviso:

—¿Cuántos días hace que está en Nueva York?

—Llevo muchos años aquí.

—Enséñeme la documentación.

George Tollemache sintió desfallecer los latidos de su corazón. Aquella petición era la que había esperado con temor.

—No la llevo encima. Está en el hotel.

—¿En qué hotel se hospeda usted?

—¿Desea acompañarme hasta él? —preguntó Tollemache, que no supo dar ninguna dirección.

—Lo haré con gusto ahora mismo.

—Tendrá que tener paciencia. No tengo deseos de moverme de aquí... por ahora.

Y se acercó a la caja de discos, esperando que la música le devolviese parte de la entereza que había perdido. Introdujo un níquel en la máquina y apretó el segundo botón. En el acto encendiéndose una luz roja... y una explosión de armonía falaz nació en la atmósfera.

—«*Whisky*» —pidió al «barman», sentándose junto a la barra.

La música era un excitante de la imaginación y el optimismo.

Richard York había encendido un cigarrillo y lo fumaba con deleite. Parecía sacar del humo un placer casi sensual. Sufrían sus nervios una alteración que tenía por causa una obsesiva idea que recogía del «*jazz*». Y balanceaba la cabeza, víctima de un tic nervioso.

Una ansiedad indefinida latía en el éter. La melodía que deshacían los saxofones y trompetines era de una vehemencia apasionada. Y Tollemache evocó mejor a la mujer que había amado. La sentía en el ambiente, perfectamente difusa en todas las cosas... Ida Helser había comunicado a Beer una elegante fluidez de vida fácil. De ahora en adelante el establecimiento no sería el mismo. Quedaría reducido a una cervecería sin atractivos.

El agente especial miraba un punto indefinido del espacio. Sugería tener una paciencia sin límites. El contraste entre la sagacidad de su cerebro, rapidísimo en concebir pensamientos e ideas, y la calma que demostraban todos sus ademanes resultaba en extremo desconcertante.

En aquel momento irrumpieron ruidosamente en el local tres personajes de cuyo fondo temperamental se sacaba la inmediata conclusión de que trabajaban para la Prensa. Además, las cámaras fotográficas de que eran portadores dos de ellos revelaban a gritos sus actividades. El tercero, activo, nervioso, vistiendo con desaliño un traje nuevo, daba órdenes:

—Bien, muchachos, disparad varias placas mientras yo hablo con el «barman». ¿Qué queréis tomar? ¿«*Whisky*»?... Bueno, ya lo ha oído, sirva «*whisky*»... Pero no perdamos el tiempo. Desembuche. ¿Qué sabe de todo esto?... Somos los caballeros de la Prensa.

—¿Qué quieren saber? —inquirió el negro, algo confuso y aturdido por el rápido hablar del periodista.

—Muchas cosas. Usted nos va a ser útil ¡Claro que sí! Resultará

un buen reportaje, y su fotografía saldrá en «Diario del Crimen», la revista que más ejemplares tira... Y vosotros, sacad fotografías de este hombre, de perfil, de frente... Yo seré breve. ¿Cómo se llamaba la muchacha?

—Ida Helser —respondió Van, automáticamente.

—¿Cuántos amigos tenía?

—Bastantes.

—¿Cuántos?... ¿Ocho, doce...?

Tollemache se acercó al agente especial y le invitó a salir.

—Vamos ya...

—Como quiera. No puedo decir que ha sido lento —repuso el agente, mostrándose impasible.

—Me molestan estos tipos de la Prensa.

Pero cuando iban a salir, oyeron una voz:

—¡Eh, un momento!

Y un fotógrafo disparó una placa.

—Gracias.

—Salieron a la calle, y Tollemache dirigió los pasos hacia cualquier sitio, repitiéndose mentalmente que debía hacer algo para librarse de aquel hombre. Pero no encontraba ninguna solución aceptable. Infinidad de pensamientos cruzaron por su mente. Todos absurdos. No obstante, se dijo que había llegado el momento de jugárselo todo a una carta con la esperanza de verla premiada.

Se detuvieron junto al bordillo de la acera para dejar pasar un grupo de automóviles. Con el rabillo del ojo observó al agente especial, que no se despegaba de su lado. Y entonces Tollemache vio la solución. Concibió un plan de fuga desesperado.

Con temeridad suicida se lanzó a la calzada en el momento en que un coche se aproximaba veloz. El conductor aplicó los frenos, que chillaron estrepitosamente, haciéndose oír por encima del jaleo de la circulación. Y Tollemache sintió florecer una esperanza. Había puesto un obstáculo —el vehículo— entre el agente y su persona. Lo demás era cuestión de obrar con rapidez.

Sorteando los coches, cruzó la calzada, introduciéndose sin pérdida de tiempo en unos grandes almacenes abarrotados de público. Unos altavoces llenaban los ámbitos de estridencias musicales. Y luchando contra la muchedumbre llegó hasta el extremo del vasto local, saliendo a otra calle de menor actividad.

Pero estaba convencido de que era perseguido. Y al descubrir un reclamo con las palabras «Midway-Hotel», no perdió el tiempo en solicitar habitación.

—¿Tiene equipaje?

—Lo traen ahora —mintió.

—Bien. Segundo piso. En la llave tiene el número del cuarto.

—Gracias.

Ascendió por una escalera alfombrada y encontróse en un pasillo lleno de puertas numeradas. Buscó la ochenta y nueve y la abrió con precipitación. Cuando penetró en el interior y cerró la puerta con llave un sentimiento de seguridad le comunicó un agradable reposo.

«¡Estoy a salvo!».

La habitación, como era de esperar en un hotel de escasa categoría, no era lujosa. La luz turbia, penetraba por una ventana que daba a un patio sórdido, cerrado por muros verticales. En la pared de enfrente había un vigamento que permitía el deslizamiento de un enorme contrapeso.

No habían transcurrido tres minutos cuando llamaron a la puerta.

¿CONOCE USTED

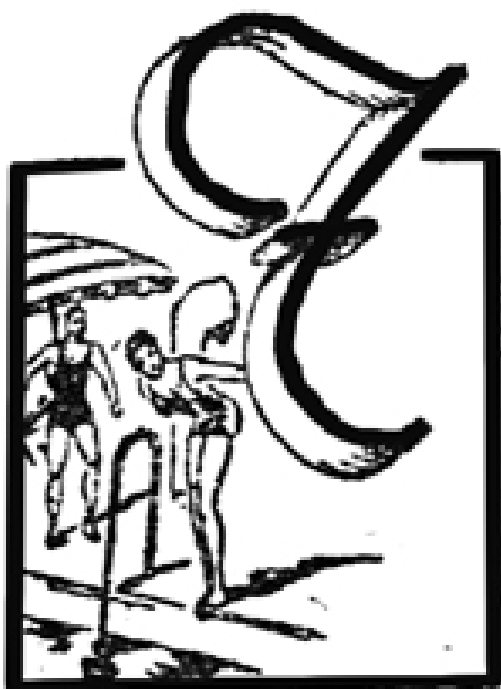
NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

VIII

PELIGRO



OLLEMACHE giró sobre sus talones, clavando la mirada en la hoja de madera.

El presentimiento de que sonarían nuevos golpes, dando lugar a una profunda interrogante, agitó la atmósfera como si poseyera nervios invisibles.

La puerta fué aporreada nuevamente.

«¿Qué debo hacer? No tengo escapatoria. Si no abro, tirarán la puerta abajo. De todas maneras, estoy acorralado. Será mejor que

abra».

Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta.

—Inesperada visita, ¿no es verdad?

—Usted lo dice —repuso Tollemache—. ¿Qué desea? —No se alarme. No voy a denunciarle a la Policía.

—Será mejor para usted. ¿Cómo ha dado con mi paradero?

—Yo siempre doy con la pista de las personas que me interesan.

—¿Le intereso yo? —inquirió Tollemache.

—¿Lo pone en duda? —exclamó el visitante, como sorprendido por una pregunta que juzgaba de una simpleza absurda.

Tollemache preguntó rápidamente:

—¿Sabe la Policía que estoy aquí?

—No. Fué usted hábil y despistó al agente.

—Lo celebro. Y ahora, dígame lo que puedo hacer por usted.

El visitante se acostó en la cama, apoyando la cabeza en sus manos enlazadas.

—Es cómoda —murmuró.

—¡Conteste! —exigió Tollemache, perdiendo la paciencia.

—Soy un modesto comerciante —fué la respuesta—. Mis negocios me dejan lo bastante para vivir, pero soy ambicioso.

—¿Con qué negocia?

—Con armas y... pasaportes.

—¿Con pasaportes? —A Tollemache se le escapó la palabra con demasiada precipitación.

—Yo puedo proporcionarle una documentación falsa y un pasaporte para el extranjero a cambio de... las perlas, claro está.

—¡Pierde el tiempo! —rugió Tollemache.

Richard York rió nerviosamente, estremeciendo todo su cuerpo.

—Vaya meditando mi proposición. Yo sólo quiero favorecerle. Ya lo sabe. Desde el primer momento le he ayudado en la medida de mis posibilidades.

—No tengo nada que meditar —repuso Tollemache, secamente—. Puede marcharse. Yo sé lo que debo hacer. No tengo miedo a la Policía. No hay pruebas contra mí.

—Siempre he creído que era usted una persona con talento. La Policía es idiota, desde luego. Hace tiempo me di cuenta de ello. Si hubiese creído lo contrario sería un pobre diablo.

—¿Qué es ahora, entonces?

—Un hombre afortunado. Voy a ganar medio millón de dólares —respondió, melifluo.

George Tollemache se paseó nerviosamente por la reducida habitación.

—¿Qué espera? —dijo, deteniéndose frente a un espejo para arreglarse el nudo de la corbata—. Ya conoce mi respuesta. ¿Por qué no se marcha?

—La Policía hará publicar su retrato en toda la prensa. Dentro de unas horas, su rostro será popular.

—¿Qué retrato? —exclamó Tollemache, sintiendo que su corazón aceleraba los latidos.

Richard York explicó lentamente:

—¿Olvida que los periodistas dispararon varias placas en Beer? Eran reporteros del «Diario del Crimen», el periódico que sólo se preocupa de cosas demasiado trágicas.

Tollemache comprendió que Richard York discurría con la cabeza. Era cierto lo que había dicho. Tal vez al día siguiente, o aquella misma tarde, los periódicos y revistas llevarían su retrato.

—¡Medio millón de dólares es mucho dinero para pagar un pasaporte! —rugió.

Richard York habló silabeando:

—No compra un pasaporte. Quinientos mil dólares es el precio de su vida. ¡Demasiado barato!

—¿Quién me garantiza que saldría de Nueva York? —preguntó Tollemache.

—Podría coger un autobús esta misma noche para Carolina Septentrional. Y allí, con los papeles en regla, le sería fácil embarcar para Europa.

—¡No quiero volver a Europa!

—¿Le gusta más la silla eléctrica? —inquirió York, adoptando una inocencia exasperante.

Tollemache expresó en voz alta los pensamientos que asaltaron su mente:

—Aunque me cacen, no pueden probarme nada. ¿Qué motivos tienen para sospechar de mí?

—Le someterán a un interrogatorio muy difícil de sortear —comentó York.

—Averiguarán tan sólo que soy un evadido de una birria de

buque-tanque llamado «Sea Sylph». ¿Y qué?

—¿Firmó usted contrato de trabajo con la Compañía del buque?

—Por cinco años.

—Entonces, lo devolverán al barco, no cabe duda. ¿Es agradable pasarse cinco años en la carbonera de un buque mercante?

—He pasado quince años en un sitio semejante. ¿Qué más me da? —repuso Tollemache amargamente.

El regocijo que aparecía en las pupilas de Richard York se eclipsó súbitamente. Tollemache notó un extraño cambio en todo su semblante.

Tal vez fuese debido a la rigidez que hablan adoptado sus facciones, a la inmovilidad de sus labios, que por lo regular sufrían una agitación nerviosa. Supuso que iba a formular una revelación sensacional, lo que influyó para que su pregunta resultara desprovista de importancia.

—¿Mató usted a esa muchacha?

—No.

En palabra tan breve, recogió York la sinceridad de su respuesta.

—Le creo.

Tollemache, que empezaba a dar muestras de cansancio, le invitó a que se marchara.

—No necesito que siga favoreciéndome —le dijo—. Le agradecería que se fuese.

Richard York, abandonando el lecho, se dirigió a la puerta. Pero antes de abrirla, murmuró:

—Podría obligarle a entrar en razones con un arma de fuego, pero sospecho que escogería la muerte antes que ceder. Usted vale.

Tollemache oyó cómo se cerraba la puerta de un golpe. Y permaneció un buen rato en la inmovilidad más absoluta. Rondaban su mente tantos pensamientos, que no se ocupó de ninguno. En la reducida estancia reinaron momentos de silencio. Y el oscuro rumor del contrapeso en su deslizamiento por la pared del patio fué perfectamente audible.

Sintióse terriblemente cansado, y a punto estuvo de entregarse al sueño, pero la inteligencia le avisó de que no debía permanecer mucho tiempo en aquel sitio.

Abandonó el hotel y buscó las arterias congestionadas de público que le prestaba un sentimiento de seguridad pues se consideraba

perdido entre la muchedumbre. Tenía demasiadas cosas en que pensar, y resolvió dedicar el resto del día en esta ocupación, paseando de un extremo a otro de Broadway.

Cuando salieron las ediciones de la tarde, adquirió un periódico, y al dedicarle una ojeada quedóse paralizado de espanto. ¡Su retrato, acompañado de epígrafes acusadoras! Ávidamente, comenzó a leer la información, y conforme avanzaba por la lectura, experimentaba una creciente angustia. Recogió del reportaje un significado alarmante, pero necesitó leerlo nuevamente para enterarse de muchas cosas.

Carruthers Black, el agente del
F. B. I.

que habló con él aquella misma mañana, se interesaba también por el robo de la «Bittman. Joyero», habiendo obtenido del vigilante nocturno la identificación del delincuente cuando le mostró la fotografía que los periodistas sacaron de George Tollemache en la cervecería.

Desde luego, había causado sensación el conocimiento de que un hombre, haciendo alarde de extraordinaria sangre fría, se hubiera dominado ante la presencia del asesino sorprendido en sus criminales actuaciones, armado y dispuesto a matar. Su original ocurrencia de fingirse sumido en profundas tinieblas fué muy celebrada, despertando inmediatamente un marcado interés hacia él en las productoras cinematográficas. Ya que se había convertido en un pequeño héroe, y además, la opinión pública creía que se trataba de un actor excepcional. De modo que Franc McCreá pasaría de vigilante nocturno a artista de «cine».

George Tollemache, blasfemando mentalmente, se guardó el periódico en el bolsillo. Luego, se dijo que debía disimular su rostro antes de que se hiciese popular, y adquirió un sombrero con el poco dinero que le quedaba.

«Debo salir de Nueva York cuanto antes. Mañana será demasiado tarde. No me queda otra solución que la de visitar Saigón».

Dirigióse a la habitación que tenía alquilada en una modesta casa del barrio Harlem con el pensamiento de recoger la pistola que había comprado por cincuenta dólares. Aunque estaba descargada, el arma le comunicaba un extraño sentimiento de poder. Además, había sido su compañera de aventuras y la apreciaba como si fuera

una parte de su cuerpo.

Antes de abandonar la estancia, dedicó una ojeada al sórdido habitáculo, de mobiliario modestísimo, pero que, después de todo, había acabado siendo como un amigo suyo. Aquellas paredes deslucidas que le habían albergado conocían los secretos de su pensamiento... Recordó que había aborrecido el cuarto la primera vez que le fué dado contemplarlo, pero ahora todo le resultaba familiar la palangana, el cromo religioso, el espejo, la mesilla, el reloj de campana...

De pronto, sintió que la puerta se abría. Giró sobre sus talones y sorprendió la figura de Greta Loy. Agradeció su visita, aunque no supo explicarse los motivos.

Durante unos momentos permanecieron silenciosos, mirándose. Lástima exquisita despertó en su alma. Le pareció que la muchacha estaba aislada de la vida, no sólo porque carecía de familia, sino también porque existía una gran distancia entre su espíritu y la vida moderna. Era una criatura que vivía en un ambiente que no era el suyo, aunque es posible que hiciese esfuerzos por penetrar en él. Sin embargo, guardaba siempre una ansiedad indefinida, que le prestaba singular reserva.

—Quería darle las gracias... por lo de anoche —murmuró la Joven.

—¿De verdad te divertiste?

—Sí, claro que sí.

En su respuesta había una súplica por ser creída.

—Lo celebro.

Hubo otro intervalo de silencio, que no resultó angustioso. Por fin, Tollemache dijo lentamente.

—Me voy de Nueva York.

—¿Adónde va usted? —preguntó la joven, con el semblante demudado.

—¿Cómo he de saberlo?

—¿Qué quiere decir?

—Estoy perseguido —dijo Tollemache, ignorando las causas que le impulsaron a ser sincero con la muchacha—. Han matado a la mujer por la que yo me interesaba. Era camarera de una cervecería. Se me acusa de su muerte —y como Greta guardaba silencio, continuó—: No sé dónde iré; pero no puedo permanecer aquí,

esperando a que la Policía de conmigo.

Tollemache esperaba oír una pregunta muy distinta a la que formuló la Joven.

—¿Usted la amaba?

—No lo sé —confesó George Tollemache, después de unos momentos de vacilación.

La mirada húmeda de Greta Loy buscó a la de George Tollemache.

—¿Por qué no me preguntas si soy culpable? —preguntó éste, inesperadamente.

—Porque no puede serlo.

Tollemache repitió mentalmente sus palabras, que le proporcionaba una vaga creencia de que todo había sido un sueño, una pesadilla terrible. ¿Era culpable o no era culpable? Pero al tocar el acero de la pistola en la profundidad del bolsillo de su gabán, se sintió acusado. ¡Era culpable!

—¿Tan segura estás de ello?

—Sí, porque le quiero —confesó la muchacha, con una sencillez extraordinaria, como si el amor fuese para ella solamente la compenetración perfecta de dos almas.

—Eres demasiado joven para saber lo que dices —sentenció Tollemache, algo confuso—. El amor es una enfermedad que padecen las criaturas sentimentales. Yo no creo en él. Sin embargo, es posible que sienta separarme de ti. Habíamos hecho buena amistad.

—Partamos juntos. Deme ocasión de demostrarle el amor que me inspira.

—¿Qué tonterías estás diciendo? No puedes confiarte a un asesino.

—Usted no ha matado —repuso Greta Loy con una seguridad tan absoluta, que hizo estremecer a Tollemache.

—¿Y si fuera cierto?

—Entonces, me necesitaría más que nunca.

George Tollemache quedó meditativo.

—Qué seres tan extraños son las mujeres —murmuró lentamente, como si expresase oralmente sus propios pensamientos—. Podemos despreciarlas, maltratarlas, hacer cosas que merezcan censura, pero, sin embargo, siguen amándonos.

Y contempló su rostro, de sencillas emociones, hermoso, aunque existía en sus mejillas, en sus labios, un elemento de apasionado ardor.

—Encontrarás un hombre digno de ti. Yo soy un pobre diablo que no sé todavía de qué manera terminaré mi vida... ¿Te acuerdas cuando te besé a la fuerza? Quiero despedirme de ti y no sé cómo hacerlo. ¿Me rechazarás si trato de darte un beso?

La joven negó con la cabeza, y Tollemache besó sus labios carnosos, ardientes.

—Adiós —murmuró. Y separándose de ella, se alejó rápidamente.

Una vez en la calle, notó que la luz natural había perdido potenciada, y apresuró el paso, buscando un barrio que sugería llevar una vida aparte, más intensa quizá que las arterias del Nueva York de los rascacielos, abigarradas de público y de coches.

Al doblar un esquinal, en el espíritu de George Tollemache renació una sinfonía patética. Le fué dado contemplar un cuadro sórdido, como si hubiera sido concebido por un artista pintor de torturada imaginación, de un pesimismo llevado al límite, poseedor de una paleta apagada, de colores tenebrosos, pero al mismo tiempo de un elevado sentimiento del arte.

Tollemache recogió la profunda nostalgia que pesaba sobre aquel trozo de calle. Estaba contristada, pesada, como si ambicionase los colores y la luz. Producía sensación de algo sobrenatural.

Era una calle perdida. Evocaba un claro en la selva, un inexplicable claro de tierra arcillosa rodeado de vegetación exuberante, lujuriosa, que sabe Dios en virtud de qué recónditos secretos respetara aquel círculo de tierra blanda, con aptitudes extraordinarias de fertilidad.

Las casas, siempre abismadas en silencios, irradiaban palpitaciones de vida misteriosa. Y en sus ventanas no se veía luz alguna; es más, hubiera sido un hecho insólito.

Tollemache llegó a Saigón y empujó la puerta encristalada. Inmediatamente, el mecanismo sonoro despertó de su letargo, prorrumpiendo en vibraciones melodiosas. Era un aparato muy sencillo. Consistía en unas varillas de metal suspendidas de una sombrilla adaptada a la puerta, que chocaban unas contra otras, con

un sonido desprovisto aparentemente de armonía, pero que recorría toda la escala musical.

El interior estaba a oscuras. No había nadie. Pero así como otras decoraciones exigen la presencia de la persona humana. Saigón podía prescindir de ella, irradiando de este modo todo su misterio. En el ambiente existía una calidez de aliento animal, aromático, de hierbas exóticas en ebullición.

Tollemache avanzó hacia la cortina de vidrio, que aparecía iluminada, como un cristal que guardase el encanto de un acuario lleno de peces extraños. Pasó a la estancia inmediata, sorprendiendo a un personaje de actitud ensimismada, que fumaba en larga pipa de cazoleta diminuta.

Era un sujeto que parecía distanciado de todo cuanto le rodeaba, adoptando una «pose» de serenidad helénica. Estaba sentado en una silla de cuerda, junto a una mesa hexagonal, observando el humo de su pipa, que, al recibir la iluminación de una lámpara de llama, ascendía convertido en niebla de luz. Su mirada era inmóvil, de serpiente, como si hubiese perdido la facultad de impresionarse con la imagen.

Tollemache deslizó la mirada por la estancia. Todo estaba sumergido en una cálida penumbra, como el aliento luminoso de una llama. Era una claridad temblorosa, sensible, vacilante, en tamizada difusión, sin geometrías de luz eléctrica. Se dijo que sería inútil preguntar por Richard York a aquel personaje, fumador de opio, porque permanecía en un estado soñoliento que le privaba de la sensación orgánica. Se habían roto en él los lazos de unión entre su pensamiento y el examen de la realidad. Pero se le ocurrió un procedimiento para llamar la atención de otras personas. Acercóse a la cortina de cristal y agitó el varillaje, produciendo un pequeño alboroto musical.

De improviso, abrióse una puerta esmerilada y apareció el oriental del semblante craso y estúpida sonrisa.

—Yo soy Ye Ling, comerciante. Vendo lámparas, relojes, seda...

—¿Dónde está Richard York? Quiero verle inmediatamente.

Y avanzó dos pasos hacia la puerta en cuyo dintel veíanse, sobre una placa negra, algunos caracteres chinos. Pero el asiático extendió el brazo, impidiéndole el avance.

—¡No!

«¿Qué habrá tras esa puerta? ¿Un fumadero?».

—Está bien, esperaré aquí —dijo con impaciencia que no trató de ocultar.

Ye Ling desapareció, penetrando en el templo del misterio, y al cabo de largos minutos Richard York hizo su aparición en el exótico recinto. Como la vez anterior, tenía la mirada turbia y el semblante desenchajado.

—¿Sabe por qué he venido? —preguntó Tollemache.

—Me parece que sí —articuló York.

—No perdamos el tiempo. Necesito el pasaporte, una ametralladora y algún dinero. La Policía lo sabe todo. Pero no me cazarán fácilmente.

—¿Trae las perlas? —inquirió York, con un brillo extraño en las pupilas.

—No, pero estoy dispuesto a llevarle hasta el lugar donde se encuentran.

El «gángster» meditó sus palabras, permaneciendo en actitud dubitativa.

—Espéreme tres minutos.

Tollemache esperó algo más de ese intervalo de tiempo, pero al cabo presentóse Richard York con un maletín negro en la mano.

—¿Qué lleva ahí dentro? —preguntó George Tollemache.

—Una ametralladora: y varios peines de balas. Se lo daré junto con el pasaporte, cuando tenga las perlas en mi poder.

—Ábralo.

Fue obedecido, y Tollemache pudo observar, con violento palpar de pulsos, una ametralladora de cañón corto, de reflejos crudos, y algunos peines de balas.

—Enséñeme también el pasaporte.

York lo extrajo del bolsillo del interior de su americana, y Tollemache lo recogió para examinarlo, enterándose que desde aquel momento se llamarla Robert Gadner.

—¿Dinero? —inquirió, devolviendo el documento al «gángster».

—Le daré quinientos.

—Me hace falta una documentación con ese nombre.

—Exacto. Está en mi poder. Y ahora olvide su verdadero nombre. Se llama Robert Gadner, corredor de joyas.

—Está bien —asintió George Tollemache—. Ahora, venga

conmigo.

Richard York sacó una pistola del bolsillo, de cañón chato, capaz de abrir espantosas heridas.

—Estoy dispuesto —dijo.

Llegaron hasta las proximidades de los muelles, y al salir de una calle sin nombre, formada por construcciones bajas, les dio en el rostro un hálito frío. La proximidad del mar proporcionaba una extremada humedad, que se condensaba en el aire en forma de microscópicas gotas de agua.

Estentórea, sonó la sirena de una embarcación. Y semejó su voz llegar del abismo submarino, aflorando, temblorosa de frío, de entre las olas que se estrellaban contra los pilares de los muelles.

Se introdujeron por una parte del puerto que guardaba solamente lanchas inutilizadas, llenas de agua y medio sumergidas, con las tablas podridas, esponjosas. Luego, descubrieron un muelle desierto, sombrío. De trecho en trecho destacaban embarcaciones retiradas de la actividad, con las chimeneas rotas, las bordas destrozadas, envolviéndolas una emoción de sirenas sollozantes. Y al fondo destacaba, rotunda, una sombra gigantesca, que adoptaba la silueta de un trasatlántico desmantelado. La desolación de su interior transcendía al exterior, envolviéndose en una atmósfera dilatada, con la turbadora atracción del vacío.

El mar había quedado sumiso, inmóvil, como si hubiese perdido su orgullo de potencia, adquiriendo repentinamente un silencio relativamente perfecto. De cuando en cuando sonaba un gorgoteo rápido, como el producido por una piedra al romper la corteza de algas para sumergirse en el seno del agua, cuya procedencia era ignorada.

Cuando se aproximaron al barco, propuso York:

—Suba por la cadena del ancla. Yo le seguiré inmediatamente.

Y una vez en la primera cubierta, se introdujeron por una puerta, siguiendo un pasillo que terminaba en una empinada escalera de metal.

—Las perlas están en la sala de máquinas —dijo Tollemache, que sentía en el espinazo la presión de la pistola de Richard York.

—Bien. No se detenga —ordenó éste.

Pero George Tollemache hizo un movimiento inesperado. Se volvió con rapidez centelleante, desviando el arma que sostenía el

«gángster» en virtud de un codazo soberano. Y en seguida agarró a York por las solapas de su gabardina, precipitándolo por la escalerilla de metal. Y los golpes que produjo su cuerpo al rodar por los peldaños llegaron temblorosos, dolientes, quedando en el aire un estertor.

Tollemache permaneció expectante, tenso. En la atmósfera no existía ya ruido alguno; sin embargo presentía un oscuro rumor, indescifrable, enigmático. Y parecía evolucionar la oscuridad, abrirse en explosiones dormidas, palpitantes... Del fondo del buque ascendió un aliento glacial que le produjo escalofríos. Y el silencio impresionante que imperó, le dio conocimiento de la muerte del «gángster».

Descendió por la empinada escalera y, al pie de la misma, descubrió el cadáver de Richard York en una posición grotesca. En la oscuridad, La liviandez de su rostro presentaba transparencias de carne de medusa. Tenía en la frente una herida espantosa; probablemente se habría roto el cráneo contra los escalones de metal.

Tollemache alejóse de allí, encontrando otra escalera que conducía a las profundidades de la nave. Y descendió por ella hasta encontrar un túnel sumergido en la oscuridad total, pero el sentido del equilibrio le dio conocimiento de la inclinación del suelo. Este detalle le dijo que no estaba ya muy lejos del sitio que buscaba.

Cuando llegó a la sala de máquinas blasfemó al recordar que estaba medio sumergida en aguas estancadas. Tuvo que desnudarse para no mojar sus ropas. Encontró el agua del mar extremadamente fría, pero el acicate de recuperar las perlas hizo soportable todas aquellas molestias. Y por fin, experimentando una emoción desconocida, recobró la fortuna que había guardado el buque muerto.

«¿Estaré a punto de alcanzar el éxito? Ya sólo me queda un paso que dar: salir de Nueva York esta misma noche».

Imbuido por la idea de que no podía perder el tiempo, abandonó el buque y buscó la ciudad.

En una farmacia, hojeó la guía de teléfonos y no le fué difícil dar con la dirección de una compañía de autobuses, a la que llamó para enterarse del horario de los coches. A las ocho menos cuarto tenía la salida un autobús que hacía la ruta meridional. Y al consultar la

hora se alarmó. Tenía que darse prisa si quería sacar billetes. Alquiló un coche, y mientras el vehículo corría por las arterias luminosas, sorteando el tráfico, no cesaba de felicitarse por el éxito de su arriesgada aventura, aunque sabía que no podía cantar victoria todavía.

El «taxi» llegó a la estación cuando las saetas de un gran reloj de pared, según apreció Tollemache, señalaban las ocho menos veinte. Faltaban cinco minutos para que el autobús diera comienzo a su viaje. Tiró un billete al conductor y, sin esperar el cambio corrió hacia la taquilla.

—¿Hay billetes para... Ralelgh?

Tuvo suerte, pues quedaban todavía dos plazas. Y al subir al autobús le invadió una confianza ilimitada; la seguridad absoluta de que había puesto punto final a un capítulo de su vida para comenzar otro de una significación muy diferente.

Unos altavoces anunciaron la sarda del coche. Y el conductor puso el motor en marcha, que adquirió una pulsación regular, haciendo estremecer los vidrios de las ventanas. Este temblor comunicó a George Tollemache una alegría que aceleró el ritmo de sus pulsos.

De pronto, los focos del vehículo lanzaron dos deslumbrantes abanicos de luz, haciendo brillar la pista mojada. La claridad recortó las siluetas de dos agentes de uniforme, que se aproximaban al coche.

Tollemache se dio perfectamente cuenta de que estaba acorralado, pero esta idea le favoreció el nacimiento de una voluntad gigante. Estaba decidido a defender su vida. La visión que elaboró su pensamiento de la silla eléctrica le llevó al borde de la locura, mientras su diestra buscaba en el bolsillo de su abrigo la pistola de cañón corto que había pertenecido a Richard York.

Los agentes penetraron en el interior y hablaron un momento con los conductores. Luego se detuvieron en mitad del pasillo, dedicando una larga mirada a los viajeros.

Reinó un silencio que tenía algo de alarmante.

Todas las conversaciones se habían apagado. Y los agentes empezaron a examinar con especial atención los rostros de todos los presentes.

Tollemache estaba imbuido de una calma que anunciaba una

súbita tormenta. Tenía la mirada puesta en los pies de los servidores de la ley, y los veía avanzar, acercarse cada vez más al asiento que ocupaba. De pronto, sintió un ataque de nervios y se puso de pie, empuñando el arma negra. ¿Para qué esperar más?

Hubo una explosión tremenda, ensordecedora.

Un agente quedó mirando un punto perdido del espacio, con la pupila dilatada, vidriosa. Había recibido la muerte de un modo instantáneo. Entre ceja y ceja tenía un orificio negro.

El ruido de su caída quedó ahogado por otra detonación. Y su compañero, con la garganta destrozada por un balazo, se desplomó manando sangre.

En los reducidos ámbitos del coche perduraba todavía el recuerdo de las explosiones, acentuado por una pesarosa certidumbre de aliento en suspensión.

Tollemache se precipitó fuera del coche, con la pistola en la diestra y el maletín en la siniestra, aunque no sabía dónde dirigir sus pasos. Metióse en el cono de sombra que proyectaba el autobús, y permaneció un momento irresoluto, mirando las calles que aparecían ante él.

Sin volver la cabeza atrás para saber si era perseguido, comenzó una carrera desesperada, repitiéndose mentalmente que si no lograba despistar a la Policía tendría que seguir matando. No podía detenerse; había avanzado ya mucho por el camino de la delincuencia.

Pero al llegar a un esquinazo no pudo resistir la tentación de volver el rostro, descubriendo que era perseguido por dos agentes, con las pistolas en la mano.

Tollemache sorprendió en la fachada de una finca destinada a actividades comerciales, a la altura del segundo piso, un telón que anunciaba:

«Academia de baile». —Clases continuas.

Y le invadió una alegría que aceleró la circulación de su sangre. Antes de cruzar la calle para introducirse en el portal, se consideraba al margen del peligro.

Y ya en la escalera, de madera no muy limpia, sumergida en una atmósfera sombría, no encontró a nadie, y decidióse a ganar los peldaños de cuatro en cuatro, preguntándose si los agentes que le

según le habrían visto meterse allí.

Antes de llegar al segundo piso, sorprendió las notas de una orquestina frívola, que fluían a través de una puerta de cristal esmerilado, en la que se leía: «Dancing», en letras de metal.

Llegó junto a ella, deteniéndose un momento para arreglarse el nudo de la corbata, pasándose la mano por el cabello, despeinado, mientras escuchaba el ritmo musical. Y cuando se decidió a empujar la puerta, hallóse en un «hall» de reducidas proporciones, con las paredes cubiertas de fotografías, de anuncios comerciales y de una nutrida propaganda de discos de música ligera.

En un extremo descubrió a una mujer, desprovista de encanto, entrada en años, que ocupaba una silla, frente a una mesa de oficina. Y se dirigió hacia ella, adivinando el papel que allí representaba, al tiempo que sacaba la cartera.

—¿Qué vale esto? —preguntó.

—¿Qué desea?

—¿Qué voy a desear? —repuso Tollemache, dando muestras de impaciencia.

—¿Abono?

—¡Ni hablar! Sólo quiero menear los pies durante un rato.

—¿Sabe bailar?

—¡Claro que no! —contestó, inmediatamente, Tollemache.

—Un dólar —pidió la encargada, sellando un pase.

Tollemache pagó el importe de la entrada y aguardó nuevas indicaciones, que no tardaron en llegar.

—Entre; no se quede aquí... ¡Eh!, no puede pasar con esa maleta en la mano. Déjela aquí.

—¡Ah, ya! —exclamó George Tollemache, entregando el maletín, aunque no le entusiasmaba tener que separarse de él.

Y empujó una puerta de dos hojas, penetrando en una sala muy amplia, sin mobiliario, con ventanas a la calle, atestada de parejas.

La música era ensordecedora, con una dureza metálica de altoparlante. Y, en efecto, nacía de altavoces situados en el techo, uno en cada esquinazo de la estancia.

Se interesaba por las piernas de una chica, bien modeladas, nerviosas ágiles, cuando se le acercó un sujeto de hablar empalagoso, afeminado, muy vivo de ademanes, cómico en el gesto, que vestía con una escrupulosidad que resultaba odiosa.

—¿Sabe bailar? No. ¿Desea aprender? Sí. Perfectamente; confíe en nuestros métodos, abandónese a ellos. Esto es fácil, muy fácil, extraordinariamente sencillo. Ya verá cómo, poco a poco, sin que usted se dé cuenta, siente que la música dirige todos sus movimientos, absolutamente todos. Usted no tiene que hacer esfuerzo alguno, ¿comprende? Los músculos lacios, siempre relajados. ¡Esto es fácil! Llegará momento en que..., en que... ¡Oh!, es difícil hacerlo comprender. No sé si me explicaré bien; pero es algo así como... un temblor..., que comienza en las plantas de los pies... y sube, sube, ¡sube! —Y se ayudó con el gesto para expresarse mejor, elevando las manos, temblorosas, convulsivas—. Sube hasta llegar... al corazón... Pero creo que no me comprende. Verá usted: es un...

—Sí; un hormigueo en los pies..., y, luego, todo eso —concluyó Tollemache, agrio.

—¡Exactamente! Creo que usted vale; hará progresos rápidamente; una semana de prácticas y...

—Y siete dólares que pasarían de mi bolsillo al suyo. ¡Basta!

Se acercó en aquel momento una muchacha muy pintada, atractiva, vestida con sencilla elegancia, muy femenina.

—Venga usted conmigo —dijo a Tollemache.

—Esto ya me va gustando.

—¿Le gusta este disco? —preguntó la encantadora profesora de baile.

—Tal vez sí. ¿A usted qué le parece?

—Creo que debemos comenzar con un «fox» lento —opinó ella —. Es mucho más fácil.

—Me es indiferente —repuso Tollemache, elevando un hombro —. Estoy a sus órdenes.

Y desde aquel momento se entregó a la dirección de la joven, practicando ritmos sincopados, ensayando pasos de baile, escuchando las divertidas observaciones de su pareja, aguantando el estridor de los amplificadores...

La muchacha se quejó varias veces de sus escasos progresos en aquel arte, y es que Tollemache, asomándose a la calle, había divisado a dos agentes en actitud de espera.

El tiempo pasaba de una manera imperceptible. Tollemache no se dio cuenta de que se había hecho muy tarde hasta que la

muchacha murmuró:

—Es usted un pésimo alumno, pero incansable.

—La constancia es la clave de los éxitos —fué el comentario de Tollemache, que se empeñaba en conducir a su pareja a las proximidades de las ventanas.

¡Los dos agentes seguían en el mismo sitio!

Momentos más tarde, su pareja, fatigada, rendida, dijo al concluir un «fox» lento:

—Lo siento. Mi labor aquí ha terminado por hoy. Mañana tendré mucho gusto en intentar de nuevo que sus pies dejen de ser de plomo.

Y entonces se dio cuenta Tollemache de que en la sala no había nadie. Todos se habían marchado. Sólo estaba el antipático personaje de ademanes extravagantes, aunque en aquellos momentos, el cansancio que revelaban todos sus gestos eran causa de que no se mostrase gesticulante. Estaba sentado en una butaca, con las piernas estiradas y la mirada turbia.

El silencio había descendido sobre la sala de baile. La ausencia de parejas hacía que la pista resultara de una excesiva desnudez y frialdad.

—Quiero que siga la música —dijo Tollemache.

—¿Eh? —exclamó el sujeto afeminado, atragantándose.

—Lo que ha oído. Que siga sonando la música.

—Pero ¿cómo es posible que...? Usted bromea, amiguito. ¿Sabe la hora que es?

—Me importa muy poco. El anuncio dice: «Clases continuas»; de modo que...

—Sí, sí; clases continuas... durante ocho horas al día. Haga el favor de dedicar una ojeada a su reloj de pulsera. ¿No tiene necesidad de dormir?

Tollemache expuso secamente:

—Le ruego que haga sonar la música. Todavía no he sentido las cosquillas en los pies.

El encargado hizo una mueca de disgusto.

—Está bien. Nuestro deber es atender a los clientes. El anuncio dice: «Clases continuas», y es cierto. Ahora bien: desde las once en adelante, los alumnos se valen de una silla.

—¿Una silla?

—Sí, sí; una silla, en lugar de una jovencita guapa. De modo que si está usted dispuesto a seguir bailando, coja una silla de ahí fuera y ponga la gramola en movimiento; pero desconecte los amplificadores; no quiero dolores de cabeza.

—Está bien —murmuró, Tollemache—. Voy a buscar una silla.

—No traiga una silla; traiga varias. Las colocará en la pista, distanciadas unas de otras, como si fuesen más parejas. Usted se moverá sin tropezar con ninguna. Ése es uno de los secretos del baile.

Tollemache cumplió aquella indicación, y una vez que las sillas estuvieron debidamente colocadas, acercóse a la gramola, poniendo un disco en el lugar correspondiente. Y soltó el freno, dejando que la aguja cumpliera su misión.

Las notas de un «slow» resonaron, amplificadas, por los ámbitos vacíos.

El encargado, sin abandonar el asiento que ocupaba, hizo algunas indicaciones:

—Ahora coja usted la silla... Eso es; muy bien. Un pasito..., otro pasito... ¡No, hombre, no! Dos pasitos con el pie derecho, uno con el izquierdo, y viceversa. ¡Dos y uno! ¡Dos y uno!

Tollemache se movía entre las sillas de un modo mecánico, con la imaginación puesta en la calle, donde le esperaban dos agentes de la Policía. ¿Por qué no subían a prenderle?

De pronto, al dar cara a la puerta, hizo un descubrimiento que a punto estuvo de privarle del movimiento.

Carruthers Black, el agente especial del

F. B. I.,

se apoyaba en el marco de la puerta, cruzado de brazos, observándole con muestras de verdadero regocijo. Indicaba su semblante que encontraba extraordinariamente divertida aquella escena. Y, como siempre, su mirada tenía un brillo irónico, al tiempo que sus labios parecían que iban, a moverse para pronunciar alguna frase mordaz.

Tollemache sintió unas ganas locas de romperle la silla en la cabeza, pero logró dominarse, y siguió bailando.

—¿Le divierte? —preguntó, esforzándose en que el tono de su voz fuese jovial.

—Sinceramente, sí. Es curioso —comentó el agente.

Tollemache se dijo que era preciso resolver aquella difícil papeleta antes de que terminara el disco. Y cruzó por su mente la idea de disparar sobre el agente del

F. B. I.,

pero le contuvo una profunda interrogante: ¿Quién sería más rápido en sacar la pistola?

Por último, no pudiendo aguantar más aquella situación, tiró la silla al suelo y se acercó a Carruthers Black, clavándose las uñas en las palmas de sus manos.

—¿Qué quiere? —le espetó, aunque sabía que la pregunta era absurda.

Durante unos momentos sólo se oyó la melodía lenta que deshacía la gramola.

—Será mejor para usted que me acompañe sin obligarme a emplear la violencia —dijo el agente especial del

F. B. I.,

poniendo amistosamente su mano derecha en el hombro izquierdo de Tollemache—. Es lo único que puede hacer.

Pero, repentinamente, alzó el codo, propinándole un poderoso golpe en el mentón. Tollemache cayó al suelo, perdiendo el conocimiento al golpearse la cabeza con el borde de una silla.

Cuando recobró la claridad de pensamiento, pudo darse cuenta de que su mano derecha estaba unida a la siniestra del agente por medio de unas esposas de acero. Pero, sin embargo, no se daba por vencido; le parecía imposible que su derrota fuera un hecho.

—Vamos —dijo Black, tirando de él.

—Espere. Voy a recuperar mi equipaje —exclamó George Tollemache, buscando su maleta. La encontró en el «*hall*», y la seguridad de que iba armado le dio cierta esperanza.

Bajaron a la calle. Y Carruthers Black se aproximó a un automóvil negro.

—Ya no necesito la colaboración de ustedes —dijo a dos agentes que permanecían en las inmediaciones del coche.

—¿Adónde vamos? —preguntó Tollemache, demostrando serenidad.

—No tardará en saberlo.

Una vez en el interior del coche, Tollemache comentó:

—Usted cree que ha vencido, ¿no?

—Me gusta ser modesto; por lo tanto, reconozco que mi victoria es debida, en gran parte, a su poco talento. Cuando averigüé que fué usted el que robó en la joyería «Bittman», el interés que tenía por su persona creció bastante —dijo Black, poniendo en marcha el automóvil, alardeando de conducir magistralmente con una mano—. No resulta difícil adivinar que usted no era un delincuente profesional. Y supuse que la publicación en los periódicos de su fotografía le llenaría de confusión y buscaría la manera de salir de Nueva York. Conseguir una documentación falsa no es difícil... Y en todos los puertos importantes hay quienes se dedican a ese negocio —una sonrisa dilató los labios del agente—. Su torpeza le ha perdido. Hubiera sido mejor para usted no tratar de salir de Nueva York. Entonces le hubiéramos buscado, pero esta ciudad ofrece muchos escondrijos. Actualmente, viven en ella muchos indeseables que están perseguidos por la Justicia.

Tollemache no decía palabra.

—Mi trabajo ha sido cómodo. Sólo tenía que hacer vigilar todos los medios de salida del país con agentes que me informaran del éxito de sus actividades.

De pronto, el coche entró en una avenida de gran anchura, y Tollemache divisó un enorme rascacielos en construcción, que destacaba sobre el firmamento oscurecido con un dibujo duro, anguloso, de rara belleza geométrica. Circundaba al edificio una tapia cubierta materialmente de carteles.

Inesperadamente, Tollemache se abalanzó sobre el volante, obligando al coche a dirigirse en línea recta hacia la valla.

Carruthers Black luchó por desviar el automóvil de aquella trayectoria, pero los faros bañaban ya de claridades temblorosas la tapia y los reclamos de color. Momentos después el coche se estrellaba contra la pared, abriendo brecha en ella.

Tollemache, aprovechando el accidente, había sacado el arma del bolsillo.

—¡No se mueva! —ordenó al agente, apuntándole con la chata pistola.

Carruthers Black se tentó la cara, descubriendo que se había cortado con un vidrio.

—Está perdiendo el tiempo —comentó con la serenidad de palabra que le era peculiar.

—¡Déjeme en libertad!

—Lo siento, pero no puedo hacerlo.

—Muy bien. Le voy a matar. Le meteré una bala en el cerebro y cortaré después su mano para librarme de su cadáver.

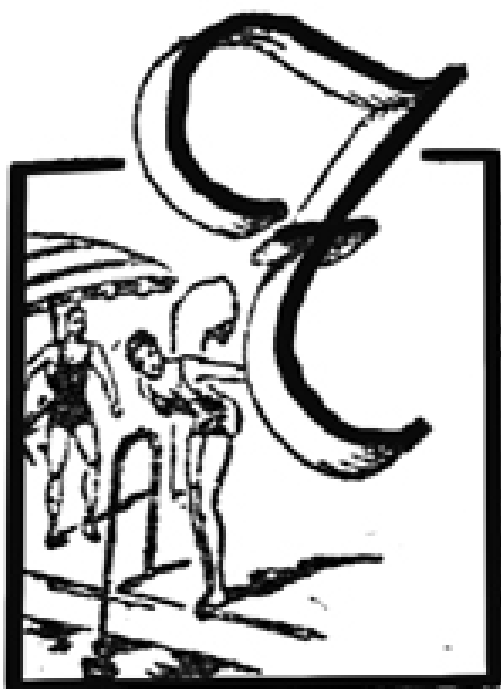
—Están llegando las motocicletas de la Policía del tráfico. Dentro de unos momentos estarán aquí. Está usted acorralado. No puede hacer nada.

Tollemache prestó atención y, en efecto, descubrió el gemir de las sirenas. Entonces, poseído por una súbita locura, apretó el gatillo de su pistola hasta que las balas destrozaron la muñeca del agente, que perdió el conocimiento a causa del dolor. Tiró de aquella muñeca rabiosamente...

Las motocicletas de los agentes se aproximaban por momentos, atraídos por el accidente. Tollemache vio avanzar unas luces de dibujo perdido, deshecho, y, abandonando el coche, se introdujo en el interior del edificio.

IX

PAISAJE GEOMÉTRICO



OLLEMACHE se introdujo corriendo por una selva de columnas de cemento, sumergidas en una penumbra húmeda. El suelo estaba cortado por zanj as profundas, tenebrosas, de las que emergía el aliento helado de la tierra mojada. Todo el paisaje era hostilidad; tenía un encanto agresivo, brutal, aunque de una belleza que dejaba sin aliento.

Encontró una escalera de cemento, sin barandillas, y comenzó a encalar las alturas. Llegó al quinto piso y se detuvo para prestar

atención a los ruidos. Eliminando el rumor que llegaba de la calle, sorprendió pisadas en la profundidad. Los agentes ascendían.

Tirándose al suelo, se arrastró hasta el borde de la plataforma para espiar el hueco de la escalera. La oscuridad ora densa en el fondo, pero se hacía fluida en el cuarto piso. Las vigas de cemento destacaban con un colorido sucio, sospechoso... Súbitamente, saliendo de un área de tinieblas, se hicieron visibles las indefinidas siluetas de los agentes, que se detuvieron un momento en actitud dubitativa, recelosa, antes de aventurar a seguir la exploración.

Tollemache, asomando la boca de la ametralladora por el borde de la plataforma de cemento, apuntó y disparó. Una rociada de balas partió en busca de los representantes de la ley.

Las explosiones sincopadas atronaron el espacio, conmovieron la atmósfera, penosamente fraccionada por el vigamento. Y cuando el humo ocasionado por la pólvora quemada disipóse lentamente, Tollemache no vio ni rastro de sus perseguidores. Habían desaparecido por completo de su área visual.

Asaltado por el temor de verse sorprendido sin el menor aviso, comenzó a ascender, ganando piso tras piso, hasta alcanzar una considerable altura. A través del bosque de columnas se divisaban las luces de los rascacielos inmediatos. Un anuncio eléctrico bañaba el esqueleto de cemento con luz roja.

Tollemache creyóse trasladado a un insólito paisaje, perteneciente tal vez a otro planeta, donde la línea curva fuese un elemento desconocido. La luz, las tinieblas y las zonas de penumbra formaban dibujos de una impresionante belleza. Todo era de una rigidez de arte egipcio, de una solidez que infundía un respeto profundo. La visión del edificio en construcción producía en el alma humana una mezcla de admiración y espanto. Al pensar en los hombres que concibieron semejante obra, la imaginación los concebía como seres dotados de una clara inteligencia, pero hieráticos, gélidos, inflexibles, con una voluntad desarrollada a expensas de los sentimientos del espíritu.

Sonó una súbita explosión. Y un relámpago orilló en el piso inmediato inferior al ocupado por Tollemache. La bala arrancó un trozo de cemento de una viga.

«¡Me han descubierto! La luz del anuncio delata mi silueta».

Y Tollemache se escondió detrás de una columna,

permaneciendo un buen rato sin atreverse a realizar ningún movimiento. La conciencia le avisaba de un peligro cierto. Pero transcurridos que hubieron dos minutos, se asomó con toda clase de precauciones, dirigiendo la mirada a la quebrada cinta de la escalera. Distinguió inmediatamente a un agente con la cabeza levantada, escrutando el laberinto que formaban los planos y las vigas. El primer impulso que experimentó fué apretar el gatillo de su arma para matar al agente de un balazo, pero al divisar un ladrillo al alcance de su mano resolvió valerse de él.

El defensor de la ley recibió el impacto en mitad de la cara. El golpe le privó momentáneamente del conocimiento. Y vaciló al borde del abismo, cayendo luego hacia la profundidad.

Durante el rápido descenso debió recobrar la claridad de pensamiento y darse cuenta de que iba al encuentro de la muerte, pues oyóse un grito que condensaba un pánico profundo. El alarido indicó el tiempo que duró su caída.

Y cuando se estrelló contra el suelo todavía la onda que llevaba su grito ascendía por el túnel vertical, buscando la libertad del espacio, huyendo de la agobiosa oscuridad del fondo, que encerraba un trágico secreto.

Inesperadamente, una lluvia de balas silbó muy cerca de George Tollemache, que se sorprendió al saberse atacado por la espalda. Los agentes le estaban rodeando. Seguramente se habían desplegado, buscando otras escaleras, y ahora le tenían cogido entre dos fuegos.

Tollemache, enfebrecido, rabioso, con las facciones desencajadas, sacó del maletín otro peine de balas, que adaptó a la ametralladora. Parapetóse tras una pared de vigas y cemento, aguardando ardoroso, crispadas sus manos sobre el arma. Sintió rumores ominosos y asomó el cañón por el quicio del muro. Luego, lentamente, descubrió su rostro para mirar hacia el lugar de donde partieron los disparos. Inmovilizado, con el arma preparada, descubrió a un policía. Parecía estar atento a los ruidos, con la esperanza de localizar al delincuente. Tollemache le mandó una descarga de plomo y, en el acto, el agente doblóse por la cintura, con el vientre destrozado y el espinazo roto.

Las explosiones trajeron más agentes. Parapetados detrás de las columnas, comenzaron a disparar sobre el refugio del fuera de la

ley. Supuso Tollemache que subirían más agentes. Si eso llegaba a suceder podía darse por derrotado. No le importaba morir. Estaba convencido de que perdería la vida, pero sería cuando a él le diese la gana. Mientras tanto resistiría todo cuanto le permitieran las circunstancias.

Estaba perdido si continuaba allí. Le era absolutamente necesario alcanzar otra vez la escalera para seguir subiendo. Pensaba llegar a la cúspide del rascacielos —¡ochenta y seis pisos! —, porque desde allí le sería fácil prolongar la resistencia.

Y al descubrir a su lado un bidón de acero, pensó utilizarlo como escudo abrazándose a él. De esta forma alcanzó los deseados escalones, haciendo fuego al mismo tiempo sobre los agentes Invisibles.

Pese a lo desesperado de su situación, sentía un regocijo inexplicable. Debía ser objeto de un vago elemento de vanidad. Es posible que participase del orgullo del héroe. Vivía momentos de una violencia tan ardorosa que, en el caso de escapar con vida, los recordaría siempre con deleite. Pero en el fondo sabía que la muerte rondaba a su alrededor, y este pensamiento le proporcionaba unos deseos locos de vivir momentos de poderosa intensidad.

Le divertía extraordinariamente la persecución de que era objeto. Y como no le importaba morir, sentía tentación de exponerse al peligro. Las situaciones difíciles le producían delectación suma, sacando de la tragedia un salvaje placer. El fragor de los disparos tenía la virtud de facilitarle el pensamiento. Concebía ideas con una rapidez y claridad que le dejaban maravillado.

Mientras cruzaban por su mente imágenes caóticas, no dejaba de ascender. Y, al levantar la mirada, vio que la escalera era un plano quebrado interminable. Un vago desaliento pugnó por destruir su voluntad, pero siguió subiendo.

Cuando las piernas comenzaron a temblarle se detuvo para dirigir una mirada a la profundidad. Era un abismo de fondo perdido. El encintado de la escalera se sumergía progresivamente en la negrura hasta desaparecer. Iba ya a reanudar el ascenso cuando sorprendió en el aire una palpitación sorda, de maquinaria funcionando. Tuvo la sospecha de que ascendía un montacargas.

Abandonó la escalera, internándose por la jungla de cemento. De

trecho en trecho la plataforma aparecía cortada por abismos o perdía su uniformidad, quedando convertida en un enrejado de vigas de acero. Tollemache se detuvo para localizar el rumor, pero resultaba en extremo difícil llegar a saberlo, ya que el ruido se perdía por toda la edificación. Parecía llegar de varios sitios a la vez. Pero su mirada sorprendió, a diez metros de distancia, unos cables que tenían un sospechoso temblor.

Salvó la distancia que le separaba de ellos, comprobando que los cables estaban animados de movimiento. Probablemente elevaban un montacargas, cuya utilidad sería el transporte de material a las regiones altas del colosal edificio. Permaneció un momento irresoluto, pero la seguridad de que el ascensor llevaba agentes le obligó a tomar una rápida determinación. Tenía que romper los cables.

Buscó un lugar donde apoyar la ametralladora y apuntó con cuidado al difícil blanco. Debía obrar con la mayor rapidez. Flexionó el gatillo en su arma y el plomo mordió los cables, originando un estrépito infernal, pero sin llegar a romperlos. Sólo se partieron cuando las balas hirieron reiteradamente un mismo punto al detenerse el montacargas. Seguramente sus ocupantes comprendieron el peligro que corrían y detuvieron la jaula para huir de la muerte, sin llegar a imaginar que daban un paso en falso.

El ascensor precipitóse en el abismo con un silbido que crecía por momentos. Después hubo una explosión apagada. Y la onda sonora se perdió en el paisaje geométrico, dividiéndose en ecos infinitos. Luego vagó un rumor imperceptible, confuso, doloroso. Y del pozo llegó por fin un silencio que daba una aterradora idea del vacío, de la distancia y de la muerte.

Tollemache pensó que, por el contrario, estaba a salvo. Pero acababa de concebir esta idea cuando una bala se estrelló contra una viga de acero. Y un instante después llegaba a sus oídos la explosión del disparo. Permaneció tenso. Sospechó que quedaban aún agentes al acecho, aunque bien podía ser que hicieran fuego desde las ventanas del rascacielos inmediato.

Transcurridos treinta segundos, la detonación volvió a repetirse. Y otro proyectil cortó la atmósfera, pasando muy cerca de su rostro. Era evidente que el invisible tirador afinaba la puntería.

Tollemache descubrió de pronto al autor de los disparos. Estaba

en una ventana del rascacielos de enfrente, armado de un rifle de largo alcance. Para no ofrecerle blanco, se escondió detrás de un grueso muro, y, a cubierto, pasó a considerar las posibilidades de salir con vida de aquella situación. Concebía una esperanza, aunque nebulosa todavía.

La calma que había sucedido a los agitados acontecimientos comenzó a influir en él, comunicándole la virtud de valerse de la razón. Imaginaba que, en el caso de burlar a la Policía, se refugiaría en las caravanas de feriantes de isla Coney.

El silencio que se extendía en aquel momento por la construcción era verdaderamente impresionante; aunque prestando atento oído, se recogían los ruidos de la circulación, que llegaban de la sima. Era un rumor confuso, turbio, divergente, indefinido.

Le aguijoneaba la curiosidad de contemplar el abismo, porque tenía la sospecha de que alrededor del edificio en construcción se había congregado numeroso público. Quizá llegaran en aquellos instantes más policías en rugientes motocicletas, abriéndose camino entre el gentío.

Moviéndose entre la selva de columnas llegó hasta el borde del peligro, tirándose al suelo, porque temía que la visión de la distancia le nublara el sentido del equilibrio. Al mirar la profundidad padeció la llamada de la sima; una succión pavorosa, que luchaba en igualdad de condiciones con su voluntad para precipitarlo hacia el fondo del cañón. Permaneció en un éxtasis en el que halló combinados el placer y el terror. No podía controlar su voluntad; había quedado presa entre dos fuerzas de similar empuje. Se limitó a contemplar la cinta de la calle, formando una visión nueva del mundo, un concepto más amplio de la vida, no desprovisto de una indulgente ironía. Se rió de sus semejantes, de sus pequeñas ambiciones, de sus ingenuos pensamientos, de su insignificancia y de los discretos límites de sus actividades.

El aire era allí mucho más sutil Y al aspirarlo experimentó una feliz sensación de libertad. Debía estar a mucha altura sobre el nivel de la calle. Desde allí le era dado contemplar un espectáculo que le dejó maravillado. Era una visión impresionante.

La ciudad despedía un aliento luminoso. Y los rascacielos emergían de esta niebla, hecha de luz multicolor, con un elegante despotismo, recortando la belleza de su arquitectura sobre la

plancha cóncava del cielo. Y toda una constelación de nebulosas destruía las durezas de una perspectiva geométrica, destacando letras monumentales, que parecían sostenerse en el vacío en virtud de misteriosas aplicaciones de la ciencia; letras que se encendían, se apagaban, volvían a brillar, cambiaban de color, eran recorridas por culebrinas luminosas, centelleantes, verdes, rojas...

Frente a él aparecía la mole de un edificio que debía tener ochenta pisos, salpicado de ventanas —iluminadas, apagadas—, distribuidas con una perfecta simetría. Y abajo, en la calle, descubrió luces animadas de movimiento, aunque no pudo distinguir si el público se congregaba alrededor del edificio.

Llegó a la conclusión de que no tardarían en subir nuevos agentes para proceder a su captura, tal vez armados con bombas de gas. En todo caso, rodearían el rascacielos y la fuga resultaría poco menos que imposible. Cerró los ojos para librarse de la fuerza absorbente del abismo y retiróse de allí, elevando la mirada a la cúspide del edificio, una plataforma situada veinte pisos más arriba.

Ganó la escalera y ascendió por ella, animado por la idea de llegar a la cumbre. Establecerla allí la ametralladora y resistirla hasta que se le agotaran las municiones.

Por fin su deseo fué una realidad, y llegó al piso ochenta y seis, la última plataforma, un cuadrado de seis metros de lado.

Hacía mucho frío en aquella altitud; soplaban un viento helado, cortante. Tollemache elevó la mirada a la bóveda infinita de los cielos y sintió vértigos. Se le antojó que estaba haciendo equilibrios en el extremo de una pértiga de extraordinaria longitud.

Tuvo la impresión de que la plataforma tenía un área no superior a un metro cuadrado. La corriente de aire era tan violenta, que temió ser arrastrado como un papel de fumar. Se acostó en el suelo, abrazado a la ametralladora. No quería mirar al firmamento. La visión de sus abismos infinitos le producía trastornos que trataba de evitar.

No supo cuánto tiempo permaneció en aquella posición, pero el ruido de un motor de aviación le obligó a levantar la mirada. Se quedó sin sangre en las venas al divisar un autogiro de ala baja que se acercaba por momentos hacia la plataforma. Estaba tan cerca, que la excitación le privó del movimiento.

Aunque sabía que sería ametrallado, no trató de hacer nada para

evitarlo. Y el avión cruzó veloz, perdiéndose en seguida en la estancia. No había hecho fuego. Pero Tollemache lo vio volar escorado, describiendo una curva para regresar al rascacielos. Preparó su ametralladora, esperando el ataque, pero el aparato se limitó a volar alrededor de la cumbre del edificio, describiendo círculos y más círculos, sin decidirse a utilizar las ametralladoras. El ruido del motor era una pulsación sorda, continua, pero no ahogaba el grito del rotor ni el silbido del viento al encontrar los montantes del avión.

Súbitamente, Tollemache sorprendió el ladrido de un arma de fuego. ¡Era atacado por agentes que se encontraban en el piso de abajo!

Lo comprendió todo en seguida. El autogiro había servido para acaparar su atención y matar el ruido de los montacargas. ¿A cuántos hombres tendría que hacer frente?

Una voz partió de un lugar invisible:

—¡Entréguese sin teatro! ¡Está acorralado! ¡No puede escapar!

Tollemache escrutó afanosamente el piso inferior, pero no descubrió al agente que le había hablado. Luego dedicó una rápida mirada al aparato, que seguía describiendo círculos.

—¡Venid a cazarme! —gritó.

Una silueta abandonó la protección de una columna. A pesar de la penumbra, la ametralladora de que era portador era perfectamente visible. Pero no llegó a disparar.

Tollemache fué más rápido en apretar el gatillo. Y el plomo destrozó el cráneo del agente. Otro defensor de la Justicia comenzó a hacer fuego, parapetado detrás de unos barriles. Y Tollemache, desde el borde de la plataforma, le acribilló a balazos.

Aquella lucha había sido rápida, fulminante, demostrando que la posición de Tollemache era ventajosa en grado superlativo. Estaba convencido de que podría aguantar un periodo de tiempo indefinido si disponía de municiones. Pero al echar una mirada al maletín de cuero experimentó un frío glacial...

El trueno del autogiro se dejó oír con mayor intensidad. Tollemache elevó la mirada y observó que una escalera de cuerda pendía del fuselaje. Una figura, abandonando la cabina, comenzó a descender por ella, llegando hasta el extremo de la misma. Y el aparato se acercó lentamente. Su motor daba las revoluciones

necesarias para mantener el avión en el aire.

Tollemache se tiró al suelo al ver que el aparato se dirigía en línea recta hacia él. Pasó rugiendo por encima de su cuerpo y se alejó del rascacielos, dejando a un hombre sobre la plataforma situada a gran altura sobre el nivel de la calle.

Tollemache encañonó a aquel hombre; le espetó:

—¡No se mueva!

—Escuche, amigo; yo soy neutral. Me he jugado la vida para entrevistarme con usted. Soy periodista. Escribiré un reportaje sensacional si me da esa oportunidad.

—¿No está usted en combinación con la Policía?

—¡De ningún modo! —protestó el interpelado—. Si me lo permite, le enseñaré mi carnet de reportero.

George Tollemache examinó a aquel hombre audaz, temerario, que había despreciado el peligro y puesto su vida en juego para lograr una dramática entrevista con un delincuente acorralado. Permanecía inmóvil, con las manos separadas del cuerpo. El viento movía sus ropas y le obligaba a entornar los párpados.

—Los hombres de acción han tenido siempre mis simpatías —dijo Tollemache, bajando el arma para no cohibir al periodista.

—¡Bravo! Mañana será usted popular y yo habré hecho mi carrera. ¿Qué le parece?

—Mañana habré muerto.

—¡Aguarde un momento! No vaya tan aprisa. Deme tiempo para hacer algunas anotaciones —sacó un cuaderno y una pluma estilográfica y escribió en taquigrafía—. ¿Cuándo dice que va a morir?

—Mañana.

—¿A qué hora exactamente?

—No lo sé. ¿A qué hora amanece?

—Amanece a eso de las cinco y media —contestó el reportero, dibujando extraños signos taquigráficos en el papel.

—Pues a esa hora.

—¿Un tiro en la sien?

—No. Algo más espectacular. Me arrojaré a la calle.

—¡Magnífico! —exclamó el reportero, con entusiasmo manifiesto—. Millares de personas leerán este reportaje y pronunciarán su nombre. ¿No le proporciona esto cierto regocijo?

¡Usted será la sensación del día, amigo mío! Al público le gusta lo dramático, no le quepa la menor duda.

—Es posible.

—¡Un momento! La Idea me gusta. Es original lo del amanecer, muy teatral, pero a esa hora no tendrá público. Todavía no estarán los diarios en la calle. ¿Por qué no se tira a las nueve de la mañana? Tendrá usted una expectación enorme. La muchedumbre llenará todas las calles. Y, desde luego, el periódico se venderá de un modo fabuloso.

—A mí me tiene sin cuidado que se venda o que deje de venderse.

—Su familia tendrá un tanto por ciento sobre la venta extra del periódico.

—No tengo familia.

—Lo siento —murmuró el cazador de noticias con visible desaliento—. Pero sea usted razonable. ¡A las cinco y media de la madrugada es un suicidio!

—Desde luego, es un suicidio.

—Recibirá usted la muerte de la manera más vulgar. No vale la pena.

—Me tiraré a las nueve.

—Empieza a discurrir con la cabeza, amigo mío.

—¿Y bien?

—Seré breve. ¿Qué edad tiene usted ahora?

—No le importa.

El lapicero del reportero volaba sobre el cuaderno.

—¿Nacionalidad?

—Inglesa.

—¿Londinense?

—De Manchester.

—¿Profesión?

—Ninguna —repuso Tollemache, vibrando en su palabra cierta amargura.

—¿Qué hacía usted en Manchester?

—Perder el tiempo.

—¿En qué?

—Trabajaba en una especie de oficina.

—¿Quiere decirme por qué dejó su puesto?

—Porque me aburría.

El reportero dejó de escribir para mirar al delincuente.

—¿No lo cree? —preguntó Tollemache.

El interpelado formuló una pregunta inesperada:

—¿Cuántas mujeres influyeron en su vida?

—Me dejaban frío en aquella época —contestó Tollemache. Y su voz sonó sincera.

—¿Cuándo empezaron a interesarle?

—Cuando quise que llegaran a preocuparme.

—¿Qué opina de las mujeres?

—Que son bonitas cuando son jóvenes.

—¿Que admira más en ellas?

—Las piernas.

—¿Cree en el amor?

—Es un sistema para matar el tiempo.

—¿Qué concepto tiene de la vida?

—Que resulta a veces un engorro.

El periodista hizo un gesto de desesperación.

—Le ruego que no sea tan lacónico.

—Y yo le suplico que me deje en paz.

—¡El público exige! Está ávido de noticias. Y cuando un personaje alcanza popularidad, le interesa conocer su vida, sus cualidades, sus defectos, sus opiniones, la hora en que se acuesta, dónde almuerza, cómo se hace el nudo de la corbata... Por favor, responda a unas preguntas más. ¿Qué motivos le impulsaron a utilizar los métodos del hampa?

—Me hablaron de los negocios de los «gangsters».

—Usted robó en la joyería de Wall Street, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Qué pensaba hacer con el dinero?

—Vivir —repuso Tollemache, que cada vez se mostraba más lacónico.

—¿Quiere usted decir que deseaba comprobar si realmente existía el mundo?

—Me parece que empezaba a ponerlo en duda.

—Existen otros procedimientos para alcanzar esos propósitos.

—Perdí mucho tiempo intentando otros caminos.

—¿No le remuerde la conciencia haber matado?

—¿Es usted periodista o padre confesor? —exclamó Tollemache con acritud.

—¿Tenía familiares en Manchester? —siguió preguntando el servidor de la Prensa.

—Murieron hace quince años.

—La última pregunta: ¿Tiene algo que decir a la Humanidad?

—Que es posible que estemos todos como cabras.

El reportero interpretó la respuesta como una confesión de su locura. Y mientras guardaba los útiles de trabajo, se dijo que, evidentemente, estaba en presencia de un demente.

—Debo irme —dijo—. Estarán componiendo ya el periódico, pero creo que llegaré a tiempo.

Tollemache acompañó al representante de la Prensa hasta el montacargas que subió a los agentes al piso ochenta y seis.

—Necesito un reloj; si no, ¿cómo sabré cuándo son las nueve?

El periodista se despojó del suyo prontamente.

—Tome, y... —sonrió ligeramente—. Iba a desearle buena suerte.

George Tollemache vio cómo descendía la jaula, hundiéndose en el pozo. Y estuvo un buen rato escuchando el latido de la maquinaria. Luego, cuando se hizo el silencio y los cables dejaron de temblar, supuso que el reportero había llegado a la planta baja. Entonces rompió los cables a balazos. No quería ser sorprendido, aunque sabía que tenía contadas las horas de su vida.

Buscó los cadáveres de los agentes y los encontró horriblemente mutilados por las balas. Los dos habían muerto sin soltar sus respectivas ametralladoras. Tollemache se apoderó de ellas y de varios peines de municiones, regresando en seguida al piso superior. Instaló las ametralladoras en puntos estratégicos, de modo que desde la plataforma pudiera dominar cualquier ataque, y, sintiendo mucho frío, se acostó en el piso de cemento, subiéndose el cuello del abrigo.

Observó la esfera del reloj, que era luminosa. Las diez y treinta. Le pareció que el tiempo transcurría con una lentitud desesperante.

Estaba sereno. No le preocupaba la idea de suicidio; no se sorprendió imaginando el acto de saltar al vacío. A decir verdad, tenía la vaga creencia de que el tiempo que le separaba de ese momento era larguísimo.

Deseaba entregarse al sueño, pero, aunque sentía cansancio, su imaginación, excitada, no le permitía cerrar los ojos. Comenzó a sentir cierta presión en el cerebro, que no cesaba de elaborar pensamientos, aunque los concebía de una manera nebulosa, inconcreta. Al final se sintió tan agotado, que empezó a sospechar la pérdida de la voluntad y el estado de ánimo suficiente para llevar a cabo lo que había prometido. ¿Sería verdad que se tiraría a la calle, para suicidarse, desde aquella altura?

El viento iba en aumento, soplando cada vez con mayor fuerza. Y Tollemache comenzó a temblar, padeciendo un frío espantoso. Pero se dijo que pronto se vería libre del peso de la vida; y consideró a la muerte como un amigo cariñoso. Cerró los ojos, intentando deshacer los lazos que lo tenían atado a la realidad, pero los abrió en seguida, asustado, porque había experimentado la sensación de que todo el rascacielos se balanceaba como una palmera.

«Nada debe alterarme —consideró—. ¿Acaso puedo sentir temor a morir? Sin embargo, la sensación de peligro ha despertado el terror en mi alma. ¿Podré dar el salto?... ¡No podré hacerlo! ¡No podré!».

El desaliento se apoderó de él. Empezó a creer que había concebido la idea del suicidio en un estado de embriaguez. Entonces, enfebrecido, calenturiento, es posible que hubiera dado el salto. Pero ahora era diferente.

Estaba frío, cansado, con la voluntad desfalleciente. Comenzó a repasar los acontecimientos de aquella noche; aunque, no sin cierta alarma, descubrió que el recuerdo que conservaba era muy difuso. Parecióle que aquellos agitados momentos los había vivido en una época de su vida ya muy lejana. Lo que evocaba con mayor claridad era la entrevista que había sostenido con el periodista, y, aunque no podía recordar todas las preguntas que le había hecho, tenía la idea de que fueron triviales y sus respuestas un tanto estúpidas.

De pronto creyó sentir que un silencio fantasmagórico había descendido de las alturas siderales. Se puso de rodillas y paseo la mirada a su alrededor. El firmamento era una cúpula infinita de fino vidrio, que dejaba caer una nevada de luz fría. Y de las profundas simas que rodeaban el rascacielos en construcción nacían cúmulos de sombras.

Poniéndose en pie, recogió la emoción que emanaba la ciudad dormida. La visión de la metrópoli oscurecida, aletargada, comunicóle exquisita mansedumbre. Y ahora, más que nunca, rechazó el proyecto de suicidio.

«Pero ¿voy a dejar que me lleven a la silla eléctrica? —Pasó a considerar—. Si me entrego, sólo conseguiré prolongar mi tormento. Debo saltar... ¡Saltaré!... ¿Saltaré?».

Se sentía absorbido por los abismos, pero ya no experimentaba los efectos del vértigo. Parecía formar parte de un equilibrio maravilloso. Se preguntó la hora que sería. Debía ser muy tarde. Y consultó las manecillas del reloj, de esfera luminosa. ¡Señalaban las tres! Se quedó atónito. ¿En qué había empleado ese período de tiempo?

Estaba convencido de que había dormido, aunque no se hubiera percatado de ello. Y esta idea le animó a sentirse descansado. Bajó al piso inferior y se puso a pasear de un lado para otro, mientras un alud de pensamientos ocupaba su mente.

¿No habría manera de escapar? Tenía la seguridad de que la Policía rodeaba el edificio. Sin embargo, ¿por qué no intentaba probar fortuna?

Las manecillas del reloj no cesaban de avanzar, cada vez más aprisa. El tiempo iba adquiriendo una velocidad vertiginosa. Y Tollemache sentíase más cerca de la inevitable muerte.

A las cinco comenzaron a palidecer las estrellas en el firmamento las nebulosas se borraron, y una imperceptible claridad comenzó a recortar el dibujo de los rascacielos.

Tollemache quedó sin nervios; experimentaba un delicioso cansancio, que le devolvió la serenidad. Pero no podía su imaginación ocuparse de nada. Tenía aletargada la máquina del pensamiento, aunque experimentaba una aptitud extraordinaria para la sensación etérea.

El cielo había adquirido una iluminación de tinte glauco. No había ni una nube. El día que nacía prometía ser maravilloso, espléndido.

Tollemache, en el fondo, no creía que iba a morir; no llegaba a admitir esa idea; sin embargo, estaba pendiente del movimiento de las agujas del reloj.

Por el Este, el paisaje arquitectónico se dibujó sobre una luz

ardiente; el sol iba a hacer su aparición. Eran las ocho en punto.

Tollemache pensó que las rotativas, trabajando durante la noche, habrían lanzado ya los diarios a la calle. Al público no le pasaría inadvertida la interviú que un osado periodista había hecho a un perseguido en el piso ochenta y seis de un rascacielos en construcción cuando luchaba sin tregua para no caer en manos de la Justicia.

Indudablemente, despertar la el interés de los curiosos, que se congregarían frente a la edificación para ver cómo caía un hombre desde una altura pavorosa.

Tollemache se asomó a la calle, disminuidas sus dimensiones por la distancia, y difícilmente distinguió a la gente, cuyo movimiento era imperceptible. Trató de imaginarse sus vidas, las vidas opacas de los empleados, vidas honradas, jamás turbadas por inquietudes ni aventuras.

Los aborreció. El sentido de la vida que representaban le pareció de una tediosa vulgaridad, desprovisto en absoluto de encanto. Él también perteneció al sector humano que pierde lamentablemente el tiempo en menesteres intrascendentes.

Y había odiado al hombre que se resigna a perder la inteligencia, a dejarse avasallar por el ambiente y las circunstancias, a desarrollar todos los días el mismo trabajo, a aceptar el transcurso del tiempo, a envejecer de un modo insensible...

«Sus vidas me representan un ignorado riachuelo subterráneo, que corre mansamente hasta fundirse con la inmensidad del mar».

Las saetas del reloj señalaban las nueve menos cuarto. Y Tollemache sintió irregulares los latidos de su corazón.

¿Se tiraría? Dudaba todavía. ¿No sería más fácil bajar y entregarse a los agentes, o dispararse un tiro en la sien? ¿Valía la pena dar el salto al vacío? ¿Tendría público o no tendría público? Estudió mejor la profundidad. ¡Sí que tenía público! Estaba allí, esperándole. ¿Qué sentimientos habría despertado en la muchedumbre?

«No puedo defraudar a esa gente. Debo tirarme. Además, no tengo escapatoria posible. Moriré de todas formas».

La muchedumbre se apiñaba allá abajo, elevando la mirada hacia la cumbre del edificio. Le estaban pidiendo que se lanzara al espacio. ¿Cómo iba a desilusionarles?

Eran las nueve menos cinco.

Tollemache obró maquinalmente, obedeciendo a la vanidad que despierta ser objeto de la atención general. Todo aquel público tenía llamada irresistible; le proporcionaría una muerte gloriosa, porque ¿quiénes han acaparado siempre el interés de la Humanidad? Aquellos que se hicieron señalar por su osadía, su audacia, su orgullo o su maldad.

«A Napoleón se le recordará siempre; será muy discutido; sin embargo, nadie sabe el nombre de un santo penitente de los desiertos de Tebas. No es difícil mostrarse inclinado a realizar actos que nos aseguren el comentario de nuestro grupo. Sólo así creemos que somos algo».

Éste es el instinto más poderoso del hombre civilizado. Los que aseguran que les importa un comino la opinión de sus semejantes, mienten descaradamente.

Tollemache se sentía apoyado por la admiración que su osadía despertaría en una parte considerable de la muchedumbre. Y aproximóse al borde de la plataforma, dispuesto a dejarse caer. Como sabía que, de un momento a otro, iba a ir al encuentro de la muerte, no le turbaba el peligro; el abismo no tenía ya la virtud de alterarle los nervios ni el sentido del equilibrio. El orgullo era más fuerte que el miedo.

Por última vez dirigió la mirada a la esfera del reloj. Faltaba un minuto para que las manecillas señalasen las nueve en punto de la mañana. Cerró los ojos.

¿Cómo sería la muerte? Dejaría que el cuerpo experimentara la atracción de la gravedad... Casi no sentiría nada... ¿Estaría cayendo ya?

Un grito le obligó a abrir los ojos, comunicándole al mismo tiempo un pánico confuso. Se vio vacilar al borde del abismo, e, instintivamente, retorció el cuerpo para no caer. El chillido había llevado hasta su alma la sensación del peligro. Temblando, retrocedió dos pasos y volvió el rostro.

¡Greta Loy!

La muchacha se desplomó, sin sentido, agotadas todas sus energías físicas. Sólo la voluntad la sostuvo en pie mientras ascendía una escalera interminable hasta llegar al piso ochenta y seis.

George Tollemache se arrodilló a su lado. La emoción le privaba de las palabras. Se abrazó a ella y la besó. Empezaba a creer en la verdadera explicación de la vida, y en su semblante, desencajado, demacrado por la fatiga, brillaba la aurora de un renacimiento maravilloso.

Su vida anterior se la representaba como un episodio ajeno, un hecho exterior a él. Había dado un paso que separaba dos mundos distintos. Le hubiera gustado poder seguir viviendo para entrar en una fase de regeneración progresiva, en el que la vida sustituiría al razonamiento, pero sabía que la muerte estaba abrazada a él.

Abajo, en la calle, le esperaban los agentes, los representantes de la Justicia. Ya era tarde para comenzar juntos otra vida. Moriría en la silla eléctrica. Pero la idea de que sería admitido al juicio del Todopoderoso le daba, cierta esperanza. Tal vez su arrepentimiento tuviera premio. Y era muy posible que las almas de los que se amaron en la tierra se unieran otra vez en la otra vida de una manera indisoluble, eterna.

«¡Que el Cielo me juzgue!».



EDITORIAL ROLLAN

en su afán noble de poner al alcance de todos los públicos, por muy reducida que sea su capacidad económica, las mejores obras *inéditas* de los autores de fama internacional, sacrifica sus intereses al crear la inigualable Colección

NOVELISTAS DE HOY

un verdadero alarde editorial por su presentación exquisita (toda la cubierta dibujada por mano maestra, impresa en offset a seis tintas y con solapas), en especial tamaño de bolsillo y al precio ínfimo de CINCO pesetas.

COLABORADORES DE

NOVELISTAS DE HOY

Ignacio AGUSTI, Pío BAROJA, Tomás BORRAS, Fernando CASTAN PALOMAR, Camilo José CELA, Francisco de COSSIO, Darío FERNANDEZ-FLOREZ, Wenceslao FERNANDEZ-FLOREZ, Alberto INSUA, Carmen LAFORET, Alvaro de LAIGLESIA, Rafael LOPEZ DE HARO, José MONTERO ALONSO, José María PEMAN, Manuel POMBO ANGULO, Juan PUJOL, Felipe SASSONE, Francisco SERRANO ANGUITA, Luis Antonio de VEGA, José Antonio de ZUNZUNEGUI y otros autores famosos.

ALF MANZ

El famoso autor de ¡CULPABLE! y YO, DIRECTOR DEL F. B. I. y de otras muchas obras de imperecedero recuerdo, nos brinda ahora

HOMBRES Y BESTIAS

Transcribimos a continuación, traducida, parte de su última carta:

"En HOMBRES Y BESTIAS pretendo demostrar el abismo que existe entre los Agentes Especiales del F. B. I. y los "gangsters". Los primeros han sido insultados y vilipendiados, achacándoseles la misma crueldad de que hacen gala los modernos forajidos. Quisiera yo ver a esos detractores de la mejor organización policiaca enfrentados a un enemigo sin corazón y sin más ley que la impuesta por sus ametralladoras. Valentía y amor a la Patria es lo que se necesita para luchar contra el mundo cruel del hampa."

ALF MANZ

se ha superado en su gran producción literaria

HOMBRES Y BESTIAS

otro futuro éxito de la inigualable Colección

F. B. I.

NOTA DE LA EDITORIAL.—Aconsejamos a los lectores encarguen anticipadamente esta novela a su librero para que no tengan que aguardar a las reediciones.

Ptas. 5

